LOS DÍAS DEL PADRE

ZARZO ESCRIBANO



UN EMOCIONANTE THRILLER DE ACCIÓN

LOS DÍAS DEL PADRE

ZARZO ESCRIBANO

Copyright © 2026 Zarzo Escribano

Todos los derechos reservados.

Corrección: Beatriz Carnota

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento de su autor.

ÍNDICE

El pitido
El cumpleaños
Las montañas
El desmayo
Incompatibles
La prisión
La habitación
Diagnóstico
Santa Marta
Estación de servicio
Maicao
El aeródromo
El estrecho
El reencuentro
La emboscada
Primeros auxilios
El zulo
La comandancia
La última charla
El alambre
El confite
Jerez
Venganza
GDT
Demandas

El viaje a Madrid
El odio
Bajo tierra
Cara a cara
Su reino
Facilitar
Siempre fuerte
SIGO
El cojo
Códigos
Ruedas rajadas
Diligencias
Extracción
Rumbo al sur
Villa Magna
Avance rápido
Plomo
Disparo
Pelota de golf
Control
19 de marzo
Donación
A prisión
Los días del padre
Epílogo
Agradecimientos
Otros libros del autor

A mi familia, la de la sangre, la de la calle y la de internet.

Cuando un recién nacido aprieta con su pequeño puño, por primera vez, el dedo de su padre, lo tiene atrapado para siempre.

Gabriel García Márquez

EL PITIDO

El pitido del monitor no era el habitual. Aquella frecuencia aguda y persistente rasgó el silencio de la tercera planta del Virgen del Rocío con la violencia de un disparo.

Adrián, que acababa de apoyar la frente contra el cristal frío de la cabina número cuatro, dio un salto hacia atrás mientras el corazón amenazaba con salirse de su caja torácica. Acababa de cruzar miradas y sonrisas con su hija. Esa hija cuya madre se había quedado al otro lado del Atlántico dos años atrás.

Ahora, detrás del vidrio, Luz Marina se agitaba en una convulsión silenciosa y terrible; un espasmo la arqueaba sobre la cama como si una fuerza invisible intentara arrancarle la vida y pisotearla delante de su padre.

—¡Enfermera! ¡Ayuda! —gritó Adrián, y golpeó el cristal con el puño.

La escena se transformó en un caos coreografiado en cuestión de segundos. Un equipo de tres enfermeros y un médico de guardia irrumpieron en la «pecera», cubiertos con batas desechables y mascarillas que los hacían parecer astronautas en una misión desesperada.

Adrián, y su más de metro ochenta, permaneció clavado al suelo, con las enormes manos pegadas al cristal que ahora le devolvía el reflejo de su propia cara desencajada por el pavor más genuino que existe: la pérdida del ser más querido.

Vio cómo una de las enfermeras sujetaba los hombros de la niña mientras el médico manipulaba con urgencia el respirador mecánico, que había empezado a emitir una luz roja intermitente.

Luz Marina tenía los ojos abiertos, pero no había nadie allí; solo el blanco de las escleras y un rastro de sangre que asomaba por la comisura de sus labios, fruto de un mordisco involuntario durante el ataque. Adrián sintió un vacío gélido en el estómago que se iba convirtiendo en náusea.

Había conducido desde el aeródromo de Villamartín en apenas cuarenta minutos, tras devorar las curvas de la sierra con el Land Cruiser al límite de su capacidad, solo porque Silvia le convenció de que contemplarla le haría bien. «Mírala, Adrián. Recuerda por qué estamos haciendo esto», le había dicho ella mientras el viento de levante amenazaba con reventar toda la operación de socorro.

—¡Carguen diez de diazepam! ¡Ajusten el flujo de oxígeno al máximo! —las órdenes del médico se filtraban por el interfono de la unidad, distorsionadas y metálicas.

Adrián veía las manos de los sanitarios moverse sobre el cuerpo de su hija con una rapidez frenética. Cada segundo que pasaba sin que la convulsión remitiera era una neurona que moría, un gramo de esperanza que se evaporaba en el aire viciado de la UCI.

Pegó de nuevo la cara al cristal y lo empañó con una respiración entrecortada que sabía a bilis. Sus dedos buscaban un asidero en la superficie lisa; quería romper la barrera, entrar y sujetar a la chica para comunicarle su propia fuerza a través del tacto.

Sin embargo, aquella mampara era la frontera absoluta.

El aislamiento era la única forma de mantenerla viva y, a la vez, era la jaula que le impedía consolarla en su momento más oscuro.

EL CUMPLEAÑOS

Once meses antes.

Aquel 15 de abril amaneció en Algeciras con un poniente suave que barría la humedad del puerto y dejaba el cielo de un azul de documental del National Geographic.

En el modesto salón de aquel piso de periferia, el aire no pesaba; se movía ligero, cargado con el aroma del orégano fresco y la masa de pizza que Silvia estiraba en la cocina. El sonido del rodillo contra la madera era el único metrónomo de la mañana.

No había prisas, ni el eco metálico de las bandejas de hospital, ni ese olor a ozono y desinfectante que se les había pegado a la piel durante meses.

Adrián observaba a Luz Marina desde el umbral de la terraza. La niña, que ya no era una niña, sino que acababa de cumplir dieciséis años aquella misma mañana, estaba sentada en el suelo, rodeada de libros y de una vitalidad que parecía nueva, recién estrenada.

El pañuelo que llevaba anudado a la cabeza, de un color turquesa intenso, resaltaba el brillo de sus ojos. Ya no los habitaban dos pozos de fatiga; ahora reflejaban la luz que entraba a raudales por el ventanal. Adrián sintió un pinchazo en el costado; no era dolor físico, sino esa clase de alivio que te deja el cuerpo vacío después de haber estado en tensión durante un asalto demasiado largo.

—Papá, deja de mirarme como si fuera una cría —dijo ella sin levantar la vista del libro—. Dieciséis años ya.

—Ya lo sé, ya; de aquí a nada te largas de casa —respondió Adrián.

Ella lo miró y sonrió. Desde que volvieron de Colombia poco más de un año atrás, la chica no se había encontrado bien. Al principio pensaron que era la pena por dejar a la madre atrás y también por el cambio de aires. Y por tanto trajín: primero un mes en Tenerife, luego dos en Madrid y, finalmente, traslado a Algeciras. El destino que finalmente habían elegido tanto su padre como Silvia — que más que su inseparable binomio, parecía su pareja. La chica siempre estuvo convencida de que había algo más entre los dos.

Adrián se acercó a la mesa y comenzó a colocar los tres vasos. El hombre se fijó en el hueco que quedaba en el extremo de la mesa, un espacio que la luz del sol llenaba con testarudez.

No hacía falta nombrar la ausencia; estaba allí, flotando en el vapor del Cola Cao que acababa de servir Silvia. Al otro lado del Atlántico, en algún lugar de las montañas de Colombia, el calendario marcaría el mismo día, pero la distancia se medía en algo más que en kilómetros.

Era un silencio compartido, un pacto de no agresión para no enturbiar la alegría de ese 15 de abril.

Del día de cumpleaños de la muchacha.

Silvia salió de la cocina con la primera bandeja. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y los hombros relajados. Su porte era de atleta de élite, con anchas espaldas, piernas que marcaban cuádriceps y gemelos sin una gota de grasa. Aquel día no era la subteniente de la EDOA de la Guardia Civil, era simplemente Silvia, la mujer que había aprendido a preparar pizza casera porque Luz Marina dijo una noche, entre fiebres, que echaba de menos el sabor de una buena comida.

—A la mesa. La primera es de cuatro quesos —anunció ella, dejando la bandeja sobre el hule.

Luz Marina se levantó con una agilidad que hizo que Adrián soltara el aire que no sabía que estaba reteniendo. Se sentaron. El primer bocado supo a victoria. No hablaban de recuentos de leucocitos ni de trasplantes ni de compatibilidades. Hablaban de la música de Leiva, Carolina Durante o Love of Lesbian que sonaba en el reproductor de música; de los barcos que hacían la ruta del

Estrecho y de cómo el sol hacía que las fachadas de las casas de la Villa Vieja parecieran de oro.

—¿Qué se siente al tener dieciséis años y estar como una rosa? —preguntó Silvia.

—Pues que ya puedo quedar con chicos sin que me deis la brasa —respondió la joven, soltando una carcajada que inundó el salón.

Adrián casi escupe el trago de cerveza fría que acababa de ingerir. Miró a Silvia, que sonreía y, por un instante, el mundo se redujo a esas cuatro paredes.

Se habían convertido en una unidad extraña, un equipo, formado por los restos de naufragios anteriores, que funcionaba. Adrián capitaneaba el barco, Silvia le cubría el ángulo muerto y Luz Marina era el norte que mantenía la brújula apuntando hacia casa.

El éxito del trasplante era el mejor regalo que el Día del Padre podría haberle dado jamás. El pasado 19 de marzo fue cuando lo recibió y la recuperación de la chica se produjo de forma casi inmediata. Todo gracias a un donante anónimo del REDMO, el registro oficial de médula ósea; un desconocido sin rostro al que nunca podrían devolverle el favor de haber salvado a aquel pequeño intento de familia.

La tarde se alargó entre anécdotas de la Comandancia que Adrián dulcificaba para la ocasión y planes para la Semana Santa. Querían ir a la sierra, respirar aire que no supiera a salitre y olvidar por unos días el horizonte de grúas del puerto. Luz Marina se puso a bailar en mitad del salón una canción que Adrián no conocía, moviendo los brazos con una gracia recuperada. El grupo en cuestión se llamaba Depresión Sonora y causaba furor entre los más jóvenes. No le hacía mucha gracia la letra, en la que hablaba de que ya no había verano. Sin embargo, verla saltar así: con los pies descalzos sobre la tarima en brincos rítmicos, constantes, como el corazón que ahora bombeaba sangre limpia por sus venas, le hizo sentir bien.

—Venga, papá —gritó ella, dando una vuelta sobre sí misma, y cogió por las manos a su padre—. Anímate.

Adrián, que era de mucho deporte, pero de poco baile, transigió. Era lo menos que podía hacer en aquel momento alegre. Se levantó y la cogió de la mano; se dejó guiar y cuando la canción tocaba a su

fin, la atrapó en un abrazo corto, contenido, uno de esos abrazos de hombre de acción que no sabe muy bien qué hacer con tanta ternura acumulada. La niña olía a vida, a sol y a esa colonia de flores que Silvia le había regalado por la mañana.

—Has sido una valiente —le susurró al oído.

—Tú más.

Cuando el sol empezó a caer, tiñó el agua de la bahía de un naranja sangriento. Silvia y Adrián se quedaron solos en la terraza. Luz Marina se había quedado dormida en el sofá, agotada por el exceso de alegría y de baile y de comida.

El padre la observaba de nuevo, esta vez sin que ella fuera consciente, lo que le otorgaba mayor libertad. En los últimos días, por suerte, había empezado a gozar de un sueño profundo, de los que no necesitan vigilancia.

—¿Cómo estás? —dijo Silvia, apoyada en la barandilla de hierro del balcón.

—Bien, verla así… imagina.

Observaron un carguero que salía del puerto, ganando velocidad hacia el interior del mar.

—Me refiero a cómo estás tú, ya sabemos que la niña se está recuperando bien y estás contento por eso.

Adrián dejó de contemplar el horizonte para fijarse en el perfil de su compañera.

—Estoy más o menos bien. No recuperado del todo, pero en proceso.

Ella captó al vuelo el significado de esas palabras y decidió callar. Adrián giró de nuevo la vista y se quedó mirando el ancla de plata que Luz Marina lucía en el cuello. Era su regalo de cumpleaños y ya le había dicho a la niña horas antes que era para que no se la llevase la corriente. De esta forma estableció la metáfora que simbolizaba su apoyo incondicional.

Todo era esperanza.

El trasplante había sido un éxito y los médicos le habían trasladado un pronóstico muy favorable. Adrián se permitió el lujo de creer en los milagros. En aquel 15 de abril, la vida era un camino recto y despejado. No había guerrilleros ni amas de casa

despechadas ni siquiera mafiosos que amenazasen la integridad de su niña, porque para él, Luz Marina siempre sería su niña.

Silvia le trajo un botellín y chocaron los vidrios en un brindis en el que ninguno dijo nada. Ambos tenían muy claro el motivo de la celebración. El frío de la cerveza le recordó que seguía vivo, que seguía siendo el guardián de aquella chica que dormía a pocos metros.

Adrián invitó a Silvia a entrar al salón y cerró la puerta de la terraza con cuidado de no hacer ruido. El silencio de la casa era, por primera vez en mucho tiempo, un silencio de paz.

Lo que ninguno de los dos sabía, mientras el poniente se apagaba, era que el siguiente Día del Padre sería muy diferente al que habían vivido ese año y que él tendría que arriesgar, una vez más, su vida para que su hija cumpliera diecisiete años.

LAS MONTAÑAS

Once meses después

La humedad de la Sierra Nevada de Santa Marta era una manta pesada que se le pegaba a Laura en la nuca; una presión física que le recordaba a cada segundo que seguía viva, aunque fuera a base de precariedad y silencio.

Aquella mañana, el sol todavía no había logrado perforar el dosel de los árboles, pero el aire ya vibraba con el zumbido de los insectos y el olor a tierra podrida que lo invadía todo.

La mujer apretaba los dientes mientras golpeaba el saco de arena colgado de una rama de ceiba; cada impacto era un chasquido de cuero contra lona que espantaba a los pájaros cercanos y devolvía una vibración molesta a sus muñecas.

No quería pensar en el pasado ni en el futuro; solo quería centrarse en la trayectoria del puño y en la rotación de la cadera, en esa mecánica de combate que era lo único que mantenía sus demonios a raya. A pesar de sus intentos su mente volaba hacia otras latitudes y solo se le pasaba la rabia por no estar con ella a base de golpes.

Dionisio la observaba desde un rincón de la cabaña, sentado en una silla de anea con una escopeta descansando sobre los muslos. El veterano no decía nada; se limitaba a masticar un chicle y a seguir el ritmo de los golpes con una mirada que, a esas alturas, había visto demasiadas guerras y muy pocas victorias.

La vida en la montaña era un ejercicio de supervivencia silenciosa donde el menor ruido extraño podía significar el final de la tregua.

No había electricidad ni ruidos de motores; solo el rumor constante del agua bajando por la quebrada y el crujido de la maleza bajo los pies de los animales que merodeaban el refugio.

Laura se detuvo, jadeando, y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Tenía los nudillos enrojecidos y los músculos de los hombros pidiéndole una tregua que no estaba dispuesta a conceder.

Se acercó a un cubo de agua fría y se mojó la cara; dejó que el líquido le bajara por el cuello de la camiseta, quizá en busca de un choque térmico que la devolviera a la realidad.

Dionisio escupió al suelo y se levantó con la pesadez de los años, pero manteniendo esa agilidad felina que el miedo al enemigo te graba a fuego en los huesos. Caminó hacia ella sin dejar el arma, siempre alerta, siempre barriendo el horizonte con la vista.

—Te vas a hacer daño —dijo el veterano, con voz paternalista.

Laura no respondió; se limitó a mirarlo con esos ojos que habían aprendido a desconfiar de todo lo que no fuera la violencia.

En aquel refugio, lejos de las garras de Ramón Restrepo y de las órdenes de captura que pesaban sobre ella en España, el dios Cronos parecía haberse tomado vacaciones: cada minuto parecía una hora, cada hora un día, cada día, un mes.

Vivían como los del Equipo A: soldados a sueldo de quien quisiera o pudiera pagarlos. O como Don Quijote, desfaciendo entuertos. Si había que extorsionar a algún terrateniente que no pagaba el jornal a sus trabajadores, allí que iban ellos dos. Si un escolar sufría acoso por parte de otros, les hacían ver las orejas al lobo a esos acosadores de poca monta. Pequeños trabajos que les daban para ir tirando; muchas veces les pagaban en especie: un saco de patatas por aquí, una lata de gasolina por allá. De momento tenían ahorros —sobre todo Laura— que les permitían ciertos caprichos como unas botellas de cerveza los sábados o alguna escapada de dos o tres días en las playas de Cartagena.

Allí Dionisio había aprendido a bailar y a relacionarse con mujeres. Como reza el dicho: nunca es tarde si la dicha es buena. Laura lo observaba con cierto orgullo, como la que observa a un hermano mayor que se ha echado novia por primera vez. Ella nunca olvidaría

que conoció a ese hombre en un prostíbulo en el que fingió ser una meretriz que lo seducía. Aunque había enterrado aquel recuerdo por el amor fraternal que sentía por un hombre entregado al cien por cien a protegerla. A ella y a su hija.

Aparte de esos pequeños escarceos, apenas se relacionaban con el mundo exterior, salvo con dos contactos que les proporcionaban el trabajo: uno en Santa Marta y otro en Barranquilla.

—Dioni, no me toques las narices, que no todos somos tan flojos como tú.

—Mírala, será que no le he dado hostias yo al saco ese, qué va.

—Menos de las que deberías, que te estás volviendo un vago.

—Lo que me estoy volviendo es viejo.

Laura se detuvo en su entreno. Lo miró. Él no le quitó el ojo con un gesto serio y tenso. La mujer sonrió y él relajó su expresión para corresponderle.

—No me fastidies, si este aire nos tiene hechos unas bestias a los dos.

—Bah...

El veterano se retiró y se dispuso a hacer la comida.

Laura siguió entrenando unos minutos más y después dio por finalizado el entrenamiento. Se apoyó en el rudimentario saco de boxeo fabricado con restos de ropa vieja. Su mente divagó y se fue, otra vez, al otro lado del charco.

No sabía con exactitud dónde vivía su hija con su padre, pero quería imaginar que en un buen lugar. Con el campo o la playa cerca. Que acudía a algún buen instituto y que tenía muchas amigas y quizá algún amigo especial. Aunque esto la intranquilizara, pues ella no es que hubiera sido muy buena eligiendo a sus parejas.

Tampoco quiso hacer mucha leña del árbol caído consigo misma porque Adrián sí que era un buen hombre. Un tanto díscolo, pero un buen tipo al fin y al cabo. (Tan bueno que, en connivencia con la propia afectada, le había ocultado la enfermedad de Luz Marina para no preocuparla y desatar un terremoto que la hiciera retornar a España y acabar entre rejas).

Se sentó en el escalón de madera de la entrada y cogió un trozo de fruta que Dionisio había pelado; el sabor dulce le llenó la boca,

un contraste violento con la amargura de la rutina del escondite.

Se había perdido un cumpleaños de la niña el año anterior, y soñaba con acudir al siguiente, cuando cumpliera los diecisiete. Para ello faltaba poco más de un mes. Aunque no se permitió el lujo de la nostalgia durante mucho tiempo, porque la nostalgia era una debilidad que en el lugar donde habitaba ahora se pagaba con sangre. Dionisio se sentó a su lado, manteniendo la vista fija en la senda que subía desde el valle, el único acceso que vigilaban por turnos de seis horas.

—¿Hace cuánto que no os comunicáis? —preguntó él sin mirarla, con la naturalidad de quien conoce los fantasmas del otro mejor que los propios.

Laura asintió levemente; sintió un vacío en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre.

—Más de un mes.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, un silencio de respeto y de vigilancia compartida que solo los que han vivido en la clandestinidad pueden entender. Había acordado con Adrián mandarse mensajes vía email una vez cada dos meses. Habían creado una cuenta de correo sin dar datos reales y compartían las claves. La chica escribía en borradores todo lo que tenía que contar a la madre y ella, una vez leído, le contestaba en el mismo borrador. Como si fueran dos narcotraficantes. Una medida de seguridad que a Laura le parecía excesiva, pero que no podía rebatir ni pelear.

De repente, un sonido rompió la calma del monte: el graznido de un ave que indicaba que algo grande se movía más abajo, cerca del límite de la propiedad. Dionisio se puso en pie con un movimiento fluido; cargó la escopeta con un clic que, en la quietud de aquella mañana, sonó como cuando un juez dicta sentencia con su mazo.

Laura se levantó también; buscó instintivamente la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinto y se pegó a la pared de madera de la cabaña. Ya no contaban con la ayuda de Álex, el perro de Luz Marina, que había fallecido tres meses atrás por un atropello repentino. La hija no era la única que ocultaba desgracias a la madre, ya que Laura no le había contado esta pérdida a su hija.

Todavía.

No era el momento de ponerse melancólicos. En la sierra, el peligro no avisaba con luces azules ni sirenas de la Guardia Civil; llegaba despacio, oculto entre las sombras de los árboles, esperando el menor descuido para morderte la yugular.

Ambos se quedaron inmóviles, fundiéndose con la penumbra, esperando a ver quién se atrevía a perturbar la paz de su guarida. El sonido de las ramas rotas se hizo más evidente; alguien subía sin preocuparse demasiado por el sigilo, lo que podía significar dos cosas: o era alguien muy poderoso o alguien muy desesperado.

Laura notó el pulso en el cuello, una pulsación rítmica que la conectaba con la niña que, a miles de kilómetros, estaría deslizando con su dedo la pantalla del móvil.

Allí, la única luz era la que se filtraba por las hojas de los bananos y la única esperanza era que el intruso fuera solo un animal extraviado. Pero los animales no rompen ramas de esa forma. Dionisio hizo una seña con la mano, indicándole que se moviera hacia la parte trasera, hacia la ruta de escape que habían desbrozado semanas atrás por si la cosa se ponía fea.

Laura negó con la cabeza; no iba a dejar a su amigo solo frente a lo que viniera por la senda. Desenvainó el cuchillo y sintió el frío del acero en la palma de la mano; era una sensación familiar, casi reconfortante.

El aire se volvió más denso, cargado con el olor a humedad y a pólvora vieja que siempre parecía acompañar a Dionisio. Una sombra asomó por el recodo del camino y el viejo levantó la escopeta, apuntando al centro de la masa.

—¡Quieto ahí! —gritó Dionisio con una autoridad que no admitía réplicas. La sombra se detuvo en seco. Era un hombre joven, vestido con ropas de campesino pero con unas botas que no encajaban con el resto del equipo; unas botas tácticas, gastadas por el uso pero de buena calidad.

—Miren que son desconfiados —dijo el tipo con voz temblorosa, levantando las manos para que se viera que no portaba armas.

—Joder, Lagarto, por qué no avisas antes por radio —preguntó Dionisio, saliendo de la penumbra con el arma en ristre.

—Se rompió, Di.

A Lagarto, su contacto de Santa Marta, le gustaba abreviar. Hasta tal punto que muchas veces ni se le entendía.

El hombre metió la mano en el bolsillo del pantalón muy despacio y sacó un sobre arrugado, manchado de humedad.

—Alguien necesita de ustedes; es urgente —añadió el mensajero.

Laura cogió el sobre y retrocedió un par de pasos. Lo abrió con manos rápidas, lo leyó y se lo entregó a Dioni, que también lo leyó.

—Esto está muy cerca de la frontera con Venezuela —dijo el veterano.

Lagarto se limitó a encogerse de hombros.

—Dile que sí, que mañana bajaremos —dijo Laura, que se volvió al saco de arena.

Debía seguir entrenando porque el trabajo necesitaba de fuerza física.

Al menos podrían seguir tirando unos meses más sin tocar apenas los ahorros.

EL DESMAYO

La luz de la tarde entraba a raudales por los ventanales del instituto, una claridad limpia que hacía brillar las motas de polvo en el aire y recortaba con nitidez los perfiles de los alumnos.

Fuera, el cielo del Estrecho se dibujaba como un lienzo impecable y el rumor lejano de la ciudad llegaba con una calma casi festiva, propia de quien ya acaricia el fin de semana. El aula de primero de Bachillerato del Instituto Ciudad de Algeciras olía a hormonas, a tiza y a ese aire viciado de los viernes a última hora.

Luz Marina intentaba concentrarse en el comentario de texto de Lengua, pero las letras del examen empezaban a bailar sobre el papel de una forma extraña. Había dormido poco para estudiar y en aquel momento se arrepintió de ello.

De repente, el sueño que tenía y el consiguiente dolor de cabeza por el estrés del examen se tornaron en algo más alarmante.

La claridad del aula se volvió hiriente, una blancura clínica que parecía quemar los bordes de su visión. El aire se espesó, volviéndose denso y difícil de tragar, mientras las paredes del aula daban la sensación de contraerse hacia ella. Notó un pinchazo frío en la nuca; un aviso silencioso de que algo no iba bien en su motor interno. Definitivamente aquello no era fruto del cansancio ni del estrés.

Se frotó las sienes para ignorar el zumbido que nacía detrás de sus oídos, y apretó el bolígrafo con unos dedos que, en aquel instante, sentía ajenos.

—¿Te encuentras bien, Luz? —preguntó la profesora desde la tarima, arqueando una ceja con esa mezcla de autoridad y

sospecha.

Luz Marina levantó la cabeza para responder, pero el movimiento le provocó un vértigo instantáneo. El salón de clase giró sobre su eje; las paredes blancas se fundieron en una mancha borrosa y el sonido de las sillas que se arrastraban le llegó como si estuviera bajo el agua. Todo se volvió una penumbra pegajosa y asfixiante.

Intentó levantarse en busca de apoyo en el borde del pupitre, pero sus piernas se rindieron antes de que pudiera completar el gesto. El impacto de su cuerpo contra el suelo llegó antes de que cualquier compañero pudiera asistirla y cortó de raíz el murmullo del resto de estudiantes. Antes de que el negro lo borrara todo, sintió el calor metálico de una sangre que ya asomaba por su nariz, sangre que llegó a manchar el folio en blanco donde solo había logrado escribir su nombre.

A unos kilómetros del instituto, el sol del Campo de Gibraltar golpeaba las superficies metálicas de los contenedores marítimos y creaba un mosaico de reflejos vibrantes que llenaban la cabina del coche de una calidez reconfortante. El mar, visible entre los huecos de la terminal, lucía un azul profundo y sereno, salpicado por el blanco de la espuma de los ferris que maniobraban con una velocidad más lenta de la que los dueños de las mercancías preferían. En la zona portuaria de Algeciras, el Nissan Terrano de la Benemérita avanzaba despacio entre las hileras de contenedores.

Adrián llevaba la mano derecha sobre la palanca de cambios y la izquierda apoyada en el marco de la ventanilla; dejaba que el aire sucio del muelle le despejara la cabeza. Silvia, de copiloto, mantenía una vigilancia mecánica sobre los muelles de carga de la terminal de ferris. Patrullar con el binomio no era algo que Adrián maldijese por tratarse de «curro». Todo lo contrario: a veces ponerse el uniforme en lugar de la ropa de calle lo mantenía centrado, alerta, incluso, alegre. El movimiento, el olor a gasoil y la posibilidad de un incidente le sacaban de esa calma que se había instalado en casa desde que Luz Marina se encontraba mejor. Y él era un hombre que valoraba también esa pequeña pizca de riesgo en la vida.

—Está la cosa tranquila, ¿no? —soltó Silvia, que se ajustó las gafas de sol—. No sé si a ti te pasa que prefiero un poco más de movimiento. Cuando veo todo tan tranquilo siempre espero que todo salte por los aires.

—A ver, compi, que aquí el pesimista era yo. No me robes méritos.

La subteniente soltó una carcajada. Miró a su binomio y sonrió. Definitivamente Adrián estaba mejor y prueba de ello fue la última noche que pasaron juntos. La primera en casi un año. La atmósfera en el interior del Nissan era ligera, casi despreocupada, protegida por el cristal de una cotidianidad que parecía invulnerable.

Pero entonces, una nube oscura se interpuso entre el puerto y el sol y actuó de mal augurio de lo que se avecinaba. Las risas del coche se rompieron con el estruendo del terminal de radio y, casi al mismo tiempo, el teléfono personal de Adrián vibró en su bolsillo. Era el número del instituto. El espacio dentro del habitáculo se volvió claustrofóbico, cargado de un frío súbito que contrastó con el incipiente sudor de la frente de los guardias.

Adrián sacó el aparato y miró la pantalla; notó la temblina en su mano, un miedo mucho mayor que el que sentía antes de un asalto, acompañado, además, con un regusto a bilis que le llenó la boca. Silvia observó el perfil de su compañero y captó el cambio de tensión al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, ya con el tono operativo.

—El instituto —fue lo único que pudo decir Adrián antes de descolgar.

Escuchó la voz nerviosa de la secretaria durante apenas diez segundos. No hubo preguntas, ni protocolos, ni despedidas. Guardó el teléfono y miró al frente, hacia la barrera de salida del puerto. La nube seguía interpuesta delante del sol y eso reforzó su sensación de que todo se había vuelto gris, una estampa de hormigón y hierro que lo aplastaba contra el asiento. Su mandíbula estaba tan apretada que le dolían los molares.

—Me tengo que marchar. Ha ocurrido algo.

Silvia no esperó a que terminara la frase. La sola mención de una llamada del instituto la puso en alerta. Le ordenó de forma fulgurante que saliera de allí lo más rápido posible. El cabo metió la

primera, dio un volantazo que hizo chirriar los neumáticos sobre el asfalto aceitoso y Donaire conectó la sirena. Aquello estaba fuera de protocolo, no se debían usar los luminosos para asuntos personales. Pero todo era algo más que un asunto personal. Aquello era la vida de su compañero. De su amigo. ¿De su pareja?

El sonido agudo de la autoridad empezó a rebotar contra los contenedores metálicos, abriendo un pasillo de ruido en la mañana del Puerto de Algeciras. Adrián apretó con fuerza el volante; veía cómo el mundo exterior se convertía en una mancha de velocidad deforme, una pesadilla de metal y asfalto. Lo único que esperaba era que Luz Marina se hubiese desmayado por alguna bajada de azúcar, un golpe de calor o por los nervios de los exámenes. De lo contrario, el pequeño castillo de felicidad que se había construido los últimos diez meses se vería reducido a cenizas.

INCOMPATIBLES

La consulta del doctor Aranda era una oda al orden y al mal gusto. Las paredes, pintadas de un verde quirófano que pretendía ser relajante, solo conseguían devolver una luz enferma bajo los tubos fluorescentes que vibraban en el techo con un siseo eléctrico constante. Sobre la mesa de melamina blanca, los bolígrafos estaban alineados por colores y tamaños con una precisión castrense, y se veían flanqueados por un pisapapeles de cristal con una medusa atrapada en su interior que parecía observar a los presentes con el ojo de un cíclope.

Adrián, sentado con las manos entrelazadas sobre unas piernas que no paraban de moverse, notaba cómo el respaldo de la silla se le clavaba en las vértebras. Mientras, el oncólogo manejaba los papeles de la señorita Trovado García con una parsimonia que convertía cada segundo en una tortura.

—Lo lamento mucho, señor Trovado, pero la situación de Luz Marina es grave.

Aranda era un tipo pálido cuya piel parecía haberse curtido en la claridad artificial de los laboratorios y no bajo el sol del Estrecho. Empezó a desgranar cifras: niveles de hemoglobina que se desplomaban, porcentajes de blastos que colonizaban la médula con la eficacia silenciosa de un ejército invasor.

—Le pido por favor que se deje de cifras que no entiendo y me diga qué hay que hacer para que mi hija se cure.

—Lo primero que hay que hacer es derivarla al Virgen del Rocío de Sevilla, señor Trovado. El trasplante de médula que en un principio fue bien, ahora ha dejado de funcionar.

—¿Y eso por qué?

—No hay una explicación clara, pero a veces sucede. En el hospital de Sevilla van a hacerle más pruebas, pero lo más probable es que haya que buscar un donante compatible y no usar médula de donaciones.

—Ya lo sé, por eso me he hecho las pruebas. ¿Quién puede haber más compatible que yo, su padre?

Adrián mantenía la vista fija en el oncólogo, pero el médico no le pudo aguantar la mirada. El policía que había dentro de aquel hombre sabía qué significaba aquello y le faltó tiempo para disparar:

—¿No me estará diciendo que hay algún problema con mi médula?

El médico resopló y se llevó la mano a la frente.

—Le voy a ser sincero porque se lo merece. No, no hay ningún problema con su médula —Adrián estuvo a punto de interrumpir al médico, pero este levantó una mano para que le dejase seguir hablando—, pero usted no es compatible con Luz Marina.

El doctor Aranda siguió con sus explicaciones, aunque en algún punto entre la tercera y la cuarta explicación, el mecanismo de la consciencia de aquel padre decidió protegerse. Fue entonces cuando ocurrió; un dedo invisible pareció pulsar el botón de ralentizado de su realidad. El zumbido del aire acondicionado se estiró hasta convertirse en un gemido grave y monocorde, y las palabras del médico perdieron su significado para transformarse en un murmullo líquido, lejano, como el eco de una caracola golpeando contra el fondo de un pozo de petróleo.

En esa burbuja de aislamiento, los movimientos del despacho adquirieron una plasticidad casi hipnótica. Adrián vio cómo el médico se inclinaba hacia delante; el roce de su bata blanca contra el borde de la mesa produjo un crujido que, en la mente de Adrián, sonó como el desplazamiento de una placa tectónica en mitad del océano. Aranda tuvo que elevar la voz para que el padre volviese a la realidad.

—Señor Trovado, ¡Adrián! —Escuchar su nombre de pila pareció volverlo en sí—. Le preguntaba por la madre de la chiquilla.

El espacio entre ellos parecía haber crecido kilómetros; la mesa de melamina era ahora un desierto blanco e infranqueable donde los bolígrafos alineados parecían hitos de una frontera prohibida. Adrián intentó tragar saliva, pero sentía la garganta llena de arena.

—No se encuentra en España —fue todo lo que pudo decir.

—Pues debería avisarla para que regrese cuanto antes. En el Virgen del Rocío podrán ser más realistas con los plazos, pero es urgente —la voz de Aranda demostraba premura ya con su tono.

—Pero ¿cómo de urgente? ¿Me está diciendo que se muere?

—Yo no puedo decirle eso, ni tampoco afirmar lo contrario. Ya he solicitado el traslado de hospital. Mañana mismo se la llevan. Yo que usted avisaría a la madre cuanto antes. Ella podría resultar más compatible.

Todo ese mareo que le había entrado cuando escuchó las palabras del médico acerca de su incompatibilidad con su hija se desvaneció. Por el tono de Aranda se intuía la urgencia del problema.

Si había que encontrar a la madre en lo más profundo de una selva o en lo más alto de una montaña, se la encontraría. La vida de Luz Marina, esa niña ya mujer que le alegraba los días, dependía, más que cuando la raptaron en el pueblo o en Colombia, de su madre.

LA PRISIÓN

El sonido de los cerrojos hidráulicos poseía una cualidad definitiva, un silbido que parecía quemar cualquier rastro de oxígeno antes de que llegara a los pulmones. En la sala del locutorio, el ambiente estaba saturado por los lamentos de los internos y esa humedad molesta que solo se genera en los lugares donde el tiempo se detiene a la fuerza. El hombre esperaba sentado tras el cristal de seguridad. Mantenía la espalda recta y las manos entrelazadas sobre la mesa de formica con una calma que resultaba inquietante. El tiempo en prisión, en su caso, le había serenado. Al menos en apariencia.

Al otro lado del vidrio, el abogado —un hombre de traje impecable pero mirada huidiza— evitó el contacto visual directo mientras abría una carpeta de cuero. Extrajo un par de folios y puso el primero sobre el vidrio para que el preso pudiera leerlo. Después tomó el telefonillo y, cuando su interlocutor hizo lo propio, habló:

—Las noticias solicitadas.

El interno no se inmutó. Sus ojos recorrieron las líneas de aquel papel con atención y desprecio al mismo tiempo. Se detuvo en los términos médicos, en las cifras de los análisis y en la ubicación del hospital. Asintió y le pidió el siguiente papel. Volvió a examinarlo y una extraña mueca de satisfacción apareció en su rostro.

—Parece que los plazos se están acortando —dijo el hombre. Su voz era un murmullo neutro, carente de agresividad, pero con la seguridad de quien sabe que su voluntad sigue pesando fuera de aquellos muros—. La salud de la hija lo precipita todo.

—La vigilancia no se detiene ni para dormir, ya lo sabe —apuntó el abogado, tras ajustarse el nudo de la corbata.

—El padre actuará según lo previsto. Lo que me interesa es ella. Una situación así es un imán imposible de ignorar. Cruzará cualquier distancia, romperá cualquier regla para estar allí.

El hombre se inclinó apenas unos centímetros hacia el cristal. La luz fluorescente del techo, blanca y cruda, no lograba revelar del todo sus facciones, que permanecían en una penumbra estratégica. En ese edificio, su nombre circulaba en susurros por pasillos y patios, asociado a historias de un pasado en el otro lado del mundo que nadie se atrevía a confirmar del todo.

—Quiero saber cada movimiento —ordenó con una suavidad gélida—. Si tienes que venir a diario, vienes.

—¿Y si el cabo se vuelve impredecible? Está bajo mucha presión.

—Un hombre bajo presión es un hombre que comete errores. Y yo llevo tiempo esperando un error.

El abogado asintió, cerró la carpeta con manos nerviosas y se puso en pie. El interno permaneció sentado; observó cómo su representante se alejaba por el pasillo de la sala de locutorios. Cuando se quedó solo, apoyó las palmas sobre la mesa y miró su propio reflejo en el vidrio. El encierro no había mermado su paciencia; al contrario, la había afilado.

Se levantó sin prisas cuando el funcionario golpeó la puerta. Mientras caminaba de regreso a su celda, el hombre no pensaba en los muros que lo rodeaban, sino en la fragilidad de una vida que pendía de un hilo en una habitación de hospital. El buitre ya no necesitaba buscar; solo tenía que esperar a que la presa se entregara por su propio pie.

LA HABITACIÓN

Una foto de Luz Marina con dos compañeras de instituto presidía la cómoda donde la chica guardaba parte de su ropa, un pequeño altar de normalidad que ahora parecía fuera de lugar bajo la tenue luz del piso. Alrededor, en sus respectivos marcos, descansaban otras dos imágenes: una de ella con su padre y otra con su madre. A Adrián no le gustaba ver la cara de su todavía mujer (el divorcio no podía realizarse por la ausencia de ella durante años), pero tenía que transigir respecto a aquello por el bien de la cría. La quietud del cuarto era casi física, cargada con el peso de los recuerdos que Laura había dejado atrás como una piel muerta.

Cuando regresaron de Colombia, Luz Marina se pegaba día y noche llorando por su madre. Poco a poco fue asimilando que lo mejor para ella era estar en España, después de los dos raptos que sufrió y de toda la violencia posterior que le había robado la infancia. Adrián, y también Silvia, la arroparon con todo el amor que les fue posible, pero en ocasiones era inevitable que la chiquilla añorase a su madre; y eso Adrián lo entendía. ¿Cómo no lo iba a entender? El vacío de Laura era un agujero negro que ninguna protección policial o afectiva podía terminar de sellar.

Encima de la cama sin hacer reposaba el pijama, conservando todavía la forma de un cuerpo que ya no estaba allí. El padre se sentó sobre las sábanas. Deslizó su mano por ellas y se fijó en el resto de la habitación: una estantería llena de libros que le había ido comprando durante esos dos años que llevaba a solas con él. Mayormente novelas chick lit, aunque también algún clásico como La Regenta, La Celestina o, incluso, Cien años de soledad, cuyos lomos

gastados daban fe del refugio que la joven había encontrado en las letras. En eso se parecía mucho más a su madre que a él.

También tenía una medalla de bronce en judo, disciplina en la que fue Adrián quien insistió para que se apuntase, buscando que aprendiera a defenderse de un mundo que ya la había herido, pero que tuvo que abandonar por sus problemas de salud. Una lástima, porque la muchacha apuntaba maneras. La medalla brillaba levemente en la penumbra, un recordatorio metálico de una fuerza que ahora parecía flaquear.

La ventana estaba subida del todo, porque a ella le gustaba que entrase toda la claridad de la mañana de esa Costa de la Luz que aseguraba sol la mayor parte del año. La brisa era suave, no llegaba a ser el terrible viento de poniente o de levante que solía azotar el Estrecho; así que los cristales estaban tranquilos aquella noche y permitían que el murmullo lejano del puerto se filtrara como un eco lejano.

Adrián estaba solo allí; Luz Marina se había quedado ingresada en el hospital a la espera del traslado a Sevilla, y en aquellos momentos la soledad se le antojó demasiado dolorosa, casi se había convertido en una presión física que le comprimía las costillas.

Laura estaba a miles de kilómetros haciendo vete tú a saber el qué, su hija enferma en el hospital y su compañera de servicio patrullando las calles de una Algeciras que nunca descansaba. Tenía que tomar una decisión difícil, aunque en realidad no cabía debate posible; lo que le pasaba era que en ese estado de soledad no se atrevía a tomarla de forma definitiva.

Se puso a hacer la cama de la niña y a recoger el cuarto con una lentitud que invitaba a la impaciencia. Él no creía en aquello de no tocar la habitación de los hijos y dejarlas tal y como estaban, como si fueran mausoleos de una pérdida.

«Ni de coña».

Luz Marina iba a regresar a esa habitación y la iba a desordenar de nuevo; estaba convencido de ello, o quizás necesitaba estarlo para no hundirse en el pasillo de su propia casa.

Cuando terminó de recoger, visitó la nevera y tomó una cerveza. La bebió de un trago. Abrió una segunda y, cuando iba por la mitad,

sonó un timbre que rompió el silencio estancado del piso. Después de un primer momento de intranquilidad por no saber quién llamaría a esas horas, se alegró sobremanera al escuchar la voz de su compañera en el telefonillo.

La subteniente subió las escaleras de dos en dos y, cuando llegó al piso, Adrián la esperaba en la puerta. Se fundieron en un abrazo de esos que son tan necesarios como la comida o el agua. El hombre recorrió la espalda de la mujer con sus manos y la mujer apretó con fuerza, transmitiéndole una solidez que él sentía haber perdido entre informes médicos y análisis de sangre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, con la voz pastosa por el cansancio y la cerveza.

—El sargento Vizueta ha llegado pronto a la comandancia y me ha dicho que me daba el relevo un poco antes; así que, ¿dónde quieres que vaya?

Adrián la miró a los ojos; los suyos brillaban hasta el punto de dejar caer una pequeña lágrima que Silvia limpió con el pulgar. Sintió tentaciones de besarla en los labios, sin embargo se arrepintió en el último momento. Necesitaba de ella algo distinto a la pasión inmediata; necesitaba una balsa en aquel naufragio emocional.

—Tengo que ponerme en contacto con ella —fue todo lo que dijo.

Silvia se apartó de él con lentitud. No hacía falta preguntar nombres ni lugares. Sabía de sobra a quién se refería y el peligro que aquello conllevaba para el precario equilibrio que habían construido.

—¿Estás seguro?

—No me queda otra opción. A Luz Marina no le queda otra opción —sentenció él, mientras el peso de la realidad volvía a caer sobre sus hombros con la fuerza de un fardo de hachís.

Ya le había comentado por mensaje lo de su incompatibilidad para donar médula a la chica, y Silvia se dio cuenta de que su compañero la necesitaba más que nunca; por eso acudió esa noche a su casa. Sin embargo, aunque lo esperaba, la mención de Laura le desagradó sobremanera, una punzada de celos y pragmatismo que intentó disimular sin mucho éxito.

—Y en el caso de que quiera venir, ¿cómo lo vas a hacer? Porque en cuanto pise el aeropuerto la van a detener.

Adrián suspiró. Se giró sobre sí mismo y se llevó las manos a la cara. Se acercó a la ventana y miró la bahía.

Un millar de luces intentaban iluminar la costa, y lo único que conseguían era temblar sobre las aguas negras. La silueta del peñón le parecía ahora la sombra de un gigante que amenazaba con destruir la ciudad con solo un movimiento de su mano de piedra. Y la brisa había empezado a tornarse en viento; un viento que empezaba a silbar entre los edificios y que parecía arrastrar llanto, como en las películas de terror que tanto le gustaban a la niña.

—He pensado en acudir al ministerio. Le puedo pedir al jefe que me ponga en contacto con el director de la Guardia Civil y que este a su vez me tramite algún tipo de orden para que los compañeros que están en Bogotá detengan a Laura cuando ella se entregue, pero…

—Pero eso tiene dos problemas… —interrumpió Silvia, cruzándose de brazos con gesto escéptico.

—Sí, uno de ellos es que me van a acusar a mí de que conocía su paradero y no lo he revelado hasta ahora, pero eso no me importa. Lo que me importa es que…

—Esto llevará mucha burocracia y será lento. Muy lento —sentenció ella.

—Y no hay garantías de que cuando aterrice en Madrid la lleven directa al hospital de Sevilla —añadió Adrián.

Silvia le miró con los brazos en jarra, la luz de la cocina proyectaba una sombra dura sobre su rostro. Se aproximó de nuevo hasta él.

—Sabes que nos compenetramos bastante bien, pero no veo claro lo que pasa por esa cabecita.

Él también acortó la distancia respecto a ella, en busca de su calor frente al frío de la ventana.

—Mañana voy a Sevilla a ver qué noticias tienen sobre la niña. Todo depende del pronóstico que me den allí. Mi cabecita de momento está aquí, contigo.

Ella lo miró y una chispa de deseo cruzó desde su cerebro hasta su entrepierna, una vía de escape necesaria ante tanta muerte y

tanta duda acumulada.

Lo abrazó y se lanzó a sus labios como una kamikaze que no tiene nada que perder. Adrián la recibió con ansia, con la desesperación del que busca recordar que sigue vivo en mitad de un cementerio. Solía sucederle que en momentos de máxima tensión, el ansia sexual le visitaba como un vecino molesto que aporrea la puerta en mitad de la noche. Y él era de los que pensaban que a los vecinos que dan problemas hay que cortarlos de raíz.

Por eso Silvia y Adrián tuvieron un encuentro sexual violento, rápido y del que los dos se arrepintieron nada más terminar. El silencio que siguió al placer fue más denso que el de antes, cargado de una culpa compartida. Aunque ninguno de los dos imaginaba entonces la huella que iba a dejar aquel acto nacido del miedo y de la soledad.

DIAGNÓSTICO

La espera le tenía al borde del colapso por estrés. Aquello que dicen de que no hay nada peor que la incertidumbre se materializaba en aquella sala de hospital, como el mismo polvo que caía en suspensión y se veía gracias a la luz que filtraban aquellos enormes ventanales.

El Hospital Virgen del Rocío de Sevilla poseía una escala diferente al de Algeciras; era un monstruo de pasillos infinitos donde el rumor de los carros metálicos y el murmullo de voces anónimas creaban un runrún insoportable, una frecuencia que crispaba los nervios de Adrián. Llevaba horas sentado en una de aquellas sillas de plástico, con la mirada perdida en las motas que bailaban en los haces de luz, mientras sentía que el tiempo se estiraba de forma artificial, como si la realidad se negara a avanzar hasta el golpe definitivo.

Luz Marina descansaba en una pecera aislada de la planta de oncología, tras una puerta que Adrián solo se atrevía a cruzar de vez en cuando. Verla allí, tan pequeña bajo el despliegue tecnológico de cables y monitores, le provocaba una náusea física.

Por fin, el oncólogo salió a hablar con él. Le invitó a entrar en su consulta y disparó con la urgencia que la situación necesitaba:

—Si no encontramos una alternativa en, digamos, una semana, el cuerpo de su hija dejará de luchar —le dijo el médico.

Adrián se llevó las manos a la cara.

—¿Solo una semana?

—Quizá más, quizá menos. Está aislada, cualquier infección exterior podría acabar con ella. Necesita el trasplante urgente. Podríamos recurrir a bancos de donaciones, pero sería someter a su

cuerpo a más estrés sin garantías de éxito. Como le dijo el compañero de Algeciras, necesitamos a un familiar compatible.

—Su madre está en camino. Como le dije a sus compañeros en Algeciras, reside en el extranjero.

—¿Y cuánto tardará?

—No lo sé, quizá dos días. Tres como mucho.

En ese momento, Adrián mintió. No sabía cuándo podría venir la madre ni siquiera si podría hacerlo.

—Hay otro problema, y es que antes de iniciar la donación de médula tendremos que empezar el proceso de aclimatación de la chiquilla.

—¿Y eso qué es?

—Una especie de reseteo. Le aplicaremos un tratamiento masivo de quimioterapia para que su médula actual desaparezca, por llamarlo de alguna forma.

—Pues adelante.

—El problema es que cuando eso ocurra, tenemos una ventana de tiempo muy pequeña para realizar el trasplante.

—¿Cómo de pequeña?

—Veinticuatro horas, cuarenta y ocho siendo demasiado optimistas. Tenga en cuenta que cuando «apaguemos» todas las defensas de su hija, no tendrá nada con qué luchar contra cualquier agente invasor.

—Pero está en una habitación aislada de toda infección, ¿no?

—Aun así, cualquier pequeño microorganismo que ya tenga en su propio cuerpo puede costarle caro —el doctor usó un eufemismo.

—¿Cuánto tardan en aplicar ese tratamiento de…?

—Acondicionamiento. Suele tardar unos seis días, pero podríamos ser agresivos y acortar los plazos. Eso sí, hay otro problema: que a pesar de que sea su madre, puede resultar no ser compatible.

Adrián suspiró. Le daba vueltas a la cabeza. Apretó sus manos una contra la otra, apoyó los codos en sus rodillas y se fijó en sus botas. Al fin, después de unos segundos, levantó la mirada.

—¿Hay otra alternativa?

El médico se lo pensó antes de contestar.

—Es la que tiene más probabilidades de éxito; sin embargo, es la más arriesgada. Sin la garantía de que la madre esté aquí y sea compatible, el riesgo es gigante. Es jugar a la ruleta rusa.

—Hágalo.

—Lo ideal sería esperar a que comprobáramos el HLA de la madre.

—Tiene que serlo. Si lo retrasamos para hacer las pruebas cuando llegue, luego tendríamos más problemas, ¿no? Habría que esperar otros seis días para el acondicionamiento. ¿Es así?

El médico no le aguantó la mirada. Revisó los papeles.

—Ya sé que su situación es complicada, pero la ética médica nos exige…

—Repito: ¿Cuál es la alternativa? ¿Dejarla morir? Porque lo que va a pasar es que se va a morir.

El médico calló por unos segundos.

—¿Dónde está la madre?

—En un vuelo desde Colombia para aquí —mintió.

—¿Ahora mismo está volando?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque se podía haber hecho una prueba HLA en el lugar en el que viviera.

—No era viable eso.

—¿Por qué?

—Porque vivía en Colombia, allí la sanidad no es como aquí.

El médico volvió a callar.

—Si llega hoy mismo, a Madrid supongo, mañana podría estar aquí. Podemos hacerle la prueba HLA de urgencia y tener el resultado en menos de seis horas.

Adrián claudicó. Le prometió al médico que la madre estaría allí lo antes posible y después buscó el anonimato de la sala de espera general. Necesitaba aire, pero lo único que encontró fue el oxígeno reciclado y el olor a limpio de aquel purgatorio. Se hundió en el asiento y sacó el teléfono móvil. La luz de la pantalla le hirió los ojos, cansados tras una noche de insomnio y el viaje frenético desde el Campo de Gibraltar.

Entró en la cuenta de correo compartido. Sus dedos sobrevolaron el teclado con una urgencia que rozaba el pánico. Sabía que Silvia no estaba allí para frenarlo, ni para darle apoyo, ni para cuestionar la legalidad de lo que estaba a punto de hacer. Abrió un nuevo borrador. Las palabras fluyeron con una precisión gélida, desprovistas de cualquier rastro de afecto. Le explicó que a Luz Marina le quedaban siete días de vida o menos y le exigió que estuviera lista para viajar de inmediato. La conminó a esperar en ese mismo correo las instrucciones de la ruta de extracción que iba a diseñar.

Guardó el mensaje en la carpeta de borradores y cerró la sesión. El peso del dispositivo en su mano le pareció insoportable, como si acabara de sostener el detonador de una bomba que destruiría su carrera, su libertad y la precaria paz que había construido en los últimos dos años. Apoyó la cabeza en la pared fría y cerró los ojos. En su mente, el mapa del mundo se dibujaba como una red de sombras y peligros, un laberinto que Laura debía recorrer para salvar a la hija que ambos estuvieron a punto de perder en Colombia.

El sol terminó de ocultarse tras los edificios de Sevilla y la sala de espera quedó sumida en una penumbra azulada, apenas rota por los fluorescentes del pasillo. Adrián se sintió más solo que nunca. Sabía que el siguiente paso era reunirse con Silvia y convencerla de que cruzara la línea con él. Sabía que pedirle a una subteniente de la Guardia Civil que colaborara en un cruce ilegal de una prófuga de la justicia era pedirle que se suicidara profesionalmente. Pero al recordar el pijama de Luz Marina sobre la cama deshecha en Algeciras, supo que no había vuelta atrás.

Se puso en pie y caminó hacia la salida del hospital. El aire de la noche sevillana le golpeó el rostro; era fresco y lo agradeció. Sacó de nuevo el teléfono y marcó el número de Silvia. Necesitaba verla de forma urgente.

SANTA MARTA

La ciudad de Santa Marta era, cuanto menos, peculiar. El aire allí no soplaba, sino que pesaba, cargado con un aroma denso de fritanga, escape de motores y esa salinidad que se incrustaba en la piel tras diez minutos de caminata.

Laura había viajado por media Europa o casi tres cuartos. También por media Colombia junto a LuzMa, pero no recordaba un lugar tan extravagante como aquel. Los picos nevados de la Sierra se asomaban al fondo, como centinelas blancos que vigilaban el caos de abajo. Pescadores se mezclaban con montañeros. Limpiabotas con turistas y conductores de Mercedes. Navajeros con camellos. La zona turística se diferenciaba de la residencial como el día y la noche. Una mezcolanza de la que convenía cuidarse en cada esquina, bajo la luz amarillenta de las farolas que parpadeaban con una arritmia eléctrica.

El dicho aquel de dormir con un ojo abierto se debió de haber inventado en esa localidad. De noche, las calles parecían la subura romana, llenas de maleantes, pasteros y toda clase de prostitutas de cualquier género que buscaban el sustento bajo la sombra de los edificios desconchados. Lo que ocurría era que Dionisio y Laura formaban una pareja tan extraña como aquella localidad costera; se mimetizaban entre sus habitantes, sus callejones estrechos y sus casas de diversos colores que despedían olores a arepas, salitre y vicio.

La reunión fue en uno de sus lugares habituales. En esa ocasión tocó el bar de Óscar, un local con las paredes cubiertas de hollín y una barra de madera desgastada por décadas de codos apoyados. El

dueño, nada más verlos entrar, les sirvió dos vasitos de vino junto con dos porciones de atún en vinagre que Dioni devoró en un solo bocado.

—¿Cómo fue, viejo lobo? —dijo Óscar en su saludo habitual, con una sonrisa que no terminaba de ocultar una sombra de inquietud.

—Aullando, como siempre.

El camarero le hizo un gesto de bienvenida a Laura que ella correspondió con un movimiento de cabeza. Los dos bebieron el vino y lo paladearon con una calma cercana a la parsimonia. Lo hacían así para seguir las indicaciones que el propio Óscar les había dado el primer día que visitaron su tasca: «Acá nunca se sabe cuándo será el último trago, así que disfruten cada vaso como si fuese el día de su entierro».

A pesar de que con el tiempo habían adquirido confianza con el camarero y dueño de aquel local, siempre pagaban al instante de que les sirviera las consumiciones. Había que ser precavidos; nunca se sabía cuándo tendrían que salir de allí a toda prisa. Y no era plan de dejar deudas a aquel hombre que siempre los recibía de buen agrado. O al menos eso parecía tras el humo de los cigarrillos que enturbiaba el ambiente.

Solo confiaban en él y en Lagarto, en este más que en nadie porque le habían salvado la vida a él y a sus dos hijos un día que cayó la mayor de las tormentas que Dioni y Laura hubieran vivido jamás. De no ser porque se bajaron de su todoterreno y les sujetaron las manos cuando ya se los llevaba la corriente de un río que se había desbordado y pillado por sorpresa a los tres, ninguno de ellos estaría vivo en esos momentos.

Esa acción, que cualquier ciudadano con un mínimo de humanidad hubiera completado, selló un pacto de sangre entre ellos y Lagarto. Él nunca los traicionaría ni por toda la platica del mundo. Eso fue lo que juró en la tumba de su mujer cuando les insistió en que lo acompañaran para realizar tal juramento bajo la lluvia persistente del cementerio.

De Óscar solo se fiaban porque le habían ayudado a cobrar una deuda de un turista alemán que llevaba demasiado tiempo por la zona y que el camarero sospechaba que se iría sin pagar la cuenta

que cada noche le apuntaba en una libreta mugrienta. Dioni y Laura solo tuvieron que hacer acto de presencia en la casa que el guiri tenía alquilada para que los acompañara y satisficiera los casi doscientos dólares que le debía al dueño del local.

Las lealtades compradas con dinero no son iguales que las conseguidas con honor.

Eso era algo que Dioni y Laura tenían bien presente mientras observaban el ir y venir de la clientela habitual. Óscar les sirvió otro vino y un par de arepas que siempre consumían, y los invitó a sentarse en la mesa del fondo. La más próxima a una ventana por la que se podía saltar a la calle si las cosas se ponían feas. El camarero se sentó junto a ellos con otro vaso de vino para él y comenzó a hablar entre susurros, casi inaudibles bajo el ruido del ventilador.

—Esta vez no se trata de un trabajico para otros. Esta vez es para mí.

—¿Otro guiri que no te paga, Osquítar? —comentó Dioni, burlón.

Sin embargo, Óscar no se rio. Clavó sus ojos en Laura. Y ella por poco le lee el pensamiento a través de la penumbra del local.

—Creo que tenemos un enemigo en común, amiga gallega.

—¿De qué estás hablando, Óscar? —respondió ella, y el pulso se le aceleró apenas un instante.

—Ay, Diosito, tú te sigues pensando que yo soy un mesero analfabeto. ¿Verdad?

—Si pensara que eres analfabeto o tonto, no hubiéramos confiado en ti, Óscar. Así que dispara lo que tengas que decir.

—Está bien —inició el camarero, que se frotaba las manos y movía las piernas arriba y abajo como si quisiera calentarse de algún tipo de frío más allá del que sentía en las venas. Se acercó al oído de la mujer y susurró un nombre. Un nombre y un apellido que estremecieron a la española y que hizo que abriera la boca. Laura empezó a mover las piernas casi con la misma cadencia que Óscar.

—¿Cómo de enemigo es? —preguntó Laura.

—Tanto como para que los dos nos queramos muertos el uno al otro.

—¿Se puede saber por qué?

El tipo miró hacia atrás y, tras constatar que no había nadie cerca, se acercó de nuevo al oído de la mujer.

—Digamos que nos robamos mutuamente, yo unas encomiendas; él, plata que era mía.

Ella lo miró con un gesto de desaprobación y resopló.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó ella.

—Lo que te puse en la nota que le di al Lagarto. Hay que ir a la frontera con Venezuela.

—Así que eres tú el motivo por el que hay que ir hasta allí. ¿Quieres que seamos tu escolta o algo parecido? —comentó Dionisio, que intuyó por dónde iban los tiros.

—Algo parecido.

Dioni miró a Laura y negó con la cabeza. Laura dudó. Quizá sí debería aceptar aquel encargo que suponía mandar un mensaje a ese enemigo en común que seguía presente en sus peores pesadillas.

—¿Nos dejas a solas un momento, Óscar?

—¡Cómo no!

El camarero se levantó y se dirigió hacia la barra mientras Dioni no le quitó ojo en su caminar lento. Laura se acercó todo lo que pudo a su compañero y le repitió el nombre y el apellido que le había dicho minutos antes Óscar.

—Como bien dijiste, puede seguir dando por culo desde la cárcel.

—Lo que yo no tengo tan claro es que esto no sea una trampa —advirtió Dionisio con voz ronca.

—¿No te fías de Óscar?

—Desde este momento, no.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Colaborar. Por una parte, si fuera una trampa, creo que no hubiera dicho su nombre.

—Pero por otra te extraña que sepa lo de Restrepo.

—Mucho. No obstante, algún día tenía que ser, querido Dioni. Más tarde o más temprano.

—En eso tienes razón.

Se miraron y asintieron. De algo hay que morir, parece que se dijeron el uno al otro con sus miradas. Y esas miradas ya se

conocían lo suficiente para entenderse sin hablar. Llamaron a Óscar y aceptaron el encargo. A cambio le pidieron que, si todo salía bien, estaba en deuda con ellos para siempre.

—Ya lo estoy mis panas, ya lo estoy.

—No, querido parcerito, esto no es sacarle cuatro duros a un guiri asustado. Esto es algo serio, y lo sabes —dijo Laura con una frialdad que detuvo la sonrisa del camarero.

—Y si nos la juegas… —añadió Dioni, con la mano cerca de su chaqueta.

—Miren que son desconfiados; hacen bien, pero si esto fuera una trampa, no les hubiera contado nada del tipo, los habría entregado y listo. Sé que se preguntan cómo lo sé, y lo entiendo. Lo que pasa es que ustedes no me conocen del todo.

—Por eso la duda, Óscar, por eso… —añadió Laura mientras se ponía en pie.

El camarero sonrió. Le ofreció la mano y ella la estrechó con fuerza.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pues mañana mismo bien temprano, así que apúrense.

Dioni abrió los ojos con la intención de protestar, sin embargo no le dio tiempo, ya que Laura aceptó de inmediato.

—Muy bien, tengo el tiempo justo para despedirme.

Óscar se quedó sorprendido pues no sabía de quién carajo tendría que despedirse aquella gallega que no tenía más que al viejo por allá. Dioni se levantó y siguió a Laura, que ya enfilaba la puerta de salida hacia el calor húmedo de la calle. Antes de salir, el viejo se dirigió a Óscar.

—A la segunda ronda invita la casa, ¿no?

—Pues claro, viejo lobo.

Laura se dirigió hacia el único local de toda Santa Marta en el que podía conectarse de forma segura a internet. Era un local angosto, con el suelo de cemento y un olor penetrante a lejía y a infusiones varias. Iba con la intención de dejar un mensaje de despedida, ignorando por completo el abismo que le esperaba en la bandeja de entrada.

ESTACIÓN DE SERVICIO

Se citaron en una estación de servicio a medio camino entre Sevilla y Algeciras, un lugar donde el viento de la noche arrastraba el olor a asfalto recalentado y a combustible.

Adrián estacionó su coche junto al de la subteniente y caminó hacia ella mientras se subía las solapas del abrigo. Silvia permanecía apoyada en el capó, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la preocupación y el reproche.

—¿Qué te han dicho? —preguntó ella sin preámbulos.

EL cabo le contó todo el problema médico de la niña. La subteniente no dejó lugar para el silencio: lo abrazó y lo único que ambos escucharon en ese momento fueron los rugidos de los camiones y demás vehículos que pasaban a pocos metros de allí.

—Tengo diseñado el plan para traerla —sentenció él.

Su compañera se separó de él.

—¿Qué plan?

—Ya lo hablamos: no hay tiempo para extradiciones ni para peticiones a la dirección general.

—Sabes que vas a acabar mal, que los dos vais a acabar mal…

—Y tú sabes que eso no importa. Lo único que importa es que la niña se salve.

—Ya… —la mujer bajó los ojos.

—Y por eso te necesito a ti también.

Silvia los mantuvo en el suelo. Sabía que esas palabras saldrían en algún momento de la boca de su compañero.

—Lo sé.

Adrián la abrazó de nuevo y, entre susurros, le explicó entonces el plan que había empezado a fraguar. A través de los borradores que habían intercambiado meses atrás, Laura le había detallado su ruta de fuga cuando abandonaron España; cómo ella, la niña y Dioni salieron desde el pueblo y condujeron por Europa hasta llegar a Ámsterdam. Allí se las ingeniaron para embarcar hacia Dakar en un barco de carga, un trayecto agónico de olas y salitre. Después tomaron un vuelo chárter clandestino hasta Maicao, en el norte de Colombia, que la novia de Laura le ayudó a fletar.

Para ejecutar el regreso, necesitaban algo parecido pero mucho más rápido. Adrián solicitó a su compañera que se montara en su coche.

—¿Me acompañas?

—¿Dónde?

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla. Ella dudó. No le aguantó la mirada. Decirle que sí significaba cruzar un umbral del que no sabía cómo podría volver. Ella era un agente de la ley. Ya se la había saltado en dos ocasiones, las dos por ayudarlo. Las dos por ayudar a su hija, una chica que le había robado el corazón, pero que no era suya. Esta tercera implicaba mucho más. Implicaba un riesgo que no estaba segura de poder ocultar.

Adrián le abrió la puerta del coche como si se tratase de una cita romántica.

Ella lo miró.

—¿Y qué hacemos con mi coche?

MAICAO

Del cañón salía humo.

—Óscar, si no me matan hoy aquí, te juro que te mato yo cuando vuelva —dijo Dionisio.

—Ya sabías el riesgo, viejo lobo, por eso te necesitaba. Y yo voy a cumplir mi parte.

Laura lo observaba con una mezcla de rabia y confusión.

Sí, Óscar había cumplido su parte. La había puesto en contacto con alguien que sacaba a gente de Venezuela hacia Europa en un vuelo chárter desde Maicao. En eso habían tenido mucha suerte, no solo por la proximidad al lugar donde se encontraban, sino también por la premura de la situación. El problema era que para conseguir los pasajes clandestinos, debían dejar a Óscar en el paso de la frontera que él había exigido. Tal y como pidió en la reunión en su tasca el día anterior.

Aunque en realidad, ese no era el problema verdadero, el cual se acababa de revelar una vez llegaron a la localidad fronteriza de Paraguachón.

Allí esperaba el contacto que debía trasladar a Óscar al otro lado de la frontera. Sin embargo, parecía que los estaban esperando: tres tipos armados con semiautomáticas abrieron fuego antes de que pudieran alcanzar la gasolinera abandonada donde se habían citado.

—Óscar, o me dices ahora mismo de qué conoces a Restrepo o yo mismo te ejecuto —exigió Laura mientras se parapetaba tras la puerta del todoterreno.

El camarero suspiró bajo la lluvia de balas que astillaba el parabrisas.

—Pues de qué va a ser, mija, ya te lo dije ayer —el tipo se llevó el dedo índice a la nariz.

Laura, que ya lo intuía por la palabra «encomienda» que el camarero pronunció el día anterior, maldijo el día en el que se tuvo que enamorar de la hija de un narcotraficante. Óscar no era un simple mesero, sino que en su día tuvo que ser un engranaje más en la red de distribución de Restrepo y que en ese momento se había convertido en alguien incómodo por algún motivo que a ellos no les interesaba.

—¡A la de tres! —gritó Dionisio.

El viejo no esperó. Se asomó sobre el capó y disparó su escopeta con una precisión digna de tirador olímpico. El primer sicario cayó sobre el asfalto polvoriento, cerca de un surtidor de gasolina abandonado. Laura aprovechó la cobertura para rodear el vehículo. Se movió con la agilidad de una sombra; el pulso no le tembló cuando se acercó al segundo hombre. Lo cogió de imprevisto por la espalda y le golpeó en la zona lumbar para hacerlo doblarse. Después le aplicó un mataleón para asfixiarlo hasta que se quedó inconsciente. El tercer asaltante se acercó a Laura con la intención de disparar, aunque estuviera su compañero de por medio. Así que ese pobre que estaba inconsciente, sí que cayó abatido por la primera ráfaga. Laura se protegió detrás de él y sintió el impacto de las balas sobre el cuerpo que sujetaba.

Cuando el sicario se preparaba para disparar la segunda ráfaga, un hierro frío y duro le atravesó la espalda. Cayó muerto y su cara se desplomó sobre el asfalto. Los ojos, todavía abiertos, miraban a la mujer, que poco a poco se despojó del cadáver que le había servido de escudo.

Dionisio sacó su cuchillo del cuerpo del tipo, lo limpió con la misma ropa del occiso y preguntó a Laura si estaba bien; ella se lo agradeció a su manera.

—Has tardado demasiado, te estás volviendo mayor.

Él le hizo una peineta y justo después se volvió hasta la posición de Óscar, detrás del todoterreno, y lo agarró por el cuello de la camisa. Lo levantó del suelo con una fuerza impropia de su edad.

—Los pasajes, Óscar. Ahora —exigió el viejo con el cuchillo muy cerca de la barbilla del camarero.

Óscar, con su eterna sonrisa y las manos en alto, señaló una pequeña mochila de lona que descansaba en el asiento trasero del coche.

—Están ahí. Todo en regla. Pasaportes falsos y los boletos. Os esperan en la pista privada de Maicao. Antes de pasar el control tenéis que decir que vais de mi parte.

Laura recogió la mochila y comprobó los documentos. Eran pasaportes falsos con sellos de salida de Bogotá, perfectos para burlar cualquier control rutinario lejos de un aeropuerto oficial. Miró hacia la zona de la frontera, hacia ese límite invisible donde la muerte tenía un precio tan bajo. No sentía remordimientos; solo una prisa agónica que le quemaba las entrañas.

—Vete —le dijo Laura a Óscar sin mirarlo—. Y suerte al otro lado.

El camarero no necesitó más. Cogió su mochila y corrió hacia el coche que lo esperaba convenientemente camuflado al otro lado de la gasolinera para llevarlo hasta el lado venezolano de la frontera.

Óscar huía, huía de un pasado y de un hombre. Ellos dos también huían de ese hombre, pero tenían un motivo más grande por el que salir del país que los había acogido los últimos seis años.

Laura y Dionisio subieron al todoterreno. El motor tronó y el vehículo dio un giro violento sobre la grava. Dejaron atrás los cadáveres y el olor a pólvora de Paraguachón. El sol empezaba a caer sobre la península de La Guajira y pintaba el horizonte de un rojo violáceo que recordaba a la sangre derramada en el asfalto.

—¿Crees que llegaremos a tiempo? —preguntó Dionisio mientras aceleraba por la carretera que conducía a Maicao.

—Tenemos que llegar —respondió Laura con la vista fija en la carretera—. Luz Marina no tiene otra opción y yo tampoco.

El aeródromo de Maicao apareció en la distancia como una mancha grisácea entre la arena y el matorral. Aunque era un aeropuerto pequeño oficial, parecía más bien una pista clandestina, el nido desde donde despegaban los sueños y las pesadillas de los que no tenían lugar en el mundo legal. Laura apretó la mochila contra su pecho. En su interior no solo estaban los pasajes; estaba

la última oportunidad de recuperar la vida que el pasado le había arrebatado. El chárter hacia el Sáhara era el primer paso de un regreso que no auguraba nada bueno.

Excepto poder contemplar la cara de su niña otra vez.

EL AERÓDROMO

El viento de levante azotaba los hangares de chapa del aeródromo con un estruendo metálico que ponía a prueba los nervios de cualquiera. Adrián y Silvia permanecían resguardados bajo el alero de la oficina del piloto, una construcción precaria que crujía ante cada ráfaga. El tipo había partido de Villamartín por la mañana en busca del objetivo.

Ese era el punto más crítico de toda la operación. Laura y Dioni viajaban en un vuelo chárter desde Maicao, en Colombia, y debían aterrizar en el Aeropuerto Internacional de El Aaiún, en el Sáhara Occidental; un territorio bajo control marroquí donde la arena y la política se mezclaban de forma peligrosa.

Allí, Lope, el piloto que habían contratado, debía recogerlos en la misma pista y llevarlos hasta el aeródromo de Bu Craa, a unos cien kilómetros al sur, donde él habría aterrizado horas antes para evitar sospechas. Lope era un conocido contrabandista que cruzaba las aguas del Estrecho con su Cessna 210, una avioneta capaz de cubrir hasta mil quinientos kilómetros sin repostar.

La ruta hasta El Aaiún no era la más habitual en sus viajes; sin embargo, conocía a ciertos militares que, convenientemente sobornados, facilitarían la empresa.

—Para ya de dar vueltas —pidió Silvia a su compañero—. Todavía les faltan seis horas como poco.

—No puedo.

—Tendrías que haberte quedado más tiempo con Luz Marina.

Adrián quiso soltar un improperio, pero solo acertó a condenarla con la mirada; ella lo ignoró. Silvia siguió con la vista fija en su

móvil, atenta al cronómetro con el tiempo teórico que le había dado Lope. Al piloto lo había reclutado ella; era un conocido colaborador de varios narcotraficantes que oscilaba siempre en el filo del bien y del mal. Adrián, aunque había oído hablar del tipo, no lo conocía en persona. Además, Lope era un hombre maduro que bebía los vientos por la subteniente. Ella se sintió sucia por haberle pedido el trabajo. Aunque Adrián fuera quien abonase el coste de la operación, el tipo había accedido solo porque ella lo solicitó. Era una tarea compleja que implicaba jugársela frente a los volátiles policías marroquíes en una zona donde cualquier error se pagaba con una celda oscura.

—Lope es un experto, ya lo sabes.

—No me preocupan sus dotes a los mandos del avión, ya sabes lo que me preocupa.

Si Lope no conseguía recoger a Laura y Dioni en mitad de la pista, tendrían problemas con aduanas. Llevaban pasaportes falsos y los agentes de El Aaiún no eran tan fáciles de convencer como los militares de Bu Craa. Lope debía pagar una cantidad de dinero importante a los soldados del sur: primero para que rellenaran el tanque de su Cessna; segundo para que ofrecieran transporte al aeropuerto, a cien kilómetros de distancia; y tercero, lo más complejo, para que uno de esos militares le acompañase al aeropuerto de El Aaiún y sobornase a algún trabajador para interceptar a Laura y Dioni nada más bajasen de su chárter, y evitar así el control de pasaportes.

¿Era viable?

Sí. Lope había sacado a gente de diversos lugares del mundo para traerlos a España por esa vía.

¿Era complejo?

Mucho. Él prefería aeropuertos como el de Nuakchot, en Mauritania, con agentes que hacían menos preguntas y aceptaban menos dinero. Sin embargo, el único vuelo que Laura y Dioni habían podido conseguir en tan poco tiempo, gracias a Óscar, fue el que los llevaba a El Aaiún.

De momento habían recibido dos buenas noticias por mensaje: Lope había aterrizado en Bu Craa y estaba de camino a la capital del Sáhara.

—Mi hija está en la pecera y solo la puedo ver desde el exterior. Nos parte el alma a los dos estar así —murmuró Adrián.

Silvia cerró los ojos y se lamentó por su comentario anterior. Su compañero no solo la necesitaba por la logística, sino por el apoyo emocional. Lo que ocurría era que ella se sentía utilizada por haber tenido que convencer a Lope y eso la alejaba un tanto de él. A pesar de ello, evocar la imagen de Luz Marina en el hospital le encogió el corazón.

Se levantó y se acercó a Adrián, que no paraba quieto. Le asió la mano y después lo abrazó desde atrás. El viento seguía con su ataque contra los tejados de los hangares de Villamartín, en el corazón de la sierra de Cádiz, pero el abrazo de aquella mujer lo transportó, por unos segundos, a casa.

Las cosas en el Sáhara Occidental eran bien distintas. El vuelo desde Maicao había sido relativamente tranquilo. Unas sesenta personas a bordo de un Boeing con más años que la media de los ocupantes, pero que no dio sustos más allá de las habituales turbulencias sobre el Atlántico. Cuando aterrizaron en El Aaiún, la atmósfera cambió; el calor seco y el olor a queroseno y polvo lo inundaron todo.

No sabían muy bien qué hacer. Adrián les había dicho que los esperarían en la pista, pero no precisó quién ni cómo. Allí no podían comunicarse con el cabo, ya que no disponían de cobertura en sus teléfonos móviles de estraperlo con compañías colombianas.

Laura temblaba ante el hecho de tener que pasar el pasaporte falso por el control de aduanas. El acceso en Maicao fue un trámite; allí los agentes solo miraron que la cara de la foto coincidiera con el portador y sellaron sin más. Además, ir de parte de Óscar aligeró aún más la situación, ya que no usaron los lectores electrónicos que, sin duda, detectarían la falsedad documental.

Bajaron las escaleras del avión con sus mochilas al hombro. No llevaban nada más; no hubo tiempo para equipajes ni podían permitirse cargar con ellos. Una vez pisaron suelo saharaui, se encaminaron hacia donde el resto de pasajeros lo hacía: hacia la terminal de hormigón que vibraba bajo un sol ya en descenso.

Un matrimonio fue interceptado a mitad de camino; un militar les pidió la documentación y se los llevó de allí. La pareja lo siguió sin rechistar.

—Joder, ¿no se habrá equivocado? —protestó Dioni—. ¿No vendrían a por nosotros?

—No creo, les ha pedido los pasaportes.

Siguieron el camino con la vista en todas direcciones. Les quedaban poco más de veinte metros para llegar a las puertas de la terminal cuando un muchacho empezó a dar voces detrás de ellos.

—«¡Lara, Doni!»

Era un joven que llevaba puesto un chaleco reflectante y dos señales luminosas en las manos. Ellos se salieron de la fila y se acercaron al chico.

—Soy Laura —dijo ella mientras señalaba su pecho, como si hablara con un desconocido en un idioma olvidado.

El joven sonrió y les hizo un gesto para que lo acompañasen. Cuando creían que el éxito estaba cerca, sonó una voz fuerte a su espalda. Otro soldado se acercó a toda prisa y les habló con brusquedad. Les fue imposible entenderlo. El chico se comunicó con él y el agente pareció calmarse. Laura se dio cuenta de que era el mismo militar que minutos antes se había llevado al matrimonio. Le sonrió con una mezcla de miedo y alivio.

El muchacho siguió con sus explicaciones y gesticuló mientras señalaba un lugar indeterminado tras los hangares. El militar les hizo un gesto con su ametralladora para que avanzaran y los cuatro iniciaron el camino. Bordearon una estructura metálica y al otro lado apareció un vehículo todoterreno del ejército con un conductor al volante. El joven dijo algo en su dialecto y se largó de allí a toda prisa. El soldado dialogó con el conductor y, en ese momento, bajó del asiento del copiloto un personaje que no parecía natural de aquel lugar, sino de latitudes mucho más al norte. El individuo habló en el mismo dialecto, pero mucho más despacio, y ofreció un cigarro al militar que los había escoltado.

Este aceptó y, tras recibir fuego, el europeo le ofreció un billete doblado. El sujeto lo miró de arriba abajo y, después de unos

segundos de duda, cogió el dinero y sonrió. Lope ,entonces, se dirigió a ellos con una voz curtida en mil vuelos clandestinos.

—Laura y Dioni, supongo. —Laura asintió con la cabeza—. Subid al coche.

Laura y Dionisio se subieron a aquel vehículo. Ya «solo» les faltaba una hora de viaje por el desierto y otras cuatro o cinco horas en avioneta hasta España.

EL ESTRECHO

El pitido del monitor volvió a su frecuencia habitual.

Después de la crisis en la que Adrián creyó que su hija se moría y a él le daba un infarto, todo volvió a la calma.

Adrián no se explicaba cómo, minutos antes de la crisis, Luz Marina le había sonreído e, incluso, le había sacado la lengua.

La chica yacía desplomada sobre el colchón como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. El monitor cardíaco había recuperado un ritmo errático, pero constante, aunque la cifra del oxígeno en sangre seguía en números peligrosamente bajos. El médico se volvió hacia el cristal y, al ver la sombra de Adrián al otro lado, hizo un gesto imperceptible con la cabeza. No era un gesto de victoria; era el aviso de que acababan de ganar un asalto, pero que la guerra seguía en marcha. El policía sacó el teléfono del bolsillo y sintió el metal frío contra la palma de la mano. Pensó en que, en algún punto sobre el mapa de África, una avioneta cargada de secretos y traiciones luchaba contra el viento de levante para traer la única médula compatible que quedaba en el mundo y prometía llevar esperanza a aquel hospital.

Adrián miró su reloj; la cuenta atrás que él mismo había activado ya no era un aviso, era una realidad física que goteaba en el suero de Luz Marina. Apretó el puño contra el cristal y dejó una marca de sudor y desesperación que se proyectaba sobre el rostro de la chica.

Pocas horas después, sobre las aguas del Estrecho de Gibraltar, la situación no andaba mucho mejor. La Cessna 210 de Lope había empezado a dar síntomas de fatiga. O mejor dicho, de falta de

combustible. El tipo le dio los típicos golpes en la aguja que marcaba el nivel de queroseno por si aquello era un fallo del aparato de diagnóstico, pero el dial permaneció impasible, rozando el rojo con una fijeza que helaba la sangre.

Aquello no era una película de Indiana Jones. El viento de cara que sufrieron durante la mayor parte del trayecto sobre el Sáhara, sumado ahora al levante que obligaba a realizar maniobras bruscas para mantener la aeronave estable, se había merendado el tanque más rápido de lo esperado. Laura sentía cada sacudida en la boca del estómago; el fuselaje de la avioneta crujía bajo la presión de las rachas como si fuera a deshacerse en astillas de aluminio sobre el mar oscuro.

—¿Y por qué no te han puesto más combustible? —inquirió Laura cuando Lope les contóla fatídica noticia, mientras apretaba los puños hasta clavarse las uñas en las palmas.

—Porque no pueden poner más. Por mucho que les soborne, tienen que limitarlo de alguna forma para no levantar sospechas en el inventario de la base. Pensé que tendría suficiente, pero el viento ha cambiado.

Lope inclinó el morro de la Cessna hacia el norte, buscando desesperadamente la línea de costa. El Estrecho era un embudo de corrientes invisibles que zarandeaban el aparato con una violencia ciega.

—¿Y no podías haber hecho una parada? —insistió Laura mientras miraba por la ventanilla la inmensidad del agua oscura bajo ellos.

—Mi encargo es llevaros a la península lo antes posible. Una parada en Marruecos supondría al menos dos horas de retraso y un control que nadie de los que aquí estamos quiere.

Un súbito carraspeo del motor silenció la cabina. El sonido, un estertor metálico seguido de una vibración irregular, hizo que Lope maldijera entre dientes. La hélice perdió ritmo por un segundo antes de recuperar la tracción, pero el aviso fue claro: el depósito estaba seco.

—¡Preparaos! —gritó el piloto—. ¡Vamos a entrar en planeo!

Laura vio cómo Lope apagaba las luces de navegación. No quería que el SIVE los detectara, pero aquello también los convertía en un

proyectil invisible en mitad de la noche. El silencio que los envolvió cuando el motor se detuvo definitivamente distaba mucho de ser algo relajante. Solo quedaba el silbido del viento contra el parabrisas y el latido desbocado de sus propios corazones. La avioneta descendía en un ángulo agónico, buscando la tierra firme de Andalucía por puro instinto.

De repente, la silueta de la sierra de Cádiz emergió entre las sombras. Laura distinguió una lengua de tierra flanqueada por luces tenues, casi imperceptibles: el aeródromo de Villamartín. Lope forzó los flaps y el aparato realizó un giro brusco, escorándose sobre un ala para encarar la pista. La aproximación fue un suicidio controlado. El tren de aterrizaje golpeó el suelo con un impacto seco que les sacudió los huesos; el Cessna rebotó con violencia sobre el asfalto antes de que el piloto lograra domar el aparato.

La avioneta se detuvo por fin en mitad de un silencio irreal. Laura permaneció inmóvil, con la respiración entrecortada, hasta que vio a través de las ventanillas la figura de Adrián, que había vuelto del hospital y corría hacia ellos desde la oscuridad. El viaje había terminado, pero el verdadero asalto contra el tiempo acababa de empezar.

EL REENCUENTRO

No hubo abrazos.

Ni siquiera un saludo.

Tampoco hubo reproches.

Tan solo hubo premura, prisas, urgencia. Adrián y Laura se miraron y se aguantaron las miradas hasta que Dioni los interrumpió.

—Vaya viajecito.

—Nadie te pidió que vinieras —replicó Adrián.

El veterano gruñó y se alejó para saludar y agradecer al piloto haberlos traído sanos y salvos hasta la península.

—¿Cómo está? —dijo Laura.

—Ya lo sabes, está mal. Así que tenemos que irnos cuanto antes. A ver si mañana a primera hora pueden hacerte las pruebas e iniciar la donación cuanto antes.

—Pero cuéntame más.

Adrián suspiró. Miró a su lado y allí estaba Silvia, con los brazos en jarra. La llegada de Lope hasta ella para saludarla la distrajo y Adrián aprovechó para acercarse a Laura.

—Lo que te conté por mail, no hay mucho más: lleva cerca de un año y medio peleando. A las pocas semanas de volver de Colombia empezó a encontrarse mal. Tras varias pruebas le diagnosticaron leucemia. Recibió médula de un donante anónimo y los primeros meses respondió bien. Hace cuatro días, cuando te escribí, tuvo una crisis. Los médicos no le dan mucho tiempo si no recibe un donante cien por cien compatible. Y ya te dije que yo no lo soy. Y hace un rato ha tenido otra crisis en el hospital. Más grave todavía.

Laura lo miró y se le humedecieron los ojos. Abrió la boca y la cerró un par de veces. Quería decir muchas cosas y no era capaz. Quería pedir perdón. Quería que le pidiera perdón. Quería ver a su hija y estrecharla entre sus brazos. Quería tantas cosas y no había tiempo para nada.

—Pues venga, vámonos cuanto antes.

Adrián asintió y le dio la espalda.

—Adri —dijo Laura, usando el diminutivo.

—¿Qué? —respondió él sin girarse.

—Gracias por avisar.

El guardia civil quería responder que no hacía falta dar las gracias. Era su hija y como tal solo quería su bien. Consideraba a Laura un mero trámite. Aunque no se había parado a pensar en las consecuencias posteriores a que ella estuviera de vuelta en España. La niña, cuando se recuperase, querría pasar tiempo con ella. Y eso era algo con lo que no habían contado.

LA EMBOSCADA

La tierra de la pista devolvía una ventolera pastosa; una mezcla de brea recalentada y arena que se pegaba a la garganta. Por desgracia, la subida de temperatura era algo cada vez más habitual en aquel rincón del sur de España, aunque no fuera verano ni siquiera primavera.

Adrián apretaba el volante de su coche particular, un Toyota Land Cruiser marrón de más de diez años comprado a un quinqui de Los barrios, un coche que, hasta el momento, no le había dado problemas. Tenía los nudillos blancos, como si el cuero fuera lo único que lo mantenía anclado a la realidad. A su derecha, Silvia no quitaba la mano de la culata de la Beretta. No se miraban. No hacía falta. El silencio en el habitáculo era espeso, solo roto por la respiración irregular de Dionisio en el asiento de atrás. Laura viajaba a su lado, inmóvil, convertida en algo parecido a una estatua de granito que miraba por la ventanilla hacia la oscuridad del campo. Habían cruzado medio mundo para esto; el aire de la frontera entre las provincias de Cádiz y Sevilla olía diferente al de las montañas de Colombia. No sabría decir si mejor o peor, pero en aquel momento le pareció que olía a incertidumbre, ya que aquello ya no era su casa.

Adrián consultó el reloj de la consola central; las 01:14. La humedad de la zona se filtraba por las rendijas del aire acondicionado.

Llegado al desvío hacia la autopista, las luces azules de un control de la Guardia Civil cortaron la noche. Un patrulla atravesaba la calzada y unos conos contribuían a impedir el paso. Un agente

agitaba una linterna con movimientos mecánicos, de arriba abajo, ordenando el alto.

—No me lo puedo creer —dijo Silvia.

—Tranquilidad, tiene pinta de control de alcoholemia —replicó Adrián.

Adrián frenó suave; dejó que el motor perdiera revoluciones antes de detenerlo por completo. Sintió el peso del arma reglamentaria en el costado, una presión familiar que aquella noche le resultaba extraña. Se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la placa. Bajó la ventanilla y el olor a un establo cercano le golpeó la cara. El guardia que se aproximaba no llevaba el chaleco reflectante de seguridad ciudadana; la funda de su arma era una Safariland de extracción rápida, propia de unidades de intervención. Era demasiado equipo para un control de madrugada en una secundaria.

—Buenas noches, documentación —pidió el guardia.

Tenía la cara curtida y los ojos vacíos de quien ha visto demasiada mierda en la valla. Adrián le enseñó la placa y saludó.

—Buenas noches, compañero.

El guardia se fijó en la placa y su gesto no cambió.

—Bajen del coche, por favor.

—¿Por qué? Soy compañero y si quieres hacerme soplar, soplo. Pero no me hagas bajar, que es muy tarde y estamos cansados. Venimos de un…

No le dio tiempo a continuar. Otro agente se acercó y los dos les apuntaron con las semiautomáticas.

Justo después, un SUV negro sin distintivos frenó en seco detrás de ellos; el rechinar de los neumáticos los puso a todos en alerta.

Adrián giró la cabeza; buscó con su mirada a Laura, que tenía la mandíbula desencajada. Él quería ofrecer alguna respuesta, pero no la tenía.

—No hagas ninguna puta locura, Adri —dijo Silvia.

Adrián la miró y por un momento sintió la tentación de sonreír. Se le quitaron las ganas cuando otros dos hombres con pasamontañas y subfusiles cortos encañonaron los cristales laterales. El guardia que pedía los papeles ya no esperó; tiró de la manija de la puerta de Laura con una violencia calculada.

—Bajen del coche. Ya.

Dionisio reaccionó como un resorte; se deslizó por encima de Laura y lanzó un golpe seco hacia la mandíbula del agresor. Sin embargo, otro de los asaltantes abrió su puerta y descargó un culatazo en la nuca del viejo. El sonido del hueso contra el metal fue una nota discordante en la noche. Dionisio se desplomó sobre el asiento con los ojos en blanco y un hilo de sangre espesa brotando de la brecha. Laura gritó, un sonido gutural que Adrián no recordaba; trató de zafarse, pero la superioridad de los supuestos guardias era absoluta.

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo? Que somos compañeros —gritó Silvia.

Adrián le puso la mano encima y con la mirada le dijo lo que ya ambos intuían. Aquellos no eran compañeros y distaban mucho de serlo.

—¡Fuera del coche! ¡Manos donde pueda verlas! —gritó el que llevaba la voz cantante.

Adrián sintió el frío del acero contra su sien izquierda. Obedeció. Silvia seguía con la mano puesta en su arma, pero uno de los tiradores la apuntaba. Un movimiento en falso y el habitáculo se habría convertido en un matadero. Todos bajaron del coche despacio, con las manos abiertas. El suelo de la cuneta estaba lleno de grava y vidrios rotos. Los obligaron a hincar las rodillas. Silvia fue reducida con una brusquedad innecesaria; le doblaron el brazo hasta que el hombro crujió.

—¡Laura! —gritó Adrián.

La vio. Dos hombres la arrastraban hacia el SUV negro. Ella intentó forcejear, pero la esposaron a la espalda y el que había golpeado a Dionisio la amenazó con la misma culata.

—Adrián, ¡nuestra hija! —gritó ella justo antes de que le pusieran cinta americana en la boca.

La metieron en el vehículo a empujones. No hubo diálogo. No hubo peticiones de rescate. Fue una extracción profesional, limpia de toda retórica. El SUV arrancó quemando rueda, dejando una estela de humo azulado y el olor a goma quemada impregnado en el ambiente.

Los asaltantes se quedaron custodiando a Adrián y Silvia. El cabo observó el furgón oficial; era una réplica casi perfecta, probablemente un vehículo subastado y repintado con esmero. El líder del grupo, un tipo con el cuello tatuado, se acercó a él. Lo cogió del pelo y lo miró con una superioridad que le revolvió las tripas.

—Ni se te ocurra buscarla o la matamos.

—¿Pero qué cojones queréis? No tenemos dinero…

El tipo sonrió y se giró para largarse. Sin embargo, se revolvió con violencia y le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo mandó rodando hacia la cuneta. Adrián sintió el impacto y el sabor metálico de la sangre en la boca. Se quedó allí, tendido entre los matorrales de adelfas y la basura acumulada por multitud de desaprensivos que la tiraban por la ventanilla. Escuchó dos disparos con silenciador y por un momento se le encogió el corazón. Se levantó como pudo solo para observar cómo el falso patrulla de los asaltantes se alejaba levantando polvo en la pista hacia el interior de la provincia. El silencio volvió a reinar en la carretera, un silencio herido solo por el canto de los grillos.

Adrián buscó a Silvia y la encontró de rodillas, como la había dejado antes. Tenía la cara manchada de polvo y un hematoma floreciendo en el pómulo. A pesar de ello, sintió cierto alivio porque los disparos no habían sido para ella. Se giró y vio cómo las ruedas de su coche estaban reventadas.

—Se la han llevado, Adrián. Se la han llevado delante de nuestras narices —dijo Silvia.

Adrián no respondió. Se acercó al asiento de atrás; Dionisio sangraba y él comprobó si seguía respirando. Se alegró al verificar que sí. El interior del coche olía al perfume de Laura, un rastro que se desvanecía por segundos.

—Tenemos que largarnos de aquí —ordenó Adrián.

—¿Qué vamos a hacer con este hombre? —Silvia lo miró con miedo. Conocía esa expresión en su binomio. Era la mirada de quien ya había decidido que cruzaría todas las líneas rojas.

—Vamos a mi casa; no podemos llevarlo a ningún hospital.

—¿A tu casa?

—i¿Y qué podemos hacer si no?!

Silvia no respondió. Tan solo le puso el cinturón de seguridad a Dionisio. Se fue a la parte trasera del vehículo. Sacó la rueda de repuesto y el gato y se puso a cambiar una de las ruedas.

—Han reventado dos.

—Podemos tirar con una rueda pinchada hasta la próxima gasolinera, allí la inflamos y vamos tirando.

Adrián calló. Se puso las manos en jarras. Miró al horizonte sin entender nada. Al fondo creyó distinguir las luces del aeródromo de Villamartín. Ese lugar que le había traído a la única esperanza para su hija, una esperanza que ahora se diluía como una pizca de sal en el mar.

Caminó entonces hacia su compañera con la intención de ayudar y se fijó en un casquillo de 9 milímetros que había quedado sobre la pista. Lo observó bajo la luz exigua de los faros del coche. Era munición de punta hueca, prohibida para uso policial pero habitual en los arsenales de los narcos del Estrecho. La pieza de latón brilló como una advertencia. Pensó en Luz Marina, en la hija que lo esperaba, ajena a que su madre acababa de desaparecer en un agujero negro de violencia.

El dolor físico de la mandíbula no era nada comparado con la náusea que le provocaba la situación. Se guardó el casquillo. El metal todavía conservaba un resto de calor.

—Vámonos —dijo Silvia cuando terminó de cambiar la rueda.

Tendrían que ir despacio y siempre por pistas o carreteras secundarias, pero tenían que llegar como fuera.

La noche se cerró sobre ellos. Pocos kilómetros después alcanzaron una gasolinera. Inflaron la rueda reventada por el disparo y realizaron la misma operación dos veces más hasta llegar a distinguir las luces de Algeciras, que parpadeaban como ojos de un depredador que espera su turno. Adrián y Silvia. Otra vez juntos en una situación que los superaba. Y también Laura y Dioni.

Nada nuevo bajo el sol.

Lo malo era que, otra vez, había una tercera persona que dependía de ellos para sobrevivir.

PRIMEROS AUXILIOS

Silvia bajó la persiana metálica y el estruendo del cierre puso fin a la emboscada. La vivienda, una casa prefabricada sobre un terreno apartado a las afueras de Algeciras, era un refugio improvisado donde el silencio solo lo interrumpía el crujido de la estructura bajo el viento.

Adrián no se lo había pedido de forma expresa; no se atrevía a cargarla con una responsabilidad que podía acabar con su carrera, pero ella, con esa mezcla de entrega y temeridad que él nunca terminaba de entender, se adelantó a sus deseos. Ir al piso de Adrián con un peso muerto como Dionisio a cuestas habría sido mucho menos lógico.

El veterano se desplomó en el sofá del pequeño salón. Tenía el hombro empapado en una mancha oscura que se extendía por su camisa con una lentitud preocupante. Silvia se movió con una eficiencia digna del mejor médico de urgencias. Sacó un botiquín de metal, se calzó unos guantes de látex y puso el bote de antiséptico sobre la encimera. Aplicó líquido desinfectante sobre una gasa y la presionó sobre la brecha de la cabeza de Dioni, de la que todavía manaba sangre.

Adrián permanecía junto al ventanal, oculto tras el borde de la cortina, mientras observaba la oscuridad del terreno baldío. No se había quitado la chaqueta. Sus manos, hundidas en los bolsillos, apretaban el teléfono con tal fuerza que los nudillos le blanqueaban. Estaba allí físicamente, pero su mente seguía atrapada entre el pasillo del Virgen del Rocío, el eco del pitido de los monitores, la

imagen de Luz Marina arqueada por la fiebre, y el lugar de la emboscada.

—Acércame hielo del congelador —pidió Silvia—; envuélvelo en un trapo de cocina.

La mujer terminó de vendar a Dionisio. El viejo soltó un gruñido de alivio y se quedó medio dormido con la cabeza apoyada en el sofá. Adrián le entregó el hielo y ella lo colocó en la zona de la brecha. El veterano volvió a gruñir, pero calló al segundo. Silvia le pidió a Adrián que le diera el relevo y fue a lavarse las manos. Mientras lo hacía, contempló cómo su compañero sujetaba el hielo en la cabeza de aquel casi desconocido, tumbado en su salón con una herida que le habían hecho quién sabe qué desgraciados. Suspiró. En el fondo creía que hacía lo correcto; sin embargo, una negrura apareció en su semblante.

Adrián deslizaba el pulgar sobre la pantalla de su móvil mientras sujetaba el trapo con el hielo. No le gustaba aquella tarea, pero no podía contrariar a su anfitriona. Necesitaba tranquilidad para pensar, necesitaba saber qué coño había pasado y, sobre todo, necesitaba saber dónde se habían llevado a la única persona que podría salvar a Luz Marina.

Silvia se acercó y se sentó en una silla al lado de los dos hombres. Le puso una mano en el brazo a Adrián. Este detuvo el movimiento de su dedo sobre el teléfono. Enderezó un tanto la espalda y puso su mano sobre la de ella. Se giró y se miraron a los ojos. Había miedo en la cara de aquel hombre duro, y nadie mejor que Silvia para descifrar sus temores. Ella se acercó y le besó en la comisura de los labios mientras le acariciaba el pelo de la nuca. Puso su frente contra la de él y los dos ahogaron sendos sollozos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Él volvió a suspirar.

—¿Lope? —preguntó.

—Ni de coña —Silvia se apartó.

—¿Entonces? ¿Cómo coño sabían de dónde veníamos exactamente?

—Pues nos han tenido que seguir.

—¿Y quién?

Silvia se tapó la cara con las manos. Adrián suspiró. En medio de ese silencio, Dionisio gruñó de nuevo.

—Y encima tenemos que hacer de enfermeros —protestó Adrián.

Dioni gruñó otra vez, pero esta vez sus gemidos parecían más rítmicos, más sonoros.

—Calla —pidió Silvia.

La mujer se acercó a la cara del veterano, que emitía sonidos guturales. Movía la boca y sus párpados pugnaban por abrirse. Finalmente consiguió abrirlos una mínima rendija por la que la guardia pudo ver la mitad de los iris del viejo. Dionisio habló de nuevo; esta vez su palabra llegó a los oídos de Silvia.

—¿Qué dice? —preguntó Adrián.

Silvia se levantó con un brinco del sofá al escuchar lo que acababa de decir Dionisio. Se fue a la cocina, cogió una botella de agua y le pegó tal trago que casi la dejó vacía.

—Dime qué pasa —Adrián se levantó y el hielo se desparramó por todo el cuerpo de Dioni, que volvió a protestar.

Silvia no era capaz de contestar. Adri se acercó hasta ella y con su actitud le exigió una respuesta. Silvia lo abrazó, pero Adrián, incómodo, siguió insistiendo.

Entonces ella claudicó y le susurró el nombre al oído. Él fue quien se separó esta vez. La miró con los ojos fuera de las órbitas, se dio la vuelta y se dirigió hacia Dionisio. Lo agarró por las solapas de la sudadera que llevaba.

—¿Es eso cierto? —gritó.

—¡Adrián, déjalo!

El guardia zarandeó al veterano como a una marioneta. Silvia trató de sujetarlo por la espalda, pero no lo consiguió.

—Repítelo. Repítelo si es verdad.

Dionisio abrió los ojos al completo y obedeció:

—Ramón Restrepo…

EL ZULO

El zulo no poseía dimensiones, solo una negrura sólida que se le metía por la nariz y por la boca hasta casi asfixiarla. Laura estaba sentada sobre un colchón que despedía un rastro de humedad y moho; tenía la espalda pegada a una pared de hormigón frío que parecía absorber el poco calor que le quedaba en el cuerpo. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la sacaron de la carretera. El tiempo, lejos de haberse detenido allí dentro, avanzaba más rápido que si alguien le hubiera dado al botón de FF del mando a distancia. Una desesperanza que, además, se agudizaba por el sonido de su propia respiración y el goteo lejano de una tubería.

—¡Eh! —gritó Laura—. ¿Hay alguien ahí?

Silencio. Un silencio que pesaba más que la soledad, que el encierro, que las vigas de hierro y hormigón que imaginaba sobre su cabeza.

—Escuchadme, por favor —insistió, lo había gritado ya varias veces desde que le quitaron la mordaza nada más tirarla en aquel lugar mugriento. Se puso en pie a tientas hasta que sus dedos palparon la superficie metálica de la puerta—. No sé quiénes sois ni qué queréis. Me da igual. Solo necesito llegar al hospital. Mi hija se muere. ¿Entendéis eso? ¡Se muere si no llego! Matadme después, o quitadme todo lo que tenga, pero dejadme ir al hospital. Haré lo que sea.

Golpeó el metal con los puños hasta que le dolieron las falanges como si las hubiesen aporreado con un martillo. Además, tenía atrapadas las muñecas por dos bridas que le tenían en carne viva la piel.

Tardaron en responder, y Laura no pudo seguir el ataque contra la puerta por el dolor. Al cabo de un par de minutos, el cerrojo exterior chirrió. Una pequeña rendija se abrió a la altura de los ojos; un tajo de luz amarillenta cortó la oscuridad del zulo y obligó a Laura a cubrirse el rostro. No pudo ver quién estaba al otro lado; solo divisó el cañón de un arma automática.

—Por favor —suplicó ella, a pesar de la amenaza—. Solo son unas horas. Dejadme ir al hospital, que me custodie quien sea de vosotros para poder hacer la donación y después volved a traerme aquí. Me quedaré toda la vida si queréis, pero dejad que salve a mi niña.

—Cállate —respondió una voz seca, distorsionada por algún tipo de máscara o simplemente por el desprecio.

—¿Eres padre? —preguntó Laura, con los labios pegados a la rendija—. Si tienes hijos, sabes de lo que hablo. Si me retienes aquí, la estarás matando.

La rendija se cerró de golpe y Laura volvió a golpear la puerta metálica con tal ansia que creyó que se había fracturado algún hueso de la mano. Se desplomó y sollozó sin lágrimas, con un dolor que le aprisionaba el pecho.

Al otro lado de la puerta, en un pasillo iluminado por un fluorescente parpadeante, el que parecía el líder de los captores permanecía inmóvil. Vio cómo uno de sus lacayos se retiraba del acceso al zulo con el arma en la mano. Lo había mandado él para hacer un trabajo que no le apetecía: amedrentar a la secuestrada. Era un tipo muy pagado de sí mismo que vestía con una pulcritud que desentonaba en aquel agujero: traje negro sin corbata y camisa de algodón oscura. El conjunto en su totalidad le había costado más de quinientos euros en una tienda de Puerto Banús.

Sus movimientos poseían una elegancia depredadora, casi como un guepardo cuando acecha a una gacela. Se ajustó los guantes y observó la puerta de acero como si pudiera ver a través de ella. La desesperación de la secuestrada, ese fuego salvaje que la empujaba a gritar a pesar de la derrota, le provocaba una curiosidad que no figuraba en sus órdenes. Había algo en las palabras y, sobre todo, en la forma de pronunciarlas de aquella mujer que lo tenía incómodo.

Se levantó y se acercó un poco más a la puerta; apoyó la palma de la mano sobre el metal que parecía incluso vibrar por los golpes de aquella madre. El de la semiautomática lo observaba sin saber bien qué hacía ese al que tenían que obedecer.

—Víctor —dijeron a su espalda.

Él se giró y otro de sus secuaces le entregó un teléfono móvil. Víctor miró con furia al tipo que lo había interrumpido y tomó el teléfono. Con un cabeceo acompañó las indicaciones que se le daban. Colgó sin despedirse. Miró hacia la puerta. Si era verdad lo de que tenía una hija que se moría y la secuestrada tenía que donar sangre o lo que fuera que suplicaba, esa chica tenía pinta de no salir del hospital viva.

Y Víctor Spenza era padre.

LA COMANDANCIA

Adrián entró en la Comandancia de Algeciras después de haber dormido apenas dos horas. Arrastraba el paso con la planta de un condenado a muerte.

O a algo peor: a la muerte en vida.

Las agujas del reloj marcaban casi las siete de la mañana y el edificio exhalaba esa calma artificial previa a la vorágine de la jornada: luces fluorescentes que parpadeaban sin saber si estaban rotas o a punto de hacerlo, murmullo de transmisiones de radio y el rastro de cera de los pasillos que, a esas horas, fregaban las dos eficientes chicas de la limpieza.

Se dirigió a su escritorio en la EDOA, la unidad de la Guardia Civil para la que trabajaba, especializada en la lucha contra el narcotráfico. Su puesto de trabajo era un habitáculo que se le antojó más estrecho que de costumbre. Encendió el ordenador; antes de que arrancara, su reflejo en la pantalla le devolvió una palidez cadavérica. Se sentó y dejó que el sistema cargara mientras el nombre de Ramón Restrepo seguía golpeándole las sienes como un metrónomo.

Tenía que moverse rápido. La sospecha de Dionisio no era una opción, era un clavo ardiendo al que aferrarse antes de que el incendio lo devorara todo. Si alguien conocía el origen de aquella emboscada quirúrgica, ese era el hombre que movía los hilos de media Colombia desde una celda de alta seguridad. Dioni le había contado que hasta en dos ocasiones estuvo a punto de llevárselos por delante. Una de ellas, justo antes de embarcar hacia África. La anterior, una mochila bomba que «cargó tierra en el pecho» al

guerrillero que les había tendido la emboscada. Una lástima; no pudieron sacarle la verdad a golpes. No tuvieron pruebas de la autoría intelectual de Restrepo. Tampoco dudas.

La tercera había sido la más extraña: un secuestro en lugar de dos tiros en la cara. Al estar en terreno ajeno, la cosa cambiaba, supuso. Dioni imaginaba que aquí tenía menos margen para el asesinato, y que el secuestro se había producido para algo en concreto. El veterano tenía claro que, de un momento a otro, el capo contactaría.

Adrián no tenía tiempo para esperar la llamada de ningún pendejo encarcelado al otro lado del charco, así que inició sus propias gestiones con una calma fingida que lo quemaba por dentro. Tras varias llamadas a través de enlaces oficiales y tras tirar de un par de contactos que le debían favores por su eficacia en la unidad antidroga, consiguió el número directo del cónsul español en Bogotá. El teléfono tardó en dar señal; un eco interoceánico que parecía una burla de la distancia.

—¿Diga? —la voz al otro lado sonaba calmada, la propia de alguien con la vida resuelta que se dispone a irse a la cama.

Adrián se identificó. Habló de su rango, de la Comandancia de Algeciras y de una supuesta operación en curso que requería una consulta urgente con el recluso Restrepo. Trató de que su voz no temblara; luchó por ocultar el rastro de la desesperación que le subía por la garganta. Le explicó quién era el preso y el cónsul afirmó de forma laxa, sin dejar claro si lo conocía o no.

—Escúcheme bien, cabo Trovado —respondió el cónsul después de un silencio que duró una eternidad—. Si desea acceso a un interno de ese perfil, debe seguir los cauces reglamentarios. Necesito un escrito sellado por su superior jerárquico que indique el motivo exacto, el número de diligencias judiciales y la autoridad de la Audiencia Nacional que lo ampara. No puedo permitir que se salte la soberanía de una prisión extranjera por una llamada a deshoras.

—Señor cónsul, no tengo tiempo para burocracia. Es una cuestión de vida o muerte —insistió Adrián, y apretó el auricular con tanta fuerza que el plástico crujió bajo sus dedos.

—Señor Trovado, yo me voy a acostar ya mismo. Entiendo que allá en España se acaba usted de levantar, pero aquí está todo cerrado y no hay posibilidad de hacer nada. Mañana, si ha presentado la documentación y el juez de enlace da el visto bueno, lo estudiaremos. Pero no espere milagros. Buenas noches.

El clic de la desconexión fue como si le hubieran disparado con una táser. Adrián dejó caer el teléfono sobre la mesa de melamina. El sistema, ese al que servía y por el que se había jugado la placa, acababa de levantarle un muro de hormigón. Se frotó la cara con ambas manos; el tacto de la barba de varios días le recordó que el tiempo no solo pasaba, sino que se agotaba de forma irreversible.

Dejó atrás los lamentos e inició la operación B: buscó en su teléfono y marcó números que nunca figurarían en su agenda oficial ni en los informes de inteligencia. Contactó primero con uno al que llamaban «el Gato», un confidente que solía tener el oído pegado al asfalto en los muelles de Algeciras.

—Nada, jefe —le contestó el tipo con voz ronca—. Eso tiene pinta de vuelco. Y yo no he escuchado que haya ninguno en marcha ni que se haya hecho hace poco.

Llamó a otros dos: un perista de joyas y otro contacto del Servicio de Vigilancia Aduanera. La respuesta fue la misma. Silencio absoluto. Nadie había oído hablar de un vuelco o de un operativo de interceptación en la zona de Villamartín. Era como si el rapto de Laura formara parte de una pesadilla o de la imaginación resacosa de un padre desesperado. La falta de sueño le hizo, incluso, llegar a planteárselo.

Adrián se levantó de la silla y empezó a caminar en círculos por el despacho. La soledad se le echó encima. Echó de menos a Silvia. Miró por la ventana el patio de la comandancia. Algunos compañeros acababan de llegar y se disponían a acceder a su puesto de trabajo. Él tenía permiso por la enfermedad de su hija y algún superior le haría preguntas incómodas si lo encontraba allí. Aunque tenía la respuesta preparada de que el hospital lo tenía al borde de la desesperación; no le apetecía tener que mentir a la cara de un oficial superior. Se sentía un extraño en su propia casa, un fugitivo que todavía llevaba la placa en el bolsillo.

De repente, su teléfono vibró sobre la mesa. El nombre que aparecía en pantalla no auguraba nada bueno.

LA ÚLTIMA CHARLA

El monitor de la unidad de cuidados intensivos proyectaba una luz azulada y rítmica sobre el rostro de Luz Marina. Ya no parecía una muchacha de casi diecisiete años, sino una figura de porcelana antigua, translúcida y a punto de quebrarse bajo el peso de las sábanas.

No había médicos corriendo con desfibriladores, ni el fragor de una crisis súbita; el deterioro era algo mucho más silencioso y aterrador. Era un retroceso lento, un río que se seca y deja al descubierto los sedimentos —y la suciedad— arrastrados durante kilómetros. El siseo del respirador mecánico marcaba el compás de la estancia, un fuelle de plástico y silicona que hacía el trabajo que los pulmones de la chica, agotados por la infección y la anemia, ya no querían realizar.

La enfermera de guardia anotaba las constantes en una tableta digital. Las cifras no mentían: la saturación de oxígeno bailaba en la frontera de lo admisible y la presión arterial mostraba una debilidad que la medicación apenas lograba sostener. El cuerpo de Luz Marina había dejado de luchar contra la leucemia para empezar a luchar contra sí mismo, contra el cansancio de existir sin defensas.

Adrián había acudido a la llamada. La niña se había despertado y quería hablar con él. Ella parecía tener claro que podía ser la última vez que hablase con su padre. El hombre, pegado al vidrio de la pecera, había envejecido años. La chica, décadas. Se comunicaron por un interfono que los sanitarios facilitaron a ambos.

—¿Papá? —La voz de Luz Marina quería emular una fuerza que no tenía.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás? —Adrián forzó una voz firme, de esas que usaban en la Comandancia para dar órdenes.

—Cansada, papá. Muy cansada. Siento como si me hubieran puesto ladrillos encima.

—Eso será por la medicación nueva, ya te lo dijo el doctor. Están limpiándote por dentro para que cuando llegue el trasplante todo sea más fácil.

Hubo un silencio al otro lado. Adrián cerró los ojos y apretó el teléfono contra la oreja; escuchó la respiración asistida de su hija, ese sonido metálico que le recordaba que la vida de Luz Marina dependía ahora de un enchufe y de una bolsa de suero.

—Papá... ¿Dónde está mamá? Me dijiste que vendría. —El tono de la chica emergió con más fuerza.

Adrián sintió un vacío en el estómago, un frío que lo dejó sin poder pensar nada rápido, nada con qué consolar a su hija. Se sintió fatal porque no quería que las que pudieran ser sus últimas palabras con ella estuvieran recubiertas de una verdad a medias, la peor de las mentiras.

—Está en camino, Luz. Ha habido un problema con los enlaces de los vuelos en Bogotá. Ya sabes que tu madre no vive en la capital y ha tenido que hacer escalas. Me ha dicho que te diga que seas fuerte, que ya casi está.

—Papá, no me mientas —le cortó ella—. Te conozco aunque tú no te lo creas.

La chica podía verlo desde el ventanal y eso reforzaba sus pensamientos.

—Hija, de verdad, está todo bajo control...

—No lo está. No está aquí porque le ha pasado algo. Mamá se cruzaría la selva andando si hiciera falta para venir a mi lado. Ya lo hizo.

—Lo hicimos —dijo Adrián, que se arrepintió al momento de verbalizar su participación en el anterior rescate.

De los dos rescates.

Luz Marina se quedó muda. Miraba al ventanal. Le saltaban las lágrimas y Adrián le pidió que no llorase, que quería verla sonreír. Quería decirle que, si era la última vez que la veía con vida,

necesitaba verla contenta. O esperanzada al menos. No pudo hacerlo.

—Dime la verdad —insistió ella, y su voz tembló un poco tras perder esa entereza artificial—. ¿La han detenido? ¿Es por nuestra huida? ¿Está en la cárcel?

—Tu madre está bien —mintió Adrián; esta vez no hubo medias verdades—. Tú confía en mí, ¿vale? ¿Cuándo te he fallado yo?

Ella se calló. Con la poca fuerza que le quedaba, se enjugó las lágrimas.

—Recuerdo cuando me salvaste en el río. De no ser por ti no estaría ahora aquí.

—Te quiero mucho, Luz Marina. Y tu madre también. Solo aguanta un poco más.

—Lo intento, papá, pero siento que el cuerpo se me va. Y me da miedo que mamá no llegue a tiempo ni para decirme adiós.

Adrián apretó el puño libre contra la mampara. Creyó que podría romperla de tanta rabia acumulada y se detuvo en su empuje. Aquello dolió. Por mucho que estuviese enfrentado a su exmujer, Luz Marina necesitaba verla. Él pensó que, cuando se la trajo de Colombia, tenía toda una vida para que ambas se reencontraran cuando las cosas se hubieran sanado. Iluso.

—No digas eso. No vas a decir adiós a nadie. Yo voy a traerla, Luz Marina. Te lo prometo.

—Tráela, papá —susurró ella, casi como un ruego infantil—. Por favor, tráela.

La chica ya no pudo sujetar más el telefonillo del interfono. La sanitaria se dio cuenta y fue a recogerlo. Cuando lo hizo, los dos brazos de la niña cayeron a plomo sobre la camilla. Adrián dejó caer su auricular, que se estampó contra el suelo. El celador que lo miraba desde fuera no se atrevió a recriminarle nada. Sabía de la situación de la chiquilla y había escuchado las palabras del padre.

El cabo mayor Trovado puso las dos palmas sobre la mampara y, al darse cuenta de que la chica había cerrado los ojos, rompió a llorar.

Los guerreros también lloran.

Y él estaba dispuesto a dar mucha guerra.

EL ALAMBRE

Laura no recordaba cuándo fue la última vez que ingirió algo sólido, quizá la arepa de pescado en vinagre en la tasca de Óscar. De eso hacía ya casi dos días. El hambre se había transformado en un gusano que, al contrario de lo que pudiera parecer, le mantenía los sentidos alerta.

Cuando escuchó el chirrido del cerrojo, no se hundió en el colchón como las veces anteriores para protegerse de la luz. Se movió con rapidez para agazaparse junto al marco de la puerta, con los músculos en tensión. Había sacado uno de los muelles del mismo y lo había transformado en un cordel de hierro dispuesto a aferrarse al cuello del primero al que se le ocurriese entrar por esa puerta. También, gracias a esos muelles, había conseguido liberarse de las bridas que le inutilizaban las manos. El silencio previo a la apertura era tan solemne como el que precede a la revelación del mayor de los premios.

La puerta se abrió y la luz del pasillo la cegó un instante; le hirió las pupilas. Uno de los secuaces, el del tatuaje en el cuello, el tipo del arma automática que la había amedrentado antes, entró con un cuenco de metal. Venía relajado, con la guardia baja, convencido de que la mujer ya estaba doblegada por la oscuridad. Laura le pegó una patada en la rodilla y lo agarró de un brazo para girarlo sobre su propio eje. Menos de un segundo después, el alambre del muelle ya lo estrangulaba y evitaba el paso de oxígeno al cerebro de aquel desgraciado.

Por desgracia, el captor soltó el cuenco, que resonó contra el suelo con un estrépito de cantina. De no ser por ese maldito cuenco

de sopa, le habría dado tiempo a dar pasaporte a aquel tipo y robarle el cuchillo o lo que tuviera encima. Pero el sonido llegó a Víctor, que estaba a escasos metros y se levantó al instante con su Sig Sauer en ristre.

—¡Basta! —El vozarrón del líder percutió el tímpano de Laura, que seguía sin soltar el estrangulamiento. Víctor entonces levantó el arma y apuntó a la cabeza de la mujer, que se giró y se parapetó detrás de su víctima.

—Déjame salir o…

—O lo sueltas o le pego dos tiros a él y, cuando caiga, te pego otros dos a ti. Y ya no hay donación posible.

El secuestrador empezó a convulsionar; estaba al borde del colapso por hipoxia. Laura, en un primer instante, no paró. Sin embargo, aquel tipo parecía no tener urgencia por que su víctima muriera estrangulada. ¿Qué haría una vez hubiera dejado de respirar? El muy inútil no tenía armas a la vista. Poco a poco fue cediendo en el agarre de su víctima, que cuando comprobó que el oxígeno regaba ya su cerebro y sus extremidades funcionaban, se las ingenió para revolverse y sacudirse el agarre. Dobló entonces el tronco y se sujetó con las manos en las rodillas. Tosió varias veces y se llevó la mano a la garganta. Cuando se consideró recuperado, se giró hacia Laura y se abalanzó sobre ella con el puño en alto. Laura ya tenía la guardia preparada para bloquear el golpe; sin embargo, el agresor notó que una fuerza lo retenía en su empuje.

Giró la cabeza entonces hacia atrás y se fijó en que Víctor le había sujetado el antebrazo.

—Sal, haz el favor.

—¿Por qué? La zorra esta casi me mata.

—No te lo repetiré dos veces, Len.

El tal Len tenía un acento latino que Laura no supo identificar. Al igual que no supo hacerlo con el de Víctor, que tampoco parecía español nativo. Len se revolvió y se dispuso a largarse de allí, no sin antes escupir delante de los dos.

—Así que me ibas a pegar dos tiros, ¿eh?

—Relájate, hombre, no lo decía en serio.

—Ya…

EL CONFITE

La subteniente Donaire permanecía apoyada en el marco de la cocina, con los brazos cruzados y la mirada fija en el vapor que subía de una taza de metal. No hablaba. Dionisio, sentado en el sofá, se frotaba la nuca con una mano áspera mientras observaba el rastro de sangre seca que todavía manchaba el cuello de su sudadera; la brecha de su cabeza estaba controlada, pero el veterano mantenía esa rigidez de quien espera que la estructura ceda bajo sus pies en cualquier momento.

La casa parecía en ese momento más frágil de lo que era en realidad. Todo crujía. Todo se movía por culpa del viento o del simple caminar de las personas. Silvia acababa de hacer una llamada de la que se arrepentiría en unas horas. Una llamada de las que cambian las vidas. No pensó en ello cuando Adrián entró por la puerta con la cara de un condenado a muerte.

—¿Cómo está Luz Marina?

El cabo no contestó. Se limitó a arrastrarse hasta una silla que invitaba a sentarse delante de la mesa de melamina. Mesa sobre la que situó su teléfono móvil. Sus dedos, entrelazados, mostraban unos nudillos cárdenos por los golpes contra la mampara de la UCI.

—Tengo una novedad —dijo Silvia ante la ausencia de respuesta de su compañero.

El hombre levantó la cabeza, con ansia de saber más.

—Un confite que dice que ha oído algo. Pero antes de soltar prenda quiere pasta. Y la quiere en cash.

—¿Dónde, cuánto, cuándo? —A Adrián le faltó tiempo para disparar todos los adverbios interrogativos del diccionario.

—En Jerez. Pide tres mil.

—¿En Jerez? No me jodas que es El Manco.

El Manco era un camello de medio nivel. Hacía de contacto entre lo que se descargaba en la costa gaditana y lo que debía llegar a Sevilla. Había tenido varios enfrentamientos a tiro limpio con los nacionales, hasta que un capitán de la Benemérita decidió arrastrarlo al lado luminoso. Vamos, que el tipo aceptaba pagos en B a cuenta del contribuyente para facilitar información de grandes desembarcos de alijos de hachís y marihuana. Por otro lado, mantenía parte de su actividad delictiva para no levantar sospechas entre los narcos del Estrecho y poder recibir información calentita.

—Es el único que nos podía ayudar y, sorpresa, dice que ha escuchado cosas.

Adrián marcó el número del susodicho en su teléfono. El Manco le cogió el aparato y le confirmó lo que le había contado Silvia. Adrián lo amenazó con acciones al margen de la Guardia Civil si la información resultaba falsa o si lo hacía solo por ganarse unos dineros. Y el Manco le juró por su familia que no se iba a inventar nada ni a poner en riesgo el resto de la cooperación con los picoletos por cuatro duros. Adrián, vista la lógica de las afirmaciones, colgó y se citó con él en el punto que había acordado con Silvia.

Para confirmarlo una vez más, llamó a un compañero que actuaba de enlace en la comandancia: el sargento Esteve.

—Dime, Trovado.

—Mi sargento, ¿el Manco sigue limpio?

Silvia lo miraba con ira, como si ella no hubiera hecho ya las comprobaciones pertinentes. Sin embargo, no quiso decir nada en todo el proceso de comprobaciones que hacía su subordinado, que en esos momentos parecía su superior.

—No me jodas, cabo, tengo al brigada Salgado a mi espalda dando mucho por culo. Si te cuento algo, lo va a saber.

—Tan solo es un segundo, hombre.

Se escuchó un bufido al otro lado.

—Si por limpio quieres decir que su último chivatazo fue un éxito, sí.

—¿Y cuánto hace de eso?

—No lo sé, un par de semanas, tres quizá. Acudimos a un vuelco en la carretera de Málaga.

—¿Y por qué no fuimos nosotros?

—No lo sé, cabo. Y ya te cuelgo.

Adrián se quedó extrañado cuando el sargento le colgó en las narices sin despedirse. Silvia había abandonado su rabia por la desconfianza y se había sentado en el sofá junto a Dionisio. Este bebía un vaso de agua que le había traído la misma subteniente.

—Si te fiaras más de mí, no habrías puesto en antena a Salgado, que es más desconfiado que un cura.

—¿Cuál era la dirección, Silvia?

—Camino de Montealegre.

Adrián metió la dirección en su navegador GPS. Se levantó para marcharse y, en ese momento, Dionisio habló:

—¿Y Restrepo?

Adrián se fijó en él. Iba a decir algo, pero se limitó a mirar a Silvia.

—Vuelvo en un par de horas.

Ella se levantó como un resorte.

—No pretenderás ir solo.

—No te puedes implicar más, Silvia, te puedes meter en un problema…

—¿Problema? —interrumpió ella—. Ya estoy metida, Adrián. Déjate de tonterías.

—Restrepo —afirmó esta vez Dioni con mayor fuerza para que alguien se dignase a escucharlo.

Adrián se acercó hasta él y le habló con una voz tan fuerte que hasta le salpicó con su saliva.

—Es imposible llegar a Restrepo, ahora mismo es intocable. Así que voy a ir resolviendo batallas una a una.

Dioni le aguantó la mirada. Intentó levantarse, pero le fue imposible. Estaba derrotado por el golpe en la cabeza. Era más que probable que sufriera algún tipo de traumatismo craneoencefálico.

—Usted tiene que ir a urgencias…

—No me trates de usted. Seré viejo, pero no un anciano. Y solo necesito un poco más de descanso.

—Haz el favor de beber agua y comer algo. En la nevera tienes tortilla y una ensalada. Nosotros nos vamos y volveremos lo antes posible —exigió Silvia.

Dioni asintió con la cabeza y se desplomó sobre el sillón. Adrián miró a su superior y no le quedó más remedio que aceptar que Silvia lo acompañara. Si había que hundirse, quería hacerlo él solo. Aunque estaba claro que ella había tomado su decisión. No se opuso más a que lo acompañase.

De momento.

JEREZ

El Monasterio de la Cartuja de Santa Marta quedó a la espalda, una mancha blanca entre cipreses que a nadie le importaba a esas horas de la tarde. Había empezado una lluvia fina, de esas de primavera que te cala despacio y profundo. El Camino de Montealegre era una lengua de asfalto cuarteado flanqueada por tierras de labor que parecían esperar el agua con la paciencia de los muertos. Adrián detuvo el coche a unos cincuenta metros del punto acordado. No apagó el motor. La costumbre.

Delante de ellos, aparcado en el arcén junto a un olivo centenario, había un Seat León de color gris plata. Era el coche del Manco. No había nadie fuera. Las ventanillas estaban subidas.

Adrián dio tres ráfagas de la luz larga, seguidas de dos encendidos de las luces de emergencia. El código habitual con el Manco. No hubo respuesta.

—No me huele bien, Silvia. Quédate aquí —dijo el cabo—. Desde el principio no me ha olido bien esto…

—Vale ya, ¿no? —replicó ella clavándole la mirada—. Sé que estás mal, sé que todo te supera, pero dame un poco de cuartelillo. Yo te conseguí la maldita avioneta para traerlos a la península. Tengo al viejo en mi casa. Yo te he conseguido este contacto porque sé lo que hago. ¿Cuándo vas a dejar de desconfiar y de intentar mantenerme al margen?

—Yo… —titubeó el hombre.

—Ya sé dónde me meto, Adrián. Recibí una bala en mi estómago a las pocas horas de conocerte y lo hice porque… —Silvia calló. Dejó de mirarle a los ojos y giró su cabeza hacia el parabrisas.

En realidad era extraño que El Manco no repitiera la contraseña. Sin embargo, Adrián estaba tan desesperado que apenas valoraba los riesgos de cualquier acción que tomase.

—Silvia, yo…

—No sé qué te pasa y no lo digo por lo obvio, pero sospecho que hay algo más en tu interior que te tiene tan, tan…

No supo terminar la frase. Adrián le tomó de la mano. Suspiró y le dio un apretón. Ninguno de los dos sabía qué añadir. Ninguno de los dos tenía claro lo que le pasaba al otro. Y los dos sabían que estaban solos en aquella misión suicida.

Las gotas de lluvia golpeaban las ventanillas. Adrián desenfundó su arma reglamentaria y Silvia hizo lo mismo. El cabo no dijo una palabra más. Los dos bajaron del vehículo al unísono. La subteniente mantuvo pegada al muslo su Beretta, oculta tras el pliegue del pantalón. Caminaron por el borde de la carretera, sortearon los charcos. No había pájaros, ni grillos, ni tractores lejanos. El campo estaba callado, como si acabara de ocurrir algo que exigiera respeto o miedo.

Adrián se acercó al León por el lado del conductor. El cristal tenía un agujero limpio, una estrella de grietas concéntricas a la altura de la sien. Miró dentro. El Manco estaba allí, tumbado sobre el asiento del copiloto; ya no podía hacer las señales con las luces del coche ni contarles nada. La sangre había manchado el asiento y goteaba sobre la tapicería con una cadencia lenta y espesa. Tenía los ojos abiertos, fijos en algún lugar del techo, con esa expresión de sorpresa estúpida que se les queda a los que no ven venir el final.

Silvia llegó a su altura y miró el interior. Hizo una mueca, pero no apartó la vista.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. ¿Has traído tu teléfono?

Adrián lo miró sin entender.

—Claro. ¿No has visto que lo he usado de GPS? ¿Por qué?

—¡Joder, joder! Vámonos de aquí, pero ya.

—Tendremos que dar parte…

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a argumentar al Teniente? ¿Bajo qué operativo nos hemos citado con el Manco? Además, has preguntado a Esteve por él. Y Salgado seguro que ha preguntado a Esteve. Este

chota está muerto, Adrián, y los de la judicial de Homicidios podrían geolocalizar tu teléfono aquí. Y Esteve y Salgado testificarán. Vámonos para que encima no te impliquen por asesinato.

Adrián entendió la gravedad del asunto. Miró en derredor y no vio ningún edificio con cámaras de videovigilancia, aunque sí las habría en las salidas y accesos de la autopista.

—¿Cómo coño lo han sabido? —preguntó—. Solo lo conocíamos tú, yo, el Manco. ¡Y Esteve! ¡Esteve, joder!

—Vámonos ya —exigió Silvia.

—No —Adrián negó con la cabeza—. Me da igual que me acusen de asesinato. La bala no ha salido de mi Beretta y eso está a mi favor.

Adrián volvió a mirar en derredor y apuntó a la nada de aquellos campos de cultivo yermos.

—¡Dónde estáis, hijos de puta!

Silvia rodeó el coche y lo abrazó con fuerza.

—Vámonos, vámonos, ahora en casa lo pensamos.

—Nos están siguiendo, joder, ¿no te das cuenta? El puto Esteve o el puto Salgado…

—No, Adrián, no son los compañeros. Y si nos estuvieran siguiendo no habrían llegado antes.

Adrián relajó los músculos. Silvia lo notó en el abrazo. La lluvia arreciaba en aquel momento.

—¿Entonces? —dijo él.

Ella lo agarró de la mano sin decir nada, pegó un fuerte tirón y a empujones lo metió en el asiento del copiloto. Él se dejó arrastrar. Tenía la mirada perdida. Y los ánimos. Silvia arrancó y se largaron de allí lo más rápido que la lluvia y el asfalto mojado le permitieron. No se reincorporó a la autovía por la que habían llegado desde Algeciras. Se sintió una estúpida por haber permitido a Adrián llevar su teléfono. Ella había sido cautelosa y lo había dejado en casa.

—¿Por qué crees que Esteve o Salgado no tiene nada que ver? —preguntó Adrián.

Silvia tardó en responder.

—Esteve es un tipo más soso que la comida de hospital. Y Salgado es capaz de denunciarnos a Hacienda si no declaramos

todas las horas extras. Su expediente es el expediente más inmaculado de toda la Benemérita. El tipo vive de forma espartana. No, están fuera de toda sospecha.

—¿Y qué coño está pasando? ¿Qué piensas?

Adrián la miró y clavó sus ojos en su perfil. Le encantaba mirarla cuando ella conducía. Se sentía seguro. Se sentía en casa. Incluso en esa situación.

—Yo pienso que nuestra carrera como guardias civiles se ha terminado.

Apartó la vista de la carretera unos instantes y sus ojos se encontraron en el habitáculo del coche. En mitad de aquella tormenta inesperada que se había desatado. En mitad de aquel lugar próximo al escenario de un crimen que les auguraba una expulsión del cuerpo o quizá algo peor.

VENGANZA

Laura se había quedado dormida y, consecuentemente, había perdido la noción del tiempo. Solo sabía que había pasado el suficiente para que las nuevas bridas de plástico se le hubieran clavado en las muñecas hasta cortar la circulación. Víctor no había mentido; ahora estaba sobre el frío suelo, sin colchón alguno. También estaba asegurada no solo con las bridas a las muñecas, sino con unas esposas a los tobillos. Los leves intentos por moverse de un lado a otro resultaban en laceraciones en la piel y latigazos eléctricos en los huesos. Además, el hambre había dejado de ser un gusano para convertirse en un letargo pesado, una niebla que le entumecía el pensamiento.

El estruendo del cerrojo la sacó de su sopor. La puerta se abrió y la luz del pasillo la hirió de nuevo. Entró un hombre bajo, de espaldas anchas, que no era ninguno de los dos anteriores. Traía en una bandeja de poliestireno un trozo de pan y de carne que olía a grasa fría, más un botellín de agua sin tapón. El tipo no la miró; dejó la comida en el suelo, cerca de ella pero fuera de su alcance inmediato, y se llevó la bandeja vacía.

Justo cuando el hombre se daba la vuelta para salir, una segunda figura bloqueó el marco de la puerta. Laura reconoció la silueta al instante. Len. El tipo al que casi había estrangulado horas antes.

Len entró en el zulo. No traía armas largas esta vez. Se había quitado el chaleco táctico y vestía una camiseta de tirantes que, además del cuello, dejaba ver unos brazos tatuados con dibujos difíciles de distinguir: una madre por ahí, una serpiente por allá u

otro animal, quién sabe. No tenía la cara tatuada, pero traía el rencor pintado en ella, como si fuera un anuncio de sus intenciones.

El hombre bajito se quedó mirando, como queriendo decir qué pintaba él allí.

—Déjame pasar —dijo Len.

El otro se detuvo, dudoso. Miró a Len y luego a la prisionera atada.

—Víctor dijo que nada de visitas. Solo entrar, dejar la comida y salir.

Len avanzó un paso y empujó al otro hombre contra la pared del pasillo con un golpe seco del antebrazo.

—Víctor no está. Lárgate si no quieres que el próximo recado te lo dé a ti en la cara.

El hombre bajo no discutió más. Agachó la cabeza y salió del zulo; cerró la puerta tras de sí y Laura se quedó a solas con Len.

El individuo se acercó a la posición de Laura despacio. Disfrutaba del momento. El olor de su sudor y de una colonia barata llenó el espacio reducido. Se detuvo a unos tres pasos y miró las ataduras de Laura con satisfacción. Se pasó la lengua por los labios y se tocó el cuello, justo donde el alambre le había dejado una marca roja y violácea.

—Si se te ocurre bajarte los pantalones, te juro que te la arranco. No sé cómo, pero te la arranco.

El tipo escupió al lado. Otra vez.

—¿Los pantalones? Nah, yo no la meto en cualquier agujero, zorra —elevó la voz—. No mezclo trabajo con placer.

Laura no contestó. Tiró de las bridas en un intento inútil por liberar una mano, preparándose para lo inevitable. El movimiento solo sirvió para que el plástico le mordiera la piel.

Len no esperó más. Cerró el puño y le lanzó un golpe directo al estómago. Laura expulsó el aire a la fuerza mientras el dolor le estallaba en el diafragma. Se dobló sobre sí misma y boqueó como un pez fuera del agua en busca del oxígeno que se le escapaba.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Len le agarró el pelo con una mano y le tiró de la cabeza hacia atrás, exponiendo su cara. Con la mano abierta, la abofeteó con un revés que sonó como el

crujido de madera rota. Laura notó el sabor de la sangre entre los dientes; el labio inferior se le había abierto contra los incisivos.

—Eso es por el numerito de antes —dijo Len, soltándola con un empujón que hizo que su cabeza rebotara contra el suelo.

Se puso de pie sobre ella, respirando con dificultad por la excitación de la violencia. Levantó la bota y le dio una patada seca en el muslo; no para romper, sino para marcar. Después le pegó otra de similar magnitud en la tripa.

Laura se retorcía de dolor en el suelo, envuelta como un ovillo de lana.

—Y esto es para que recuerdes quién manda. Vas a desear que el italiano me hubiera pegado los dos tiros antes.

Len escupió esta vez directo a su cara y se dio la vuelta. Salió del zulo sin mirar atrás. El portazo dejó a Laura sola de nuevo, temblando de dolor y rabia, con la saliva del tipo y su propia sangre caliente resbalándole por la barbilla y la certeza de que, en aquel sótano, las reglas acababan de cambiar a peor.

GDT

Adrián y Silvia cruzaron el arco de seguridad empapados, dejando un rastro de gotas negras sobre el terrazo que brillaba bajo los fluorescentes. Nadie les prestó demasiada atención. En un lugar donde se trafica con la miseria humana a diario, dos agentes calados hasta los ojos y con la mirada perdida no son más que parte del mobiliario.

El cabo sentía el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Pesaba. No era una sensación física, claro, sino esa gravedad muerta de llevar encima una granada a la que le has quitado la anilla y no sabes cuándo va a estallar. Caminaba con la vista fija en el final del pasillo, intentando que su cara fuera un muro de hormigón, pero el estómago le sacudía como si se hubiera tragado un puñado de chinchetas.

—¡Trovado!

La voz del brigada Salgado sonó a sus espaldas. No fue un grito, pero tuvo el mismo efecto en dos personas que se saben al margen de la ley. Adrián se detuvo y cerró los ojos un instante antes de girarse. Silvia, a su lado, tensó la mandíbula pero mantuvo la compostura.

Salgado se acercó a ellos con ese andar arrastrado de quien lleva demasiados años cargando con el uniforme y con un divorcio mal curado. Se plantó delante de Adrián, bloqueándole el paso. Lo miró con los ojos cansados, con la fatiga acumulada de quien lleva tres turnos seguidos comiendo sándwiches de la máquina de vending.

—¿Tú no estabas de baja por lo de tu hija?

—Vengo a dejar unas cosas resueltas, no sé cuánto tiempo estaré después fuera.

—¿Cómo está la chiquilla?

—Regular, la verdad.

—Cuánto lo siento.

Los dos hombres se miraron, Silvia hizo un saludo y avanzó hasta su puesto de trabajo. Adrián hizo otro gesto con la cabeza y se dispuso a proseguir su camino.

—Oye, y ¿por qué preguntaste sobre El Manco a Esteve? —dijo Salgado.

—Por lo mismo, tengo un par de expedientes atrasados en los que intervino el tipo. Quiero dejar redactado todo bien.

El brigada se lo quedó mirando con un interrogante pintado en su rostro.

—Espero que haya suerte con tu hija, cabo.

Adrián se cuadró para saludar a su superior y ambos tomaron caminos diferentes. El corazón le golpeaba contra las costillas con el ritmo de un martillo pilón.

—¿Algún problema? —susurró Silvia cuando se encontraron en su despacho.

—El puto Esteve, vaya tela. Y Salgado como siempre, dando por saco todo lo que puede. Al menos me ha preguntado por Luz Marina —protestó Adrián—. Ya no sé si deberíamos hablar con más compañeros, la verdad.

—Tenemos que averiguar lo de tu teléfono sí o sí. Es el mejor camino para llegar a ellos.

Silvia no añadió más y se levantó.

Avanzaron por el pasillo hasta llegar al ascensor. Ella pulsó el botón de la segunda planta. El GDT, el Grupo de Delitos Telemáticos se ubicaba en una planta diáfana, protegida por una puerta de cristal de seguridad y un lector de tarjetas, donde la temperatura siempre estaba tres grados por debajo de lo agradable para mantener los servidores contentos. Olía a limpio, a aire acondicionado recirculado y a la electricidad estática de moqueta barata.

Al otro lado del cristal, una docena de agentes solían trabajar frente a estaciones informáticas de doble monitor. Por ser ya cerca de las diez de la noche, el personal se había reducido hasta contar con solo tres guardias. El ambiente en esos momentos era de un silencio administrativo, roto solo por el tecleo constante y algún teléfono sonando bajo.

Adrián picó en el cristal. El sargento primero Matías levantó la vista de su mesa. Era un tipo de cuarenta años, con el pelo cortado al cero y aspecto de ir al gimnasio antes de entrar al turno. Vestía con un traje impecable, aunque se había aflojado la corbata. Al ver a Adrián y a Silvia, hizo un gesto de resignación y pulsó el botón que liberaba el cierre magnético de la puerta.

—Matías —dijo Adrián al entrar.

Silvia saludó a los otros dos compañeros, un hombre y una mujer de mediana edad.

El informático dio un respingo. Se giró en la silla, que chirrió protestando por el movimiento.

—Joder, Trovado. No tienes buen aspecto.

—Necesito un favor.

—Ya, y yo unas vacaciones.

Adrián se acercó más al agente.

—¿Sabes lo de mi hija?

El cabo Matías tosió y afirmó. Si había que tirar de chantaje emocional, el cabo mayor Trovado tiraría. Haría lo que fuera necesario.

—Podría ir a algún locutorio de los que tú ya sabes y pedir lo que te voy a pedir, pero necesito máxima confianza. Ya hemos trabajado juntos en el pasado y creo que eres el mejor de la GDT. Y esto no te lo digo para hacerte la pelota.

—Si vienes aquí es que en esos locutorios no te pueden ayudar. ¿Qué quieres, Adrián? —dijo Matías, que no cerró la boca después de hablar.

Adrián sacó su teléfono. Lo dejó sobre la mesa, entre una lata de refresco vacía y una montaña de discos duros externos.

—Es posible que tenga un bicho.

Matías arqueó una ceja.

La subteniente se lo había sugerido a Adrián de vuelta a casa desde Jerez. Se había comunicado con El Manco a través del móvil. Habían quedado en el «lugar habitual», sin dar datos exactos. Sin embargo, había llamado a Esteve, con el que había hablado del Manco. También había marcado en el GPS el punto de reunión.

—¿Y supongo que quieres que yo averigüe qué tipo de bicho es?

Adrián asintió. El cabo Matías miró el móvil como si de verdad estuviera infectado por algún tipo de virus pandémico. Después de unos segundos, cogió el terminal con un pañuelo de papel, y lo examinó bajo la luz del flexo.

—¿Por qué lo crees? ¿Se calienta? ¿La batería dura poco?

Adrián suspiró. Se dio cuenta de que todo eso le había pasado en los últimos meses, pero lo achacaba a la supuesta mala calidad del teléfono y a que tenía ya un año. Toda una era para los tiempos de obsolescencia programada que corren.

—Necesito que me lo mires. Solo te puedo decir que hay vidas en juego.

Matías miró al cabo. Después a Silvia.

—¿Mi subteniente?

Ella solo afirmó con la cabeza.

El informático, con rango de Sargento Primero, miró a sus dos compañeros de sección, que estaban enfrascados en un debate y parecían no darse cuenta de lo que el cabo le pedía. Sin decir nada más, extrajo de un cajón una bolsa de Faraday de nailon negro que recordaba a un neceser de viaje. Introdujo el terminal en su interior y conectó un cable blindado al puerto USB integrado de la bolsa. Tras sellar el doble velcro del cierre para asegurar el aislamiento total —evitando así que cualquier señal externa pudiera ejecutar una orden de borrado remoto—, conectó el otro extremo a su estación de trabajo forense.

Adrián suspiró aliviado y cruzó miradas con Silvia. La primera parte del plan alternativo (o único) estaba en marcha.

DEMANDAS

Marcos Vidales se ajustó los puños de la camisa de seda bajo la americana de corte italiano. El cristal de seguridad, rayado por miles de confesiones desesperadas, separaba dos mundos. Al otro lado, el hombre se sentó con parsimonia. Vestía un uniforme carcelario gris, anodino, que parecía absorber la poca luz que lograba filtrarse por los ventanucos del techo. El abogado tomó el telefonillo; su aliento empañó mínimamente la superficie. El hombre al otro lado tenía las manos entrelazadas sobre la mesa de metal. Unas manos limpias, de uñas cuidadas, impropias de un lugar donde la mugre se propaga como un virus.

—La mercancía ha llegado a puerto —soltó Vidales con voz calma.

El hombre de gris apenas parpadeó. No mostraba ni alegría ni tristeza en sus ojos; solo una curiosidad analítica. Inclinó la cabeza un par de milímetros. El silencio se prolongó hasta que los gritos de un altercado en el ala oeste llegaron amortiguados por los muros de hormigón.

—Ha habido complicaciones… —continuó el abogado; consultó un cuaderno de notas mental para desechar cualquier prueba física—. El perro se puso agresivo. Hubo que reducirlo. Pero está bajo custodia, sano y salvo.

El preso despegó los labios. Su voz era un susurro seco, como si pasaran una lija sobre madera.

—¿Qué tipo de agresividad?

—Intentó liquidar a uno de los guardianes.

—Claro, no ha cambiado. ¿Y ha dicho algo más?

—Insiste en el mismo tema. No para de repetir que necesita asistencia médica para el paquete pequeño. Dice que el tiempo se acaba. Es un disco rayado.

—Eso es música para mis oídos, letrado.

Una mueca asomó en el rostro del interno. Sentía el placer del entomólogo que observa cómo el insecto se agita tras clavarle el alfiler. Se reclinó en la silla; la estructura de metal crujió. El sonido pareció activar algo en su memoria.

—La desesperación es un reactivo químico interesante —dijo el hombre de gris—. Hace que la gente inteligente cometa errores de bulto. Ella siempre se creyó más lista que nadie.

—La presión está aumentando en el exterior —advirtió Vidales bajando aún más el tono—. Hay movimientos en el sur. El uniformado está revolviendo piedras que no debería tocar. Ha habido una baja colateral. Si sigue tirando del hilo, llegará al nudo. Necesitamos instrucciones sobre el siguiente paso. ¿Cedemos algo de terreno para calmar los ánimos?

El preso soltó una carcajada corta que hizo que el funcionario de la puerta girara la cabeza en su dirección. El hombre de gris se inclinó hacia delante, invadiendo el espacio que el cristal le permitía.

—No he esperado tanto para ser razonable, Marcos. Que pida. Que suplique. Que sienta cómo el estómago se le encoge cada vez que el reloj avanza. No vamos a darle nada.

—Pero la salud del cachorro es el único motor de ellos. Si el motor se rompe...

—Si el motor se rompe, se romperán también ellos —interrumpió el hombre con una frialdad quirúrgica—. Dile a tus hombres que mantengan la disciplina.

Vidales asintió. Conocía ese tono. Era la orden de un general que no teme las bajas propias ni ajenas. El abogado guardó el bolígrafo en el bolsillo interior. La reunión había terminado.

—Hay otra cosa… —dijo Vidales con un tono que tensó al interno.

—Dime.

—Se han confirmado las dos denuncias que te hablé.

El preso abrió mucho los ojos y apretó los labios. Soltó el telefonillo y resopló como si fuera un morlaco con el torero delante.

Apretó con fuerza el aparato; por poco no lo parte contra la encimera.

—Negocia. Ofrece más.

—Ya lo he hecho; se han negado en rotundo. Van con todo.

El interno se levantó con estrépito; la silla retumbó contra el suelo. El funcionario se acercó hasta él para pedir explicaciones. Él lo ignoró en un principio, pero otro funcionario se sumó y entre los dos lo amenazaron con el uso de la fuerza si no se calmaba. Vidales lo observaba todo con asombro desde el otro lado de la mampara. El sujeto levantó las manos para pedir calma. Volvió a su silla y cogió de nuevo el telefonillo.

—¿Se puede hacer algo con ellas? Ya sabes, que tus hombres…

—Ni se te ocurra pensar en eso —lo interrumpió Vidales con un tono que no había usado hasta el momento. Bajó el volumen al máximo—. Estás señalado por ellas. Si les pasa algo, puedes buscarte la prisión permanente revisable y a mí una ruina. Los de Homicidios te rebuscan hasta la última miseria de tu adolescencia si hace falta para llegar al final del asunto.

El interno volvió a resoplar. No esperaba una contestación así por parte de su abogado, de su pieza más servil hasta la fecha. Se rascó la barba, la cabeza y preguntó de nuevo:

—¿Cuántos años más?

—Si prosperan, unos cuatro por cada una.

—¿Ocho años más? ¿Después de tanto tiempo? ¿Eso no ha prescrito?

—No. Ese tipo de delitos no prescribe hasta los veinte años. Hay rumores de que vas a salir el año que viene y el letrado de una de las primeras víctimas ha seguido hurgando en la herida. Y no, tampoco ese abogado puede ser un objetivo por lo mismo que te he dicho antes.

El hombre de gris apretó de nuevo el telefonillo con tanta fuerza que sus dedos palidecieron.

Tenía que buscar una forma de solventar aquello, y necesitaba calma para pensar. Si seguía allí perdería los estribos y los funcionarios podrían usar una violencia que él no necesitaba en aquellos momentos.

Se levantó sin despedirse de su lacayo y se encaminó hacia el interior.

Tenía que pensar, y pensar mucho.

EL VIAJE A MADRID

El coche avanzaba por la A-5 en dirección a Madrid. Viajaban los tres: Silvia al volante, Adrián a su lado y Dionisio en la parte trasera. La noche anterior Matías había confirmado lo que se temían. El técnico de la comandancia, con ojeras de quien no duerme por lealtad, les había puesto la pantalla del terminal, clonada en su monitor, frente a los ojos. El spyware no era un simple programa comercial de control parental; se trataba de un troyano de grado militar que había aprovechado un agujero en la red segura para meterse hasta las entrañas de cada chip del teléfono del cabo mayor Adrián Trovado. Podían ver cada mensaje, cada foto, cada documento y, sobre todo, cada posición presente, pasada o futura del guardia civil. Hasta podían escucharlo en todo momento, incluso cuando iba al retrete.

Cuando Matías se lo confirmó, Adrián no dijo nada. Se encerró en el cuarto de baño de la comandancia. El espejo le devolvió la imagen de un hombre expuesto, violado en su intimidad. Se le escaparon un par de lágrimas. No permitió más. Ahogó la rabia con agua helada sobre la cara y descargó un golpe seco contra el marco de la puerta que le dejó los nudillos en carne viva. Lo habían espiado durante meses: cada mensaje con Silvia, cada foto de Luz Marina, cada email con los informes oncológicos del hospital. Lo sabían todo.

Lo único positivo fue conocer el origen del ataque. Según el volcado de datos, la información viajaba a través de una VPN en el Reino Unido, pero la contratación del servicio apuntaba a una empresa española: un despacho de abogados en Madrid.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó Dionisio.

—Pareces un niño chico, Dioni —replicó Silvia sin apartar la vista de la carretera.

El hombre se encontraba mejor y se había ofrecido voluntario. Si había que apretar las tuercas a algún letrado corrupto, él no tendría problemas éticos en hacerlo. Al principio Adrián se negó, pero Silvia impuso la lógica: Dioni podía encargarse del trabajo sucio. Aunque estaba en busca y captura por la Interpol, era una sombra. Alguien perfecto para usar la violencia si la diplomacia fallaba.

El habitáculo del vehículo olía a calefacción y a la humedad del amanecer. Silvia mantenía una velocidad constante, esquivando camiones con una precisión mecánica. Adrián miraba por la ventanilla cómo el paisaje extremeño se transformaba en la llanura castellana, pero su mente estaba en el hospital de Sevilla y en el más que probable agujero donde Laura seguiría retenida. Dionisio apretaba su mochila entre las piernas; el roce del nailon era el único sonido que competía con el aire que azotaba el parabrisas.

Entraron en la capital y se dirigieron por sus avenidas hasta el barrio de Salamanca, justo cuando la ciudad empezaba a vomitar ejecutivos en las aceras. Decidieron que Dionisio se quedase en el coche como retaguardia; si tenían que tirar de placas, su presencia sobraba. El hombre aceptó con alguna que otra protesta. Le entregaron uno de los dos teléfonos culebra con los que se habían hecho en un locutorio que Adrián conocía a la perfección. Dos teléfonos con los que poder moverse con libertad por toda la geografía sin miedo a que las antenas de telefonía delatasen su presencia en ningún sitio, ya que esos números pertenecían a personas fallecidas o a extranjeros, africanos mayormente, que prestaban su identidad para registrar esas líneas por cuatro duros.

El despacho de abogados ocupaba un edificio señorial de la calle Velázquez, de esos con portero de uniforme y puertas de roble que pesaban una tonelada. Subieron por la escalera de mármol. Solo se cruzaron con el conserje, al que despacharon con una mentira rápida sobre una reunión agendada. El silencio en el bloque resultaba un insulto a la urgencia que les quemaba por dentro. Al entrar en la recepción, una mujer con un traje de chaqueta

impecable los midió con la mirada antes de que Adrián pudiera abrir la boca.

—Buenos días —dijo la recepcionista.

—Buscamos al responsable de la empresa —dijo Adrián.

—No se encuentra. ¿Puedo saber quién lo busca?

Silvia y Adrián cruzaron una mirada rápida.

—Necesitaríamos contratar los servicios de… —empezó Silvia, improvisando.

—¿Del señor Vidales o del señor Garrido?

—¿Quién de los dos es el jefe? —preguntó Adrián.

—Los dos. Son los socios fundadores.

—¿Hay alguno de ellos aquí?

—El señor Garrido estará al llegar. El letrado Vidales se encuentra fuera.

—Esperaremos al señor Garrido —sentenció Silvia.

—Pero no tienen cita.

—No. ¿Es necesaria?

—Sí, la verdad. Podría darles hueco para pasado mañana.

—Es urgente —insistió la subteniente.

—Déjenme su consulta por escrito y yo se la remitiré cuando llegue.

—Preferimos esperar.

—No les garantizo que les pueda atender.

—Nos arriesgaremos.

La recepcionista los miró con recelo, suspiró, les pidió los nombres y les indicó dónde se encontraba la sala de espera. Y allí, más que esperar, desesperaron. Pasó más de una hora hasta que alguien tocó la puerta.

Un tipo alto y delgado, con el pelo ralo y canoso, que indicaba su cercanía a la sesentena, y con un impecable traje de sastre accedió a la sala y les ofreció la mano.

—Buenos días, me ha dicho María que me esperan y que es un asunto urgente. Soy Gabriel Garrido.

Adrián le estrechó la mano y apretó con fuerza, buscando una reacción.

—¿Podríamos ir a su despacho?

Garrido se miró la mano y, a pesar del dolor, aceptó con un gesto y les invitó a pasar. Una vez cerrada la puerta, Adrián se plantó justo pegado a ella y dejó hablar a Silvia.

—Señor Garrido, ¿ustedes llevan los intereses en Europa de Ramón Restrepo?

—¿De quién? —contestó el abogado. Miró a Adrián y luego a Silvia, dudando.

—Ramón Restrepo —repitió Silvia, vocalizando—. Un ciudadano colombiano con diferentes empresas tanto allí como en este lado del charco.

—La verdad, tendría que consultarlo. No me suena el nombre.

—¿Y a su socio? —preguntó Adrián.

El letrado dudó. No entendía la dinámica de la conversación.

—¿Podrían indicarme quiénes son ustedes exactamente?

Silvia asintió hacia Adrián. Este llevó la mano al bolsillo trasero, un movimiento brusco que provocó que el abogado se asustase y se levantase de la silla de un brinco.

—Tranquilo, hombre —dijo Adrián al tiempo que sacaba, despacio, su placa—. Soy guardia civil.

Garrido, lejos de relajarse, se tensó más.

—¿Y qué quieren? ¿Tienen algún tipo de orden judicial?

—Solo le estamos preguntando. No hay registros ni nada que se le parezca. No hace falta una orden para hablar, usted debería saberlo bien —aclaró Silvia.

—Les tengo que pedir que se marchen. No tengo nada que declarar.

Silvia resopló. La actitud defensiva del letrado era sospechosa. Adrián se separó de la puerta y se acercó hasta Garrido, que volvió a recular hasta chocar con la pared.

—Me habéis metido una aplicación espía en el móvil. No se te ocurra negarlo. Si no tú, tu socio. O alguien del despacho que tenga poder para comprar servicios. No te voy a dar detalles técnicos, pero he podido averiguar que los datos de mi móvil llegaban a este bufete.

—No sé de qué me habla…

—No me vuelvas a interrumpir —dijo Adrián—. Ahora mismo quiero que mires en el listado de clientes. Si es verdad que no sabes nada, será tu socio el que lleve las cuentas de la persona a la que busco. Lo que habéis hecho es un delito grave. Te lo pido de buena voluntad. Si no, te juro que removeré cielo y tierra, y os hundiré en la miseria. Por lo mío y por otros trapos sucios que podáis tener. Me va la vida en ello.

Garrido, con la boca abierta, se sintió acorralado. Comprobaría el nombre que le habían dicho. Si no estaba en la lista, lo diría y se acabaría el problema. Si estaba… tendría que hablar primero con Vidales. Pero el nombre de Restrepo no le sonaba de nada, ni siquiera entre sus múltiples clientes de reputación dudosa. Decidió no molestar a su socio.

No dijo nada. Se sentó, tecleó su contraseña y accedió a la base de datos. Él tenía buena memoria para los nombres; se acordaba de casi todos, por eso estaba convencido de que aquello era un error.

—Lo que usted dice que hemos hecho, como bien afirma, es un delito. Y mi comprobación, cortesía.

—¿Me vas a decir lo que busco?

—No tenemos ningún cliente con el nombre de Ramón Restrepo.

—¿Puede haber usado otra identidad? —preguntó Silvia.

—¿Para qué? No tiene sentido si es un cliente corporativo.

—¿Está del todo seguro?

—Señor Trovado —dijo el tipo, que se había fijado bien en el nombre de la placa—. Si no me cree, use esas influencias que ha advertido antes para que nos auditen. O puede echar un vistazo a esto.

El abogado giró la pantalla del monitor. En el buscador del programa de gestión aparecía escrito "Ramón Restrepo". Debajo, el vacío.

El buscador no arrojaba ningún resultado.

Se fueron de allí derrotados. Adrián ni se despidió ni pidió disculpas; salió con la mandíbula apretada. Lo tuvo que hacer todo Silvia con un gesto seco de cabeza.

Apenas habían bajado las escaleras y salido del edificio, Garrido cerró la puerta de su despacho con llave. Se aflojó el nudo de la

corbata y se desplomó sobre su silla de escritorio antes de llamar por teléfono.

EL ODIO

Víctor llegó a las dependencias con la Sig Sauer aún caliente en la cintura. El olor a pólvora quemada se le había pegado a la ropa, un perfume que conocía mejor que el de cualquier mujer. Se quitó los guantes de Nomex tirando de los dedos con los dientes y los dejó sobre una mesa plegable. Barrió la estancia con la mirada. Lolo, el más bajito, observaba la puntera de sus botas como si fueran lo más interesante del mundo. Len, apoyado en la pared de yeso desconchado, se limpiaba la roña de las uñas con una navaja de mariposa. El "clic-clac" del acero era el único ruido en la habitación.

—Informe —ordenó Víctor. Su voz no subió de decibelios, pero Lolo se encogió de hombros, nervioso.

Len ni siquiera levantó la vista de su manicura improvisada. Escupió un trozo de uña al suelo.

—La zorra no se callaba —dijo Len con su acento arrastrado—. Gritaba mucho. Pedía cosas. Tuve que bajarle el volumen.

Víctor no respondió. Caminó hacia la puerta de hierro del zulo y descorrió el cerrojo pesado. El metal gimió. Entró. La luz del pasillo cortó la penumbra del agujero y le mostró el cuadro completo. Laura yacía en el camastro, hecha un ovillo. Respiraba con dificultad, con ese silbido característico de quien tiene una costilla fisurada o el diafragma tocado. Tenía el labio partido e inflamado, y un hilo de sangre seca le bajaba desde la comisura del labio hasta el cuello.

Víctor la miró tres segundos. Cerró la puerta sin decir nada y volvió al pasillo.

Len seguía con la navaja. Sonrió al ver salir al jefe, esperando una aprobación tácita. Víctor recorrió los tres metros que los separaban con paso tranquilo. Cuando llegó a su altura, no hubo aviso. Un movimiento rápido de la mano izquierda atrapó la muñeca de Len, torciéndola hasta que el cartílago crujió y la navaja cayó al suelo. Antes de que el sicario pudiera gritar, Víctor le clavó el codo derecho en la garganta, estampándolo contra la pared.

Lolo dio un salto hacia atrás, chocando con la mesa.

Len se puso morado. Intentaba coger aire, pero el antebrazo de Víctor le aplastaba la tráquea con la presión justa para no matarlo, pero sí para hacerle ver la oscuridad.

—La mercancía no se toca —susurró Víctor a dos centímetros de su cara. Sus ojos estaban vacíos—. Es la segunda vez que alguien oprime tu cuello en menos de veinticuatro horas. La tercera no la cuentas. ¿Entendido?

Len asintió, con los ojos desorbitados y las venas de la frente a punto de estallar. Víctor lo soltó. El hombre cayó de rodillas, tosiendo y agarrándose el cuello, buscando el aire como un pez fuera del agua. Víctor recogió la navaja del suelo, la cerró y se la guardó en el bolsillo.

—Lolo, ayuda a Carra con la comida que hay en el coche.

El bajito salió a encontrarse con el cuarto sicario, Carra, un descomunal búlgaro rapado y con un solo incisivo, que traía dos bolsas hasta arriba de provisiones. Tomó una y preparó una bandeja con lo que se le había ordenado con anterioridad. Se la tendió al jefe con manos temblorosas. Víctor se alisó la chaqueta y volvió a entrar en el zulo.

Laura se había incorporado a medias. Se sujetaba el costado izquierdo. Al ver entrar a Víctor, se tensó, esperando otro asalto. Él dejó la bandeja en el suelo con delicadeza.

—Come.

Laura ignoró la comida. Lo miró con una mezcla de odio y cálculo.

—Dile a Ramón que esto no es necesario —dijo ella. La voz le salió pastosa, metálica por la sangre—. Dile que tengo dinero. Que puedo conseguir lo que quiera sin que nadie más salga herido.

Víctor se acuclilló frente a ella. Ignoró la mención al dinero. Extendió la mano y, con una suavidad que helaba la sangre, le apartó un mechón de pelo pegado a la frente por el sudor frío. Laura intentó apartarse, pero la pared se lo impidió.

—Llevas dos días repitiendo ese nombre como un loro. Aquí no hay ningún Ramón.

Laura le apartó la mano de un manotazo.

—¿Entonces quién coño me hace esto? —Le dolió más a ella que a él—. ¿Quién te paga para retenerme aquí mientras mi hija se muere?

Víctor no se enfadó por la agresividad. Al contrario, una media sonrisa curvó sus labios. No era signo de burla, sino de admiración. Ella notó cómo lo recorría con la mirada, deteniéndose en los hematomas que empezaban a florecer en su piel pálida, evaluando su aguante.

—Eres dura, Laura. Me dijeron que eras peligrosa, pero no me dijeron que aguantabas tan bien el castigo. —Se acercó un poco más —. El cliente paga por el tiempo. Y por el silencio. Pero a mí me pagan por cuidarte. Y me gusta mi trabajo.

Laura se pegó a la pared. Puso sus rodillas delante a modo de protección. Aunque tenía las muñecas y los tobillos atados, se las ingenió para sujetarse las piernas con las manos. Imprimió toda la fuerza que pudo. Antes de que aquel tipo le hiciera algo desagradable, moriría.

—Si no es él, dímelo —exigió, clavándole la mirada—. Dímelo a la cara. ¿Por qué estoy aquí?

Víctor se levantó hasta recuperar su verticalidad militar. Suspiró. Sintió una punzada de vergüenza en su trabajo. Y notó que la admiración por aquella mujer se le iba de las manos. Y entonces tuvo su primera debilidad.

—Estás aquí porque alguien te odia lo suficiente para que sufras por la muerte de tu hija. Para que sobrevivas a ella. Para que la entierres.

Salió y echó el cerrojo. Laura se quedó sola, mirando el puré frío de bote en un cuenco de cartón. Las últimas palabras de su captor anularon sus fuerzas. Las pocas que le quedaban. Se dejó caer hacia

un lado. Repasó mentalmente todos los enemigos que tenía: el tipo parecía sincero acerca de que no conocía a Ramón Restrepo. Los policías que trataban con Dionisio en su primera odisea para rescatar a Luz Marina estaban muertos. Al igual que la secuestradora material de la chica en aquella ocasión. ¿El marido de la tipa? Un flojeras sin recursos ni ganas. Entonces abrió mucho los ojos. Tanto que parecía que se le fueran a secar.

Sí, todas sus sospechas se encaminaban a un solo lugar. Y esperaba que Adrián llegase a la misma conclusión que ella.

BAJO TIERRA

Adrián no abría la boca. Dionisio menos. La única que parecía imponer cordura en aquella situación desesperada era la subteniente Donaire.

—Mi propuesta es que volvamos a Matías y que averigüe la forma en la que te infectaron el móvil…

—No podemos pedirle eso —lo interrumpió Adrián—. Ya se puede meter en un problema gordo por habernos ayudado.

Estaban en el parking donde habían dejado el coche. Un sótano de hormigón en el corazón de Madrid que olía a neumático quemado y a tubería, por muy bien situado que estuviese. La luz de los tubos del techo era limpia, mucho más que la situación que los abordaba.

—¿Y qué más da? —insistió Silvia—. Hace un momento decías que te iba la vida en ello. Ve tú solo, yo me quedo al margen si lo que quieres es protegerme.

—No han pedido ningún rescate —dijo Dionisio en el asiento de atrás.

Lo ignoraron.

—Matías no me va a ayudar más. Ya viste que me dio largas en cuanto nos dio la información.

—Tienes que intentarlo, se ha podido equivocar y te ha dado mal el lugar desde donde se contrató la VPN esa.

—No han pedido ningún rescate —insistió el veterano.

Lo volvieron a ignorar.

—No puedo, no sé qué hacer.

La guardia lo cogió de las solapas y, cuando se disponía a hablar, Dionisio gritó:

—¡No han pedido ningún rescate! Me equivoqué.

Los dos se giraron.

—Que ya nos hemos enterado —protestó Silvia.

—¿No os dais cuenta? —Los dos guardias callaron; no veían venir por dónde iba el hombre—. Creo que me equivoqué con lo de Restrepo, pensé que pediría algún tipo de rescate. No buscan dinero ni haceros chantaje. Solo buscan haceros el mal. A Laura, a ti y a la niña. ¿Lo saben todo por lo de tu teléfono? Entonces saben que la niña está muy enferma. Y que la única que la puede salvar es su madre. Y la retienen para que no lo haga.

Silvia soltó la solapa de su compañero y Adrián enrojeció. Con la vorágine de los acontecimientos, ninguno se había parado a pensar en eso. Era del todo cierto que no habían pedido rescate alguno, ni se habían comunicado con ellos para nada. Y más teniendo el teléfono de Adrián pinchado.

—¿Adónde nos lleva eso, Dionisio? —preguntó Adrián, que se dirigió por primera vez al hombre.

—Piensa. Recuerda. Busca en tu cabeza los enemigos que tienes. ¿Descartas a Restrepo? No lo tengo claro del todo, pero busca en otros frentes. A lo mejor la amenaza no viene desde Colombia. A lo mejor viene desde aquí. Recuerda cómo conocí yo a Laura.

—Esa gente está muerta.

—Sí, los policías y la mujer que se llevó a Luz Marina lo están. ¿El marido también?

Adrián calló. No concebía que el marido de la mujer que él mismo ejecutó por el secuestro de Luz Marina años atrás fuera capaz de tejer una venganza de este calibre. Sí, él asesinó a la mujer que secuestró a su hija, que perpetró el secuestro solo por sentirse rechazada e inferior. Pero el marido resultó herido en aquella trifulca en su propia casa. Además, se trataba de un tipo anodino, de un pueblo del que apenas ya se acordaba y que se dejó arrastrar por su mujer a aquella locura. De hecho, ni denunció a Adrián a pesar de que él sabía lo que había sucedido en el sótano de su casa, donde retuvieron a la chiquilla. El tipo, según sus últimas informaciones, no había pisado la cárcel a pesar de haber sido cómplice de la mujer en el secuestro. El hecho de que resultase herido y la confesión total

sobre el acto de su mujer jugó en su favor. Y él mismo declaró que fue Laura quien ejecutó a su esposa cuando descubrió a la niña allí. Por eso Adrián se salvó también de cualquier inculpación. Por eso y por el testimonio de la por entonces brigada Silvia Donaire.

No, aquel tipo no podía estar bajo ningún concepto detrás del rapto actual de Laura.

—¿En qué piensas, picoleto? —preguntó Dionisio.

A Adrián no le gustó el apelativo para dirigirse a él como guardia.

—En que no sé qué coño haces aquí.

Dioni inclinó su cuerpo hacia delante.

—Estoy aquí para ayudarte a salvar a Luz Marina. Escucha, yo también daría mi vida por ella.

Se aguantaron las miradas. Apenas escucharon lo que sugirió Silvia a su lado.

—El individuo del que me hablaste…

Las palabras se quedaron en el aire, pesadas, en la atmósfera cargada de aquel coche bajo tierra. Tuvo que ser Dionisio, otra vez, el que iniciara la conversación. Era como si Adrián no quisiera admitirlo. Lo había dejado atrás en el pasado, antes de viajar a Colombia, convencido de que se había reformado, de que sus crímenes y sus posibles amenazas ya no tenían fundamento.

Silvia le puso las manos en el hombro. No dejaba de mirar a Dionisio, como si lo culpase a él de traer ese fantasma del pasado a la situación actual. Tras unos minutos, en los que Silvia insistió, el cabo se dio la vuelta.

—Arranca.

—¿Adónde vamos?

—A la cárcel de Cáceres.

CARA A CARA

El asfalto de la A-5 se desplegaba como una cinta gris bajo los neumáticos. Silvia conducía con la vista fija en el horizonte, mientras Dionisio dormitaba, o fingía hacerlo, en el asiento trasero. Adrián revisaba el expediente penitenciario del objetivo en el móvil. Se lo había mandado un compañero de la Judicial con el que guardaba buena relación y se debían favores mutuos.

La pantalla devolvía datos fríos: diecisiete años a la sombra, clasificación en segundo grado, cero permisos penitenciarios disfrutados. Lo que le llamó la atención no fue lo que había, sino lo que se insinuaba en las notas al margen del equipo técnico. Había incidentes regimentales recientes, expedientes disciplinarios por posesión de objetos prohibidos y, lo más relevante, dos nuevas diligencias previas abiertas por el juzgado de vigilancia penitenciaria.

Abuso sexual en su práctica como ginecólogo.

El tipo seguía arrastrando denuncias de su etapa como depredador; denuncias que veían la luz después de tantos años porque había rumores de que iba a abandonar la cárcel en los siguientes meses. La condena llegaba a su fin y sus abogados consideraban que era hora de empezar a disfrutar de esos permisos que hasta ahora no había podido. Sus víctimas, con razón, pensaban lo contrario.

Adrián bloqueó la pantalla y cerró los ojos hasta que Silvia le avisó de que los muros de la prisión de Cáceres se recortaban contra el cielo plomizo de la tarde. El complejo era una mole de ladrillo y metal, un vertedero de vidas que olía a campo y a desesperanza.

Dejaron a Dionisio en la cafetería del Hospital Universitario, justo en frente, al otro lado de la carretera. Aparcaron en la zona de visitas oficiales. Adrián se bajó el primero; se ajustó la chaqueta para ocultar la pistola, aunque sabía que tendría que dejarla en la entrada. El aire era más frío allí que en Madrid. Y mucho más que en Algeciras.

En el control de acceso, un compañero con cara de funcionario aburrido les pidió las acreditaciones. Adrián y Silvia mostraron las placas.

Pidieron ver al recluso, pero obtuvieron la negativa por respuesta.

—No es horario de visitas; es la hora de comer. El interno está en el comedor.

—Somos compañeros, hombre —Adrián se inclinó sobre el mostrador—. Y necesitamos saber quién consta como su representante legal en la última hoja de encargo.

El funcionario resopló; la subteniente lo miró con aire de superioridad manifiesta. Al fin y al cabo, el chico era un guardia que no llevaría más de un año en el cuerpo. Al final, tecleó con desgana en el ordenador y masticó un chicle imaginario. La burocracia era el verdadero muro de la prisión.

Cuando verbalizó el nombre del abogado, Adrián sintió un revoltijo en el estómago. Silvia lo miró de reojo; la conexión estaba hecha. El mismo despacho que pagaba el spyware defendía al objetivo. No, no defendían a Ramón Restrepo; trabajaban con alguien peor. Alguien capaz de almacenar un rencor atávico desmedido.

—Guardia, compañero —inició Silvia—, te tengo que pedir que hables con quien tengas que hablar para permitirnos ver al recluso ahora mismo. Hemos hecho un largo camino para ello.

Adrián suspiró. Por fin podía ver algo de luz, una gota de oxígeno, una mínima esperanza.

El guardia novato titubeó ante el ímpetu de la subteniente. Era una superior de la EDOA, de la judicial. Aunque no estuviese en su jurisdicción, el rango lo imponía bastante. Y al fin y al cabo, solo pedía reunirse con un interno.

Diez minutos después, el olor a desinfectante barato y ozono del locutorio les golpeó la nariz. Al otro lado de la mampara blindada, el

interno apareció escoltado. Adrián se fijó en él. Hacía solo dos años desde su última visita. Había envejecido. El pelo encanecía y la piel tenía ese tono ceroso de quien no ve el sol, pero los ojos seguían siendo los mismos: dos cuentas de vidrio que miraban con una superioridad insultante. Se sentó, descolgó el telefonillo y sonrió. Una sonrisa de tiburón viejo.

—Vaya, vaya. La Benemérita me honra con su visita. ¿A qué debo el placer? —Su voz sonaba distorsionada por el auricular, pero el tono burlón llegaba intacto.

Adrián pegó la frente al cristal. Quería atravesarlo. Quería rodear su cuello con las manos hasta que dejara de sonreír.

—Recuerdo dos cosas de mis anteriores visitas. Dos.

El interno sonrió.

—No, Laura no es nuestra enemiga en común.

Volvió a sonreír; cada vez abría más la boca.

—Y no, no te has reformado lo más mínimo, hijo de la gran puta.

Silvia le puso una mano sobre la rodilla. Adrián la notó, aunque la ignoró.

—Disculpa que me ría, pero es que también me acuerdo mucho de tus últimas visitas.

—Hemos estado en el despacho de tu abogado, aunque, por desgracia, él no estaba allí. Si no, quizá ni nos hubiéramos molestado en visitarte.

—No sé de qué me hablas. Y no sé cómo conoces a mi abogado, la verdad. ¿Me espías o algo? ¿Tengo que ponerte una demanda?

—No me toques los cojones encima, y no nos trates como a gilipollas —el cabo mayor, que se había retirado del cristal, volvió a pegarse. Miró a la cámara de seguridad y se tapó la boca para susurrar al telefonillo—: Puedo hacer dos cosas: esperar los meses que te quedan para salir, secuestrarte yo y torturarte hasta la muerte; o dos: pagar a un sicario para que te liquide ahí dentro. Tú sabrás si decides colaborar. Y no me hagas decirte lo que sabemos; no tenemos tiempo para ello.

Por primera vez, Alberto de Miguel, el enemigo número uno de Laura María García Rodríguez, borró la sonrisa de la boca que traía en cuanto entró al locutorio. Miró hacia atrás, hacia el funcionario de

prisiones que custodiaba la sala. También hacia la cámara que grababa desde el lado opuesto, la que registraba sus movimientos. También se acercó a la mampara y también se tapó la boca.

—Entonces, si de verdad conoces todo eso que dices saber, deberías tratarme con un poco de respeto si quiere sacar algo positivo de esta visita, cabo mayor Trovado.

Adrián golpeó el cristal con el puño. El sonido retumbó en la sala. El funcionario se acercó para pedir explicaciones. La subteniente medió y aseguró que no se repetiría. Los dejaron continuar.

—Escúchame bien, pedazo de mierda. Sé que hay nuevas denuncias. Dos mujeres más han hablado. Delitos que no han prescrito. ¿Sabes lo que significa eso?

Alberto apretó la mandíbula. Los músculos maseteros se le tensaron bajo la piel flácida. Ya no sonreía.

—Eso primero habrá que demostrarlo.

—Ya te garantizo yo que van a demostrarse —intervino Silvia, que también se había acercado al telefonillo, poniendo sus labios muy cerca de los de Adrián, cosa que sorprendió, y agradó, al cabo—. Mínimo ocho años más aquí dentro, si con suerte no te sale ninguna denuncia más.

El preso no se arredró.

—Trovado, ¿hace falta que te traigas a tu hermana mayor para hacerte el trabajo sucio?

—Dinos dónde está —exigió Adrián—. Dinos dónde la tienen y quizá, y solo quizá, esas demandas no prosperen.

Alberto miró a Adrián, luego a Silvia. Su respiración se aceleró. Pasó la lengua por los labios secos. Estaba calculando. La mención de las nuevas denuncias le había tocado la fibra. No tenía claro si le compensaba su venganza personal sobre Laura.

—Yo no sé dónde está —dijo Alberto, bajando la voz, casi susurrando—. Pero… quizá si hablo con mi abogado, pueda saberlo.

—No tenemos tiempo para visitas —cortó Adrián—. La niña se muere ya.

—Pues si tiene que morir, que se muera —escupió Alberto, recuperando la máscara de crueldad—. Pero yo quiero hablar antes con mi abogado.

Adrián apartó el telefonillo, miró hacia abajo; sus pies se movían con la violencia de un condenado a muerte. Resopló.

—¿Cómo se llama el tipejo, mi subteniente? ¿Garrido? No, no, Vidales. Vidales no estaba en la oficina de Madrid y es el que consta en el último registro de tus visitas. Hace justo un día, qué casualidad. Voy a hacerlo venir ya mismo. Le voy a dar tres horas para que me des una respuesta. No voy a repetir mis amenazas. Ya las tienes metidas en tu puta cabeza enferma —sentenció Adrián antes de colgar el telefonillo con violencia.

Alberto se quedó al otro lado, mirándolo mientras se alejaban. Ya no reía. Sudaba en el interior del mono. Aquel maldito picoleto sabía jugar sus cartas. Había mencionado el nombre de su abogado. Y hasta de su socio. Joder, había llegado de alguna forma a saberlo todo. Quizá debería colaborar. Quizá ya había hecho suficiente daño y ya fuese tarde para la chica.

Además, la venganza no se disfruta igual si uno está muerto.

SU REINO

Dieciocho años antes.

La lluvia de principios de marzo golpeaba los cristales del hospital con una insistencia rítmica, casi hipnótica, que ahogaba el ruido del tráfico de la plaza de Cristo Rey. Madrid se diluía fuera en un gris acuoso, pero dentro, la consulta de Alberto de Miguel mantenía una temperatura constante de veintidós grados y una iluminación artificial diseñada para tranquilizar.

El reloj de pared marcó las ocho y cuarto. Alberto terminó de secarse las manos con una toalla de hilo. Se miró en el espejo del lavabo privado. Era joven, atractivo y con una mujer enamorada que lo esperaba en casa cada noche; lo que pasaba era que él había empezado a aburrirse de ella. Estaba terminando la residencia de ginecología y ya atendía a pacientes por sí mismo, sin la supervisión de nadie. Así fue como conoció a Laura, y así fue como ella se enamoró de él.

Ella tuvo un desliz, se excitó demasiado y luego vino todo lo que vino entre ellos. Ese desliz sirvió de detonante para algo que el ginecólogo ya tenía instalado en su psique: quería el control absoluto que su puesto le otorgaba sobre el cuerpo femenino.

Le esperaba la última consulta del día. Hasta entonces solo había pasado la revisión a mujeres que no le llamaban la atención. Él mismo se había encargado de mover la cita de la paciente, de veinte años, a última hora de la tarde. Se ajustó el nudo de la corbata, se colocó el estetoscopio alrededor del cuello y compuso la sonrisa de profesionalidad empática que había perfeccionado frente a ese

mismo espejo. Su asistente ya se había ido a casa. Dejaba para el final las consultas que no requerían asistencia por parte de su enfermera, una cincuentona con más escuela que un catedrático.

Él mismo salió a llamar a la chica. Sonia estaba allí, empapada, abrazando una carpeta de apuntes contra el pecho como si fuera un escudo medieval. Estudiaba Magisterio y sus ojos marrones temblaban con el miedo atávico a la bata blanca.

Alberto le indicó que pasara. Cerró la puerta y se dirigió hacia su silla. Sonia se sentó en el borde de la suya, con las rodillas apretadas y la mirada baja. El doctor De Miguel se sentó tras su mesa de caoba, una barrera física que delimitaba los roles: él aportaba conocimiento, ella obedecía. Después de fingir que repasaba su expediente en el ordenador —ya lo había hecho y la chica venía a una revisión de rutina—, se dirigió a ella con esa profesionalidad que se le supone a todo galeno.

—Cuéntame, qué te trae por la consulta.

—La revisión periódica, doctor —dijo ella, con un tono intranquilo.

Él fingió interés mientras evaluaba la pieza. Sabía que Sonia era perfecta. Sola en la ciudad, familia lejos y sin pareja, según su última consulta seis meses atrás. A él le gustaba citarlas cada seis meses después de la primera visita, en lugar de al año, como era lo habitual. De esa forma, establecía una especie de vínculo, mostrándose como el mejor ginecólogo del mundo. Y después de seleccionar a las presas, en la revisión, se mostraba como un león sobre una gacela coja en la sabana. Alberto asintió y le contó que en esa segunda revisión la exploración sería un tanto más profunda. Mintió al decirle que en los análisis previos se habían detectado signos de una posible formación de quistes ováricos.

—No te llamamos porque no queríamos asustarte; sin embargo, es mejor que nos cercioremos de que no hay nada grave y es todo benigno. Es frecuente que esto ocurra, pero es mejor descartar que haya algo fuera de la normalidad.

La chica palideció hasta que sus pecas parecieron manchas de óxido sobre la piel.

—¿Y qué tiene que hacer?

Alberto le explicó en qué consistía el procedimiento. Una vez terminado, se levantó, rodeó la mesa y se apoyó en el borde.

—Si estás de acuerdo, te aplicaré una sedación muy suave. Será como echar una siesta y despertar como nueva.

Ella, con dudas, asintió. Era una semana lluviosa. Era tarde. Si posponía la cita, tendría que perder otro día entero y el hospital le pillaba a media hora de metro. No podía permitirse perder más tiempo en plena temporada de exámenes. Pasaron a la sala de exploración. La camilla ginecológica esperaba bajo la luz fría de la lámpara halógena. Alberto le señaló el biombo. Mientras escuchaba el roce de la ropa de ella al caer y su respiración entrecortada, él preparó la mesa auxiliar. Abrió el cajón y sacó una jeringa de diez mililitros y un vial de tapón gris. Propofol. Lo llamaban la leche de la amnesia. Para él, era la llave maestra. Cargó la dosis exacta: suficiente para apagar la conciencia, insuficiente para detener el corazón. Sonia salió del biombo envuelta en una bata de papel verde, temblando. Se subió a la camilla. Colocó las piernas en los estribos. La postura de la sumisión clínica absoluta. Alberto le cogió el brazo izquierdo, buscó la vena cefálica y la canalizó con una destreza de virtuoso. No era el cometido de un médico, pero él había aprendido bien de su enfermera.

—Piensa en un lugar tranquilo —susurró él, inyectando el líquido blanco despacio—. La playa. El verano.

Sonia cerró los ojos. Susurró algo ininteligible. El fármaco golpeó su cerebro en diez segundos. Sus párpados aletearon y se cerraron. La tensión de su mandíbula se disolvió. Su mano, que aferraba el borde de la silla, se abrió y cayó muerta a un lado. Ya no estaba. Lo que quedaba allí era un cuerpo caliente, vivo, pero vacío de voluntad. Alberto esperó un minuto. Comprobó el reflejo palpebral. Nada. Solo la respiración rítmica y profunda del sueño inducido.

Entonces, el médico desapareció. Alberto se quitó los guantes de látex y los tiró al suelo. Quería sentir. Se acercó a la camilla y observó su obra. El silencio en la sala era absoluto, solo roto por el zumbido de la nevera de muestras. Se acercó a la puerta y echó el seguro. No había nadie en la sala de espera y al hospital todavía le faltaba una hora para cerrar el ala de consultas externas. Tenía todo

el tiempo del mundo. Volvió para observar a la muchacha. Sintió la embriaguez del poder total. Podía hacer lo que quisiera. Podía romperla, marcarla, usarla, y ella nunca lo sabría. Su memoria sería un agujero negro, una elipsis en la película de su vida.

Alberto comenzó a manipular el cuerpo inerte. Movió sus brazos, colocándolos en posturas antinaturales, solo porque podía. Tocó donde quiso, exploró cada centímetro de piel con la curiosidad de un forense y la avidez de un propietario. Le habló al oído, susurrando frases que, de estar despierta, le habrían hecho gritar de terror. Le dijo lo que era: una cosa. Su cosa. Se recreó en la falta de resistencia, en la total disponibilidad de aquella carne joven. El tiempo se dilató. Fue casi media hora de reinado impune. Treinta minutos donde la ética hipocrática ardió en una hoguera de narcisismo maligno. Cuando la euforia empezó a remitir, Alberto recuperó el control. Se lavó las manos con un cepillo quirúrgico, frotando hasta que la piel se le puso roja. Se puso guantes limpios. Realizó una ecografía rápida, tomó una muestra y la metió en un tubo para mandar al laboratorio. Se sentó junto a la cabecera y le dio unas palmaditas suaves en la cara.

—Sonia... vamos. Despierta.

La chica soltó un quejido áspero. Frunció el ceño. El regreso desde el abismo químico era confuso. Abrió los ojos, vidriosos, incapaces de enfocar.

—¿Ya...? —balbuceó con la lengua pastosa.

—Todo perfecto —dijo Alberto con su voz de barítono tranquilizador—. Te has portado muy bien.

Sonia se llevó una mano a la frente.

—Estoy muy mareada.

—Es normal —atajó él, ayudándola a sentarse—. Es por el sedante. En cinco minutos te sentirás mejor. ¿Quieres un poco de agua?

Ella asintió; él le procuró el líquido. Mientras la chica se ponía la ropa, le dijo que le avisaría en cuanto tuviera los resultados de la biopsia. Sonia salió del despacho diez minutos después. Aún caminaba con inseguridad. Le dio las gracias tres veces. Alberto le

estrechó la mano. Sintió el temblor de la chica y sintió una descarga de satisfacción.

—Te llamaré pronto.

Cerró la puerta. Escuchó sus pasos alejándose por el pasillo. Alberto se quedó solo. Apagó la luz principal y se acercó a la ventana. Miró la lluvia caer sobre la capital. Se sentía invencible. Intocable. Cuando la llamase para comunicarle que todo estaba en orden, sabía que Sonia volvería a su vida pensando que el doctor De Miguel la había salvado de un problema, sin saber que el verdadero problema era él.

El médico se sentía el depredador en la cima de la cadena alimenticia, ciego al hecho de que, a veces, las presas sobreviven lo suficiente para volver en manada y devorar al cazador cuando está viejo y desposeído de su reino.

FACILITAR

Dionisio apuraba el café cortado que se había pedido minutos antes en la cafetería del Hospital Universitario de Cáceres. Era el segundo de la tarde y le ayudaba a mantenerse despierto. Habían sido cuarenta y ocho horas de muchas emociones y de solo dormir bajo el efecto del terrible golpe que lucía en la cabeza. Más de un sanitario que deambulaba por el restaurante se había fijado en lo aparatoso y en lo mal vendado que tenía el golpe. Alguno, incluso, pensó en aconsejarle que se acercase a urgencias, pero la mirada del veterano echaba a todo el mundo de su alrededor.

Al casi sesentón le entró la melancolía cuando le dio por mirar más allá de la cárcel a través del ventanal de la cafetería. Detrás del complejo penitenciario se erguía la Montaña de Cáceres, que, junto con el paisaje de los alrededores —una inevitable y enorme dehesa verde plagada de ganado—, le retrotrajo a todos los años que vivió a poco más de cien kilómetros de allí. Sus perros, sus trapicheos, sus vicios… Hasta que Laura se cruzó en su vida y lo cambió todo para siempre. Quiso odiarla en alguna ocasión; sin embargo, le pudo más el sentimiento de lealtad que había forjado en aquella odisea para encontrar a Luz Marina y su posterior huida.

Al fin y al cabo, había recorrido mundo, se había acostado con mujeres —y no solo con prostitutas como era su costumbre antes de conocerla— y, en definitiva, había vivido. Ahora todo eso se desvanecía como una nube en medio de un vendaval. El cronómetro corría a toda prisa y a la chica se le acababa el tiempo.

Se acordó y echó de menos a dos de sus perros: Magno, y Alex. El primero fue asesinado por la primera secuestradora de Luz Marina.

El segundo, que también era el perro de la chica, lo perdió de la forma más estúpida.

Vio venir el todoterreno de Silvia por la rotonda del parking y se olvidó de tanta melancolía. Vibró su móvil y él salió escopeteado sin terminarse el café. Estaba deseoso por saber qué nuevas le traían los dos picoletos.

—¿Y entonces qué vamos a hacer? —preguntó Dionisio nada más enterarse de la noticia. El ambiente dentro estaba cargado, una mezcla de sudor frío y calefacción demasiado alta.

—Esperar —respondió Adrián sin girarse. Tenía la vista clavada en el salpicadero, donde el teléfono culebra que había usado para llamar al bufete de Vidales y Garrido descansaba como el ataúd de un vampiro al filo de la medianoche—. Le hemos apretado las tuercas. Sabe que conocemos las nuevas denuncias. Tiene que darnos a Laura o se quedará ahí dentro bastantes años más.

Silvia detuvo el coche en una zona de descanso de la N-630, un apartadero de tierra oculto tras unos matorrales desde donde se divisaban las torres de vigilancia de la prisión. Apagó el motor. El silencio cayó sobre ellos como un árbol enfermo derrotado por el viento.

—O se ha asustado, o está calculando el precio de nuestra cabeza —dijo ella—. Lo mismo tiene contratados más sicarios como los que se llevaron a Laura.

—Tiene miedo —insistió Adrián, frotándose la cara con las manos —. Le ha cambiado la mirada cuando le he dicho lo de las dos denuncias y sobre todo las que puedan caer más.

—Dime que si salvamos a Laura, esas denuncias van a prosperar igualmente —afirmó Silvia, que clavó sus ojos en la sien de su binomio.

Pero su binomio no la miró. No contestó. Era como si se hubiera congelado.

Silvia prefirió no hurgar en la llaga. Si Laura se salvaba, ya se encargaría ella de que las denunciantes fueran hasta el final. Aunque eso no se lo iba a decir en ese momento. Tan solo dejó que el

silencio inundara la cabina del vehículo; solo se escuchaba el rumor del viento y el canto de los pájaros.

Dionisio parecía, de nuevo, absorto en el paisaje mientras limpiaba sus gafas de cerca con la parsimonia de quien ha aprendido en la selva que la impaciencia mata más rápido que las balas. Nadie hablaba. La imagen de Luz Marina en una cama de la UCI de Sevilla y de Laura en algún agujero desconocido llenaba el espacio vacío del coche. La impotencia se había convertido en una especie de sabor agrio en la boca. De pronto, el teléfono vibró. El sonido hizo que Silvia diera un respingo. Adrián tardó dos segundos en reaccionar, los justos para componer la voz. Descolgó y puso el altavoz.

—¿Quién es?

—Le felicito, agente. —La voz sonó limpia, profesional, sin el cinismo de una visita de despacho, pero con una frialdad mucho más peligrosa—. Ha conseguido que mi cliente replantee sus prioridades. Digamos que la perspectiva de prolongar su estancia en el centro penitenciario le ha resultado... indigesta.

—¿Quién eres?

—Aquí Marcos Vidales, abogado defensor de…

—¿Dónde está Laura? —interrumpió Adrián.

—No corra tanto, cabo Trovado. El señor De Miguel es un hombre pragmático. Acepta que la situación ha cambiado, pero no va a entregar su único as en la manga a cambio de nada. Quiere salir. Y quiere salir ya.

—Los trámites de excarcelación o de permisos llevan semanas —replicó Adrián, mirando a Silvia, que negaba con la cabeza—. Podríamos hablar con alguien para acelerarlo, pero no será de un día para otro. Y con las nuevas diligencias que tiene encima, ningún juez va a firmar su salida así como así.

—De un día para otro no, pero sí en cuarenta y ocho horas. —Hubo una pausa a ambos lados del teléfono, un silencio que presagiaba el abismo—. Mi cliente no va a esperar a que usted mueva papeles. Alberto exige una solución inmediata para entregarles lo que le pide. He conseguido que pasado mañana por la mañana tenga una salida programada para hablar con el juez.

—¿Y? —preguntó Adrián, sintiendo cómo el estómago se le cerraba.

—Quiero que garantice que esa salida sea definitiva.

—¿De qué coño hablas?

Adrián miró a Silvia, que apretaba la mandíbula. Dionisio, en la parte posterior, apretaba el cabecero con tanta fuerza que parecía que iba a romperlo.

—Hablo de un intercambio, Trovado. Uno muy simple. Si usted quiere recuperar a la madre de la niña con vida, Alberto de Miguel no puede volver a ingresar en prisión. Usted se encargará de que eso ocurra.

—¿No me estará pidiendo que facilite una fuga, letrado? —susurró Adrián.

—No, por favor. Yo, aunque usted no lo crea, soy un representante de la ley. Yo solo le traslado lo que mi cliente me ha pedido.

Adrián pulsó el botón de mute del teléfono y se dirigió a su compañera. Y también a Dioni.

—El hijo de puta está pidiendo que le ayudemos a escapar.

—Pues se le ayuda. Y cuando esté fuera y nos diga lo que queremos… —Dioni se pasó el pulgar por el cuello en el típico gesto de amenaza.

—Pídele tiempo para pensarlo —expuso Silvia.

El cabo asintió y volvió a pulsar el botón correspondiente para hablar.

—Señor Vidales. Como usted comprenderá, esta información hay que tratarla con calma. Le pido que nos dé un poco de tiempo para valorarlo…

—Claro, tiene usted hasta pasado mañana por la mañana. La que no tiene tanto tiempo es Luz Marina —el abogado hizo una pausa—. Le pasaré por mensaje el resto de los detalles cuando pueda. Tranquilo, esta vez irá sin virus.

—Hijo de la gran puta, te voy a meter un puro que vas a flipar por descubrimiento y revelación de secretos de un agente de la ley.

Las babas del cabo saltaron sobre la pantalla de su móvil como si fueran gotas de chispeo sobre el parabrisas de un coche. Lo peor fue

comprobar que al otro lado ya nadie podía escuchar las amenazas.

Silvia temblaba. Dionisio se frotaba las manos.

Adrián tan solo odiaba.

SIEMPRE FUERTE

Luz Marina consiguió abrir los ojos. Había sufrido una nueva crisis la noche anterior. El resplandor del nuevo amanecer, filtrado a través de las persianas venecianas de la unidad de aislados, percutió la delgada piel de sus párpados con la insistencia de un dios de luz. Al fin y al cabo, su nombre empezaba así.

Ella reaccionó separando las pestañas con una lentitud geológica. La iluminación en aquella habitación no era solar, o al menos no lo parecía; era una claridad blanca, lechosa y sin temperatura que rebotaba en las escasas paredes de linóleo inmaculado y en las enormes mamparas, eliminando cualquier sombra donde pudiera esconderse el miedo.

En esos momentos de su vida, suspendida en aquel limbo aséptico, nunca sabía si después de cerrarlos por la noche volvería a ver esa claridad, así que tenía que aprovechar cualquier hálito de fuerza que tuviera para aferrarse a la consciencia. Aunque, en realidad, cuando miró hacia abajo, la duda la asaltó.

Su cuerpo apenas abultaba bajo la sábana de hilo, tensa y sin arrugas, como si no hubiera nadie debajo. Se vio rodeada de una arquitectura de soporte vital: tubos transparentes que serpenteaban como enredaderas de plástico, bolsas de fluidos que goteaban con una cadencia hipnótica y monitores que dibujaban cordilleras verdes y rojas en silencio. Se preguntó si aquello —ser un apéndice de carne conectado a una maquinaria de precisión— era vida.

Se respondió a sí misma que sí, que todo merecía la pena cuando lo vio.

Estaba al otro lado de la mampara de vidrio, de su pecera hermética que separaba el aire estéril de su habitación del mundo contaminado de los vivos. No estaba a su lado, sentado en la silla de vinilo azul, porque los protocolos de inmunosupresión no lo permitían, pero su presencia llenaba el vacío de la distancia. Allí estaba. Como cada día del último año y medio.

Al ver la silueta de su padre recortada contra la luz del pasillo, se acordó inexorablemente de su madre. Ella la había privado de esa imagen, de ese hombre, durante más de cinco años. Sin embargo, mientras notaba el roce áspero del catéter en su muñeca, no encontró espacio para el resentimiento hacia su progenitora. Entendía la lógica del miedo. Ella tenía tan solo diez años cuando aceptó las condiciones de su madre para sentirse más segura, aunque esas condiciones supusieran cruzarse medio mundo y cambiar la tranquilidad de un pueblo por la vorágine de la huida primero, y de la montaña y la selva después. Aunque en medio también disfrutó de la eterna primavera de Medellín, aquello ahora lo recordaba como si hubiera sido un sueño.

Ahora que la mano de mamá no estaba para apartarle el pelo de la frente, su padre velaba por ella desde la distancia del cristal. Y, según sus palabras de horas pasadas, su madre vendría pronto. Había decidido creerle. La esperanza era lo único que no registraban las máquinas. Él nunca la había mentido. Siempre le expuso la gravedad de la enfermedad, la brutal aritmética de sus posibilidades, para luchar contra ella desde el minuto uno. Ahora no iba a fallarla.

Él sonrió. Fue un gesto amplio, exagerado, y le hizo una morisqueta infantil, arrugando la nariz y sacando la lengua, intentando romper la solemnidad de la muerte con una mueca de vida.

Ella lo intentó. Mandó la orden a los nervios de su cara. Sintió la piel tirante, seca como el papel de fumar. Curvó sus labios hacia arriba a pesar de que ese mínimo esfuerzo de los músculos faciales le suponía un gasto energético similar al de un levantador de halterofilia en una olimpiada. La sonrisa le dolió en las comisuras de los labios. La sostuvo.

Entonces él se movió. No habló por el intercomunicador. Sacó un folio que debía de tener guardado en algún lugar fuera de su vista, quizá guardado en sus pantalones. Lo pegó contra el cristal. La tinta negra del rotulador grueso contrastaba violentamente con la blancura clínica del entorno. Después sacó otro. Y otro. Una secuencia de cine mudo para una espectadora que apenas podía oír su propia respiración.

Consiguió leer el mensaje que su padre quería transmitirle. Sus ojos recorrieron los trazos negros, absorbiendo cada letra. Estaba demasiado débil para levantar el brazo y coger el teléfono de la mesita; no hizo falta.

Volvió a sonreír. Esta vez, la sonrisa llegó a sus ojos, humedeciéndolos. Ya no le importó el esfuerzo titánico que eso suponía, ni el pinchazo en el costado, ni la pesadez de sus huesos. Si su padre lo decía, plasmado en tinta indeleble contra el vidrio, tenía que ser verdad. Aquellos tres papeles blancos contenían algo más que esperanza: eran un contrato vinculante. Aquellos tres papeles eran la vida.

MAMÁ ESTÁ
DE CAMINO
¡SIEMPRE FUERTE!

SIGO

Adrián había dudado en si poner el lema del fallecido joven marbellí en su mensaje para Luz Marina. Era cierto que los mensajes en redes sociales del chico habían supuesto un antes y un después respecto a las donaciones de médula en España. El problema era que Pablo Ráez, por desgracia, no superó la enfermedad y a muchos les partió el corazón. Sin embargo, su legado, la concienciación para que las donaciones de médula subieran de forma exponencial, merecía esa mención.

El lema lo habían usado entre ellos en alguna ocasión. Él se lo contó cuando la diagnosticaron año y medio atrás. Una de esas donaciones le sirvió para darle un tiempo extra a la muchacha. No, no había funcionado del todo, pero de no haber contado con esa médula donada, quizá ya sería demasiado tarde.

Laura todavía no estaba de camino; ahí sí que había tenido que tirar de mentira por segunda vez. Aunque siempre le había sido sincero, aquellos momentos no eran para la contemplación. Aquellos momentos eran para la planificación estratégica. Nada podía fallar.

El primer alto en el camino había sido la visita a su hija en el Virgen del Rocío. Habían dormido los tres en un motel de carretera cercano a Sevilla, pero antes de volver hacia Extremadura, tenían que bajar al sur. Al origen. A su base.

El trayecto de Sevilla a Algeciras se les hizo eterno, aunque apenas rozó las dos horas. A media mañana había recibido el mensaje de Vidales: la visita al juzgado de De Miguel sería al día siguiente a las 9:30 h. Tenían menos de veinticuatro horas para organizarlo todo.

Cuando llegaron a la bahía, Silvia detuvo el coche en una calle discreta, cerca del puerto, a la espalda de la Comandancia de la Guardia Civil de Algeciras. El olor a salitre y gasoil les golpeó al bajar; el aroma de su casa, de su trabajo.

—Si tienes algún problema con tus claves, usa las mías —dijo Silvia desde el asiento del conductor.

Adrián, que ya se había bajado y enfilaba hacia la Comandancia, asintió como el padre que asiente al niño cuando le pregunta si existen los Reyes Magos.

—Ten cuidado, haz el favor.

—Tranquila, me llevo al Dioni —Silvia hizo un gesto con la cabeza señalándolo.

Los dos sabían cómo se las gastaba el veterano, aunque ninguno quisiera apreciarlo delante de él.

—Venga, picoleto, marcha sin miedo —dijo Dioni

—¿Seguro que te acuerdas del pin de mi tarjeta?

—Que sí, hombre, que sí.

—Ponte la gorra, la mascarilla y sácalo todo. Hay algo más de veinte mil.

—Adri, tranquilo con lo del dinero, es un buen plan.

—Nos vemos en la galería de tiro dentro de dos horas.

Silvia asintió y Adrián se despidió de ella con una caricia en el pelo. Caminó hacia el acceso de personal de la Comandancia. Pasó el torno con la tarjeta magnética. El guardia de la garita le saludó con un gesto rápido. Eran rostros habituales, parte del mobiliario de la lucha contra el narco en el Estrecho. Nadie le paró.

Fue directo a los vestuarios. El sonido metálico de las taquillas al abrirse resonó en la sala vacía. Allí estaba su otra piel. El uniforme de servicio bicolor, la gorra, el cinturón con la defensa y, algo muy importante para su plan, los grilletes. También tenía un par de cargadores de reserva que siempre dejaba allí guardados. Llevaba siempre su Beretta, pero en este caso tendrían que llevar algo más y por eso Silvia se había ido con Dionisio.

Mientras ella se adentraba en otra misión al margen de la ley, él debía buscar una valiosa información en su ordenador. Subió a la planta de Policía Judicial. La oficina del EDOA estaba a medio gas,

con el turno de mañana a medias debido a diversos operativos que tenían a los guardias en la calle. Adrián se sentó frente a su terminal de siempre, introdujo su clave de usuario y accedió al sistema SIGO, el que le daba una especie de omnipotencia para averiguar protocolos y acciones en el cuerpo.

Filtró por provincia y buscó los traslados del día siguiente.

El sistema, lento y burocrático, escupió la información tras unos segundos agónicos. El cabo miraba en derredor continuamente, con el miedo de quien sabe que está haciendo algo ilegal. Y ya estaba hecho. Ya se había condenado para siempre. Aunque todavía estaba a tiempo de enmendarlo.

—¿Se puede saber qué haces otra vez aquí?

La voz sonó a unos metros detrás de él, seca y autoritaria. Adrián cerró la pestaña del sistema como si fuera un adolescente al que su madre le ha pillado viendo una página porno. Precisamente, conocía ese tono mejor que el de su propia madre.

El brigada Salgado estaba en la puerta de la unidad, con los brazos cruzados y el uniforme impecable. Le miraba con esa mezcla de sospecha y paternalismo que usaba con sus subordinados.

—Mi brigada —saludó Adrián.

—Tienes permiso por lo de tu hija. Es la segunda vez que te veo por aquí. ¿Me vas a contar qué está ocurriendo?

—Mi brigada, como le dije hace dos días, estoy terminando unas diligencias de un operativo; no quería…

—¿Seguro? Empiezo a pensar que estás usando los recursos de la empresa para algo particular tuyo que no alcanzo a comprender.

Adrián tragó saliva. Estaba convencido de que todavía no sabía lo del Manco, si no, quizá estuviera detenido.

Se levantó y se acercó al brigada.

—Con el debido respeto, mi brigada —insistió el padre—. Si ocurre lo peor, que es lo más probable, voy a estar un tiempo lejos de mi puesto de trabajo. He visitado a mi hija esta mañana y no nos han dado buenas noticias. Aunque de momento está estable. Si tengo que enterrarla mañana o pasado, no quiero que nadie me llame al teléfono porque hay algún trámite que no se ha realizado o porque

nadie ha avisado a ningún confite a tiempo. ¿Le importa mucho que sea profesional y padre al mismo tiempo?

Al brigada le tembló el labio superior. Le clavó los ojos, aunque Adrián le aguantó la mirada.

—No tarde demasiado, y si tiene que irse con su hija, váyase. Ya le cubriremos como podamos.

—Gracias, mi brigada.

Adrián giró sobre sus propios talones y volvió a su pasillo suspirando sin que le viera Salgado. El brigada salió de la sala con el runrún de que tenía que hablarle, precisamente, de un confidente por el que él mismo preguntó no haría ni dos días y que no daba señales de vida. Prefirió ahorrárselo porque no había pasado el tiempo suficiente para saltar la alarma.

Adrián mandó un mensaje al culebra de Silvia.

«Tengo los nombres. Y las direcciones».

La subteniente le respondió con un mensaje de OK. Adrián no las tenía todas consigo. No obstante, se había convencido a sí mismo de que, si todo salía bien, lo máximo que le podría caer a su compañera era un expediente disciplinario.

Eso si todo salía bien.

EL COJO

Silvia detuvo el coche en el muelle pesquero de Algeciras, en un rincón donde la sombra de los bloques de hormigón los protegía de la mirada de la garita de la Autoridad Portuaria. El aire allí pesaba: era una mezcla espesa de gasoil, salitre y el rastro orgánico del pescado fresco amontonado en cajas. Lope estaba apoyado en un bolardo de hierro oxidado, fumando con la parsimonia de quien no teme al tiempo. Llevaba una chaqueta técnica oscura, el cuello subido contra el levante y la misma mirada cínica con la que voló desde el Sáhara tres días atrás.

Al ver bajar a Silvia, el aviador tiró la colilla al agua sucia del muelle, donde las manchas de aceite formaban arcoíris turbios. Sus ojos recorrieron a la subteniente con una lentitud que rozaba la insolencia, deteniéndose en sus curvas antes de fijarse en la silueta de Dionisio, que permanecía como una estatua de piedra tras el parabrisas del coche.

—Hola, otra vez, Silvia —dijo Lope. Su voz era un susurro áspero, curtido por la presión de las cabinas y el aire seco del desierto—. ¿Dos favores en menos de una semana?

Lope dio un paso hacia ella hasta colocarse a escasos centímetros sin pedir permiso. Se inclinó ligeramente con la intención de captar el perfume de la subteniente; aunque ella, después de todo el trajín acumulado, no hubiera tenido tiempo para acicalarse.

—Algún día tendré que cobrarme la deuda, y ya sabes que no acepto transferencias bancarias. Te vendría bien dejarte llevar por alguien que sepa volar alto y lejos de toda esta mierda de la Comandancia, Silvia. Tienes demasiada tensión en los hombros.

Silvia no retrocedió ni un centímetro. Sostuvo la mirada del piloto con unos ojos que albergaban dos láminas de acero templado.

—No he venido a escuchar tu opinión sobre mis hombros, Lope. ¿Dónde está el material?

El aviador suspiró, fingiendo una decepción que ambos sabían que era puro teatro. Se enderezó y, con un movimiento rápido, le tendió un trozo de papel arrugado que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—Sigues siendo igual de encantadora, subteniente —sonrió Lope —. ¿Conoces el desguace de la carretera vieja de Los Barrios, el que tiene la valla de color azul y el perro que no ladra?

—Más o menos.

—Da dos pitidos y, cuando salga el Cojo, dile que vas de parte mía, del tipo que le paga a precio de oro los repuestos de Cessna. Él tiene lo que buscas: dos subfusiles Skorpion, tres Glocks y tres chalecos antibalas. Material checo que entró por el puerto de Tánger. Todo limpio, con los números de serie borrados con ácido. Material mudo y, lo más importante, sin sangre.

Lope le rozó la mano al entregarle el papel, manteniendo el contacto de sus dedos contra los de ella un segundo más de lo necesario.

—Dos favores, Silvia. No lo olvides, porque yo no lo haré.

Donaire subió al coche sin despedirse, cerrando la puerta con un golpe seco que zanjó la conversación.

Silvia condujo hasta el lugar mientras se preguntaba si aquel maldito juego de confidentes y traficantes de armas era una broma absurda del destino: el Manco y el Cojo. Quizá aún les faltaba por conocer al ciego.

En el desguace, la entrega fue clínica: el supuesto mecánico tan solo leyó el papel y escuchó el nombre de Lope; después le entregó una mochila grande, de las de deporte. Silvia le pagó los doce mil euros y salieron de allí quemando rueda en dirección a la galería de tiro de la comandancia.

El Cojo se los quedó mirando sin saber que, pocas horas después, esas armas dejarían de estar tan limpias. Al igual que las almas de los que las empuñaran.

CÓDIGOS

El tiempo en aquel agujero no se medía en horas; se medía en latidos. Laura sabía que cada segundo allí encerrada era una gota de sangre menos en el cuerpo de Luz Marina. La desesperación es un combustible sucio: quema rápido y deja mucho humo, pero obliga a moverse. Había analizado cada rincón de la estancia. Sus ojos estaban acostumbrados a la penumbra. No había vías de escape físicas. La puerta estaba bloqueada; las ventanas, selladas. Su única salida no era algo inanimado: era un ser vivo.

Entre sus captores había uno diferente. El tal Len era fuerza bruta. Lolo, el pequeño, un manojo de nervios. Al otro no lo había visto. Y el cuarto, Víctor, era disciplina. Y la disciplina tiene una grieta: la arrogancia. Él creía tener el control absoluto. La miraba no como a una víctima; la miraba como a un trofeo. Una igual a la que había conseguido enjaular.

Laura se soltó el pelo. No fue un gesto de coquetería; fue una declaración de guerra. Se quitó la manta de encima. En aquel lugar hacía frío y solo vestía una camiseta. Aporreó la puerta. Pidió agua. Víctor entró media hora después. No pensaba obedecerla como si fuera una princesa. El tipo traía una botella y una barrita energética. No se acercó. Mantenía esa distancia de seguridad táctica; esos dos metros que marcan la diferencia entre reaccionar o morir.

—Come —ordenó. Lanzó la barrita sobre el colchón.

Laura no la cogió. Se mantuvo de pie en el centro de la estancia. Le sostuvo la mirada.

—¿Cuánto te pagan por esto? —preguntó ella. Su voz era ronca; era firme.

Víctor soltó una risa seca.

—Lo suficiente. No se trata solo de dinero.

—¿Entonces de qué se trata?

—De códigos.

El individuo se acercó. No olía bien; sin embargo, emanaba feromonas.

—Ah, los códigos. Esa cosa tan masculina —Laura enfatizó la palabra.

—¿Me vas a hablar ahora de feminismo barato?

—¿Barato? Te parece normal que cuatro hombres retengan a una mujer contra su voluntad. No todos los hombres, pero siempre hay uno de vosotros.

Dio un paso al frente. Víctor no retrocedió. Su orgullo se lo impedía. Ella contaba con eso.

—¿Me acusas de machista? Esto es un trabajo.

—No es un trabajo; es un delito. No sé si tienes hijas, mujer o madre. Me gustaría saber qué les harías a los tipos que las secuestrasen. Aunque seguro que no tienes a nadie que te quiera.

Le escupió a la cara. Retrocedió. Víctor se limpió el fluido. Se acercó y la agarró de las muñecas presas por las bridas. Fue un movimiento rápido; fue técnico. Apretaba fuerte. Controlaba las articulaciones. Pero no la apartó. Se quedaron así, conectados por la tensión.

—Quítamelas —rogó ella.

Él sonrió.

—No soy idiota. Sé lo que intentas —dijo con voz baja.

—¿Ah, sí? —Laura se pegó a él. Cuerpo contra cuerpo; cadera contra cadera—. Yo también sé cosas.

—¿Qué cosas?

—Llevas mirándome desde el principio. No como un carcelero. Me miras como si quisieras saber si muerdo.

Víctor resopló. La atracción estaba ahí. Era el reconocimiento de dos depredadores en la misma selva. Soltó sus brazos y le agarró la nuca. La obligó a mirar hacia arriba. Sus dedos se enredaron en el pelo sucio.

—Muerdes —afirmó él. Acercó su boca—. Y eso es lo único interesante de todo esto.

Laura no se apartó. Al contrario; se arqueó hacia él. Sus manos engrilletadas se movieron por la entrepierna de Víctor. Rozó la tela del pantalón. Buscaba la dureza. Era supervivencia. Si conseguía llevarlo al suelo, si lograba que bajara la guardia un segundo y soltara su peso, le alcanzaría la tráquea con los pulgares. Víctor la besó. Fue un beso duro; fue posesivo. Sabor a sangre y rabia. Laura respondió con intensidad. Dejo que él creyera que había ganado; que la había domado. Sintió la mano de Víctor por su espalda. Ella lo rozaba con las manos atadas.

—Quítame las bridas.

Estaba cruzando el umbral. El soldado dejaba paso al hombre.

De repente, el mundo giró. Víctor la empujó. Laura tropezó y cayó sobre el colchón viejo, que le había sido devuelto desprovisto de todo muelle. El golpe le sacó el aire. Víctor estaba de pie. Respiraba agitado. Se pasó el dorso de la mano por la boca húmeda. En sus ojos ya no había deseo. Se ajustó la chaqueta. Había notado un movimiento extraño en la mano de ella. Quizá quiso someterlo. O quizá su instinto le gritó que aquello era demasiado fácil.

—No soy idiota —dijo con desprecio—. Buen intento. Casi me lo creo.

Laura se incorporó sobre los codos. Se limpió la boca. No iba a suplicar. No iba a fingir vergüenza.

—Eres un hombre, Víctor. Solo eso. Un hombre básico.

Víctor sonrió. Esa expresión dio más miedo que una amenaza.

—Soy un hombre, sí. Y tú una mujer. Soy lo suficientemente profesional para saber que estás desesperada. Harías cualquier cosa por tu hija. Follarme o matarme.

Se acercó a la puerta. Recuperó la compostura. Volvió a ser un muro de hormigón.

—No vas a salir de aquí usando tu cuerpo como llave maestra —sentenció—. Con Len quizá habría funcionado, pero preferiste asfixiarlo. No has elegido bien la presa.

—Eres un hijo de puta. Mi hija se muere y me hablas de códigos. Te atreves a juzgarme.

—Lo siento por la cría, créeme. Pero si te libero, mi vida se acaba. Soy un hijo de puta, sí; pero te has equivocado en algo: fuera de aquí sí hay personas que me quieren.

—¿Y saben cómo pagas la comida y las facturas?

El tipo resopló. Se puso las manos en las caderas.

—Si vuelves a acercarte, me dan igual las órdenes: te rompo los dos brazos.

Se largó. El portazo retumbó en la habitación. Laura se quedó sola con el sabor de Víctor en los labios. Había gastado su última bala. Y había fallado.

RUEDAS RAJADAS

El sargento de la Guardia Civil Arturo Altozano salió del portal ajustándose la gorra reglamentaria con un gesto mecánico. Aquel día tenía que madrugar de más porque tenía un encargo extraordinario de la Comandancia. El benemérito caminaba despistado y somnoliento sin saber que el día anterior, en otra comandancia a cuatrocientos kilómetros de allí, unos compañeros habían rebuscado en su ficha policial hasta saber su dirección y los vehículos que estaban a su nombre.

Cáceres a esas horas olía a granito húmedo y a churro recién hecho. Arturo, un cincuentón de uno setenta y con una ligera barriga, llevaba un maletín de cuero en una mano que le otorgaba un aire de médico de los antiguos, y en la otra mano portaba las llaves de su coche particular. No esperaba que el mundo se le desmoronara en un callejón a escasos metros de su vivienda.

Llegó a su Peugeot. Se detuvo en seco. El coche estaba escorado hacia la derecha, hundido como un animal herido. El sargento soltó un bufido que se convirtió en vaho denso. Se agachó. No era un pinchazo accidental; los cortes en los flancos de las dos ruedas derechas eran limpios, quirúrgicos, obra de una hoja de acero al carbono.

—Me cago en todo lo que se menea —protestó—. Serán hijos de…

Se incorporó para sacar el móvil, pero una sombra se despegó de la pared. Dionisio apareció con la parsimonia de un espectro. Llevaba una chaqueta gastada y las manos en los bolsillos. Sus ojos, fijos y sin brillo, detuvieron el gesto del oficial.

—No llame todavía, jefe —dijo Dionisio. Su voz era un susurro de lija—. Tenemos que hablar de un cambio de planes.

El sargento amagó con echar mano a la funda, pero Silvia, con gorra, gafas de sol y mascarilla, apareció por su flanco izquierdo.

—Haga usted el favor de entrar en el vehículo —dijo mientras le apuntaba con una Glock.

Al sargento le sonó extraña aquella voz. Tragó saliva. Ya no eran los tiempos de la lucha armada, del terrorismo del tiro en la nuca. Él era un simple sargento con labor administrativa y algún encargo especial como el que tenía en ese día. Decidió obedecer porque era su mejor baza para salir con vida de aquel entuerto. Si sobrevivía, ya averiguaría lo que ocurría. La subteniente lo desarmó y lo metió en su propio vehículo, en el asiento del copiloto.

Dionisio se puso en el del conductor y Silvia accedió por detrás.

—Necesito que escriba a su compañero; dígale que tiene un problema familiar muy grave. Que ha contactado con la central y que le van a mandar un reemplazo.

El guardia abrió la boca y comenzó a entender. Al parecer, el tipo al que tenían que trasladar al juzgado no debía de ser un mindundi, sino alguien importante capaz de organizar aquella retención a un agente de la ley. Se iba a cagar en los muertos de quien hubiera decidido que el protocolo para aquel recluso eran simplemente dos guardias: un veterano aburrido y un novato imberbe.

—¡Hágalo ya! —exigió Silvia.

El tipo se sobresaltó.

—Voy, voy, tranquilo.

El modulador de voz que había usado alguna vez para comunicarse por teléfono con algún confite sospechoso y no revelar que era mujer, le seguía funcionando. El sargento tomó su teléfono y obedeció. Silvia le pidió que se lo enseñase a Dioni. El veterano miró a la subteniente y asintió. Ella le hizo un gesto con la cabeza y él abandonó el coche.

—Ahora nos va a acompañar a un sitio.

—¿A dónde?

—Sargento, deje las preguntas para mí.

—Tengo dos hijas.

Silvia sintió una náusea en el estómago. Aquel hombre, con esa frase, le estaba rogando por su vida. Ella había cruzado un límite del que no sabía si podría volver. Ya lo había cruzado más veces con Adrián, pero una cosa era atropellar sin compasión a un policía corrupto, cargarse a guerrilleros que no tenían respeto alguno por la vida, y otra cosa era lo que estaba haciendo en ese momento.

—Si obedece, cenará con ellas esta noche.

El agente de la ley tragó saliva. Al instante, un coche frenó a su lado. Silvia le pidió al guardia que saliera y se introdujera en el asiento de atrás. Al volante estaba Dionisio. Nada más entrar al vehículo, Silvia engrilletó al sargento y le puso una capucha en la cabeza. El picoleto repitió que era padre de dos hijas.

Salieron de allí con un leve rechinar de ruedas y con la esperanza de que al otro lado de la ciudad todo saliera como esperaban.

DILIGENCIAS

Adrián se bajó del taxi y recorrió a pie los doscientos metros que lo separaban de la Comandancia de Cáceres. Allí, en la puerta, se encontró con el furgón y con el que debía de ser el guardia Espada.

—¿Néstor? —preguntó Adrián, que iba de perfecto uniforme benemérito. Solo le faltaba el tricornio.

El guardia lo miró y sonrió. Le estrechó la mano. Adrián le entregó la notificación del juzgado para trasladar al recluso a la Audiencia de Cáceres. Él mismo llevaba una igual. La habían falsificado el día anterior, aunque no hubiera sido necesaria, ya que el guardia Espada asintió al ver los galones del cabo mayor.

—Me vas a perdonar el retraso, pero llevo poco tiempo por aquí. ¿Nos vamos ya?

—Claro, claro. ¿Quieres conducir?

—No, no; tú conocerás esto mejor que yo.

El guardia afirmó, orgulloso. Él era natural de Cáceres y se jactaba de haber conseguido plaza en su propia ciudad. No es que fuera el primero de la promoción, sino que su tío era el coronel de la Comandancia y, claro, eso también influye.

Cuando se subieron al coche, Adrián notó el olor a vetusto. Se trataba de una vieja Renault Traffic con una jaula en la parte posterior y dos asientos de copiloto. Le entró la duda de si en la cárcel se subiría otro compañero más y tendría también que neutralizarlo. Esto le produjo un mayor desasosiego.

El guardia Espada, un veinteañero repeinado y sin apenas pelos en la cara, se sentó al volante. Arrancó aquel trasto y se incorporó a

la circulación sin dar el intermitente. Recorrieron las calles de Cáceres, que en aquellos momentos se desperezaba, y tras unas cuantas rotondas llegaron a la prisión provincial. Adrián tomó aire y eso no pasó desapercibido para el guardia.

—¿Le pone nervioso la cárcel, mi cabo?

Adrián, al sentirse pillado, reculó como pudo.

—La verdad es que me ha entrado tiritera; ¿te importa si pongo la calefacción?

—No funciona; ya sabe cómo estamos de recursos.

El cabo mayor asintió y procuró no dar más muestras de nerviosismo. Llegaron a la barrera de entrada; otro guardia les dio el alto.

—¿Qué pasa, Espada? Tienes cara de haber follado anoche —dijo el que los recibía.

—Se hace lo que se puede. ¿Y tú? ¿Cómo vas con la pepinillo?

—Me está costando, me está costando.

—Pico y pala, amigo; pico y pala.

Néstor Espada le entregó la documentación al guardia del acceso y este, tras revisarla, miró en el interior del coche. Adrián consultaba el móvil.

—¿Y el sargento?

—Le ha pasado algo a una de sus hijas. Me han mandado al cabo mayor como sustituto.

El guardia se cuadró y saludó a Adrián, que le devolvió el saludo militar.

—Adelante; doy orden para que saquen al recluso.

Adrián giró su cabeza hacia la ventanilla para resoplar sin que el guardia Espada advirtiese su sofoco. Cruzaron la barrera y aparcaron en un estacionamiento pegado al complejo carcelario.

—¿Fuma, mi cabo? —dijo Néstor ofreciéndole un cigarrillo. Adrián negó con la cabeza—. Pues con su permiso, me salgo a echar un pitillo mientras nos traen al preso.

Adrián consultó el móvil de nuevo. Le temblaban las manos y no era capaz de controlarlo. Ya tenía el visto bueno de la subteniente; ya estaban en la posición indicada. De pronto, unos nudillos golpearon en el cristal y el cabo se sobresaltó.

—Mi cabo, ya nos traen al preso.

Adrián asintió. Había llegado el momento. Salió del vehículo y se ajustó el traje. Se caló bien la gorra con la falsa esperanza de que no lo reconociera. No hubo suerte.

En cuanto Alberto de Miguel salió, esposado, de las instalaciones carcelarias, alzó la vista y clavó sus inquietantes ojos en los del cabo Trovado. Era como si lo hubiera olido. Como si pudiera percibir su miedo. Dos funcionarios de prisiones, escoltados por otro guardia civil, lo llevaban cogido de cada brazo.

—Mi cabo, ¿las diligencias? —preguntó Espada.

Adrián titubeó.

—Hágalas usted, Espada.

—¿Yo? Nunca lo he hecho solo.

—Seguro que ha visto al sargento hacerlo muchas veces.

El guardia sonrió. Se sintió orgulloso de que el cabo mayor confiara en él y se dirigió hacia el interno. Le preguntó por su estado de salud, a lo que el ginecólogo contestó con sorna que, precisamente, él era médico y sabía perfectamente cómo estaba. Espada procedió al cacheo de seguridad, le retiró los grilletes del centro y le puso los suyos propios, los de la Guardia Civil. Después; junto con los funcionarios, realizó el cotejo de la documentación. Una vez terminada la transferencia de custodia, entre el guardia de la prisión y el guardia Espada lo metieron en la celda trasera de la furgoneta.

Adrián sudaba. Si ese otro guardia se metía en la parte trasera para acompañar al preso, como marca el protocolo en traslados de alta seguridad, todo el plan se iría al garete. Sin embargo, al ser un traslado ordinario a los juzgados y contar con la mampara blindada de la Renault Traffic, lo habitual era que solo dos guardias fueran delante. De Miguel, antes de agachar la cabeza para entrar al furgón, lo miró y curvó sus labios hacia arriba en lo que pretendía ser una sonrisa.

Los dos guardias accedieron con él al interior del furgón y durante unos segundos se escucharon los chasquidos metálicos de los cerrojos de la jaula. Tras un interminable minuto, salieron los dos y el guardia de la prisión estrechó la mano de Espada.

—Buen servicio —dijo mientras se cuadraba mirando a Adrián.

El cabo le devolvió el saludo, giró sobre sus propios talones y exhaló un aire que salió con más dióxido de carbono del que un neumólogo recomendaría.

Se metió en el coche al mismo tiempo que lo hacía el guardia Espada, que encendió el motor, maniobró para dar la vuelta y se encaminó a la salida. Allí los esperaba el último control, con la barrera bajada. El furgón se detuvo, Néstor bajó la ventanilla y le entregó, otra vez, la documentación al guardia de la entrada. Este la revisó, le echó un vistazo a todo el furgón rodeándolo y tocó la ventanilla de Adrián. Este la bajó y el guardia le entregó la carpeta con la documentación que acababa de firmar. En ese momento los ojos de los dos guardias se cruzaron. Adrián reconoció al chaval que le dejó acceder a la prisión dos días atrás. Se estremeció porque el chico se quedó muy serio. No lo había reconocido a la entrada y en ese momento pensó que todo se había acabado.

EXTRACCIÓN

Adrián miraba lo que el guardia le ofrecía sin decir ni hacer nada.

—Mi cabo, la carpeta —le pidió Espada.

El guardia del control de acceso le tenía tendida la carpeta, aunque Adrián no la había cogido. Por fin la tomó y el guardia se cuadró y saludó. El cabo le devolvió el saludo.

Abrieron la barrera y salieron de la prisión. Adrián tosió para disimular su estado de nervios. Tosió con fuerza, sintiendo el peso del metal en su cintura.

—¿Se encuentra bien, mi cabo?

Él tan solo levantó la mano cerrada con el pulgar apuntando al techo.

El guardia Espada tomó la rotonda en dirección al centro de Cáceres. Siguió por las rondas de acceso a la ciudad y giró a la izquierda camino de la circunvalación. Una vez ahí, Adrián sacó despacio la Beretta de la funda, procurando que Néstor no se fijase. Cuando la tenía casi fuera, un golpe en la parte trasera lo distrajo y por poco se le cae de las manos.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó Néstor.

Adrián miró hacia atrás, descorrió la ventanilla que impedía al recluso ver la cabina delantera y se encontró con los ojos de Alberto. Se arrugaron en una muestra clara de que sonreía. El cabo mayor tragó saliva, volvió la cabeza y apuntó con cuidado a las piernas del guardia Espada.

—En la siguiente rotonda, gira a la izquierda —pidió.

—Mi cabo, por ahí no es.

—Haz lo que te pido, por favor.

El guardia desvió la mirada de la carretera y se fijó en la Beretta del compañero apuntándolo.

—¿Se ha vuelto loco, mi cabo?

—Tranquilo. Te estoy apuntando a las piernas. Si te pones farruco y no obedeces, te llevarás un tiro en la rodilla. No te matará, pero te puede dejar cojo para toda la vida.

El guardia no entendía nada de lo que estaba sucediendo. En la parte trasera se escuchó algo que podía ser una risa.

—Gira a la izquierda y sube a la Montaña. Ya.

Estaban prácticamente en la rotonda de acceso a la montaña de Cáceres y el guardia temblaba. Estaba confuso, con miedo, con rabia.

—Está bien, está bien, pero estate tranquilo, ¿eh?

—Estoy tranquilo. Lamento mucho que esto te haya sucedido a ti. Te garantizo que no te va a pasar nada. Soy compañero de verdad. Necesito al recluso, es una situación de vida o muerte. Créeme. Cuando seas padre, lo entenderás.

—¿Y mi sargento?

—Está bien, no te preocupes. Te repito que soy compañero de verdad. Aunque por poco tiempo… —Adrián dijo esto con la tristeza del que sabe que su vida acaba de cambiar para siempre.

Llegaron al punto de extracción.

—Desvíate por ese camino.

El guardia obedeció y giró para tomar un camino pedregoso en el que la furgoneta se movía de un lado a otro con aparente fragilidad. Llegaron a un pequeño claro en el que se encontraba el Land Cruiser de Adrián. Allí esperaban tanto la subteniente, oculta por gorra, gafas de sol y mascarilla, como Dionisio, con la cara descubierta, sin miedo a las consecuencias.

El furgón se detuvo.

—Pon tus manos en el volante.

—¿Qué?

Adrián le mostró las esposas al guardia, que entendió y obedeció. Una vez esposado, le quitó su Beretta. Miró a Dionisio y asintió con la cabeza. Del coche sacaron al sargento, encapuchado.

—Joder, ¡qué estáis haciendo! Te vas a buscar una ruina si es verdad que eres compañero.

—Ya lo sé —respondió Adrián.

Sin decirle nada más, le puso una capucha en la cabeza y salió del vehículo, ignorando los gritos del guardia Espada. Se apartó para que Silvia pudiera meter al sargento en el asiento del copiloto. Una vez dentro, Adrián fue por el lado del conductor y le pidió al sargento que extendiera los brazos. Los tomó y lo engrilletó también al volante con las propias esposas del oficial.

—¿Mi sargento? —gritó Espada.

—Sí.

—¿Está usted bien?

—Sí, ¿y tú?

—Hagan ustedes el favor de callar y escúchenme —ordenó Adrián —. Dentro de una hora daremos aviso para que vengan a buscarlos. Les dejo las cacharras y las llaves de los grilletes en la parte trasera. Lamento mucho lo sucedido, pero…

—Hijo de puta, sácanos de aquí —gritó Néstor.

—Calla, chaval —susurró el sargento—. Calla y déjales que se vayan; a ti y a mí esta guerra no nos afecta.

—Pero…

—Ni peros ni hostias, cállate.

—Hazle caso a tu sargento, Néstor. Cuando te enteres de mis motivos, quizá lo entiendas. Yo solo puedo pediros perdón y agradeceros que hayáis guardado los nervios. Dentro de poco alguien vendrá a buscaros; recordad a quien venga lo que os he dicho de las armas y de las llaves.

Adrián y Silvia se encaminaron a la parte trasera. Con las llaves que le acababa de sustraer a Néstor, abrieron. Allí se encontraron con un sonriente Alberto de Miguel, esposado y vestido de calle.

—Buenos días —dijo.

Silvia fue la encargada de acceder al furgón. Le quitó el cinturón de seguridad y lo agarró con fuerza del brazo. Cuando salió, el médico se fijó en el paisaje. Desde allí se divisaba no solo la monumental ciudad de Cáceres, sino toda la dehesa que la circundaba.

—Qué bonito es esto, coño.

—Andando —le dijo Silvia.

—Qué elegante va, cabo Trovado.

En ese momento, De Miguel recibió un golpe de revés en toda la boca que le hizo sangre en la cara interna del labio inferior por el choque con los dientes. No se lo esperaba y se quedó bloqueado.

—Escúchame, gilipollas —dijo Silvia, que fue la que propinó el golpe—. Adrián no te puede maltratar por lo que todos sabemos. Pero a partir de ahora no vas a hacer ningún comentario, ninguna alusión a Luz Marina, ni ninguna de tus mierdas. Porque te juro que yo misma te corto la polla para observar cómo te desangras si todo esto sale mal. ¿Me entiendes?

Dionisio sonrió al ver a Silvia ejercer esa violencia con De Miguel.

La saliva de la subteniente, de una altura similar a la del ginecólogo, se estrelló contra su cara. Alberto no respondió. Se limitó a mirar con suficiencia a aquella mujer que se había atrevido a agredirlo. Adrián introdujo las Berettas y las llaves de las esposas en la zona de carga del furgón como había prometido. Después, agarraron entre los dos a Alberto y lo metieron en la parte trasera del coche en el que Dionisio se había puesto al volante.

Adrián se dirigió al maletero. Allí sacó una mochila con ropa de calle. Se cambió allí mismo, a la intemperie, en menos de dos minutos y se sentó en el asiento del copiloto. A su lado, Dionisio le saludó con un gesto de la cabeza. Arrancó el coche. El cabo mayor giró la cabeza y miró hacia atrás. Se encontró con Silvia, pistola en mano, apuntando a De Miguel, al que había engrilletado al tirador superior de su lado del asiento.

—¿En serio me vais a llevar así todo el viaje?

—Dime a dónde vamos y procuraré que se haga lo más corto posible.

—Pon rumbo al sur y avisa a Vidales.

Adrián asintió y Dionisio aceleró; dejó a su lado el vehículo policial en el que acababa de firmar su licencia con deshonor en la Guardia Civil. Le decía adiós a una vida con la esperanza de salvar la única que le importaba en ese momento.

RUMBO AL SUR

Desde el asiento trasero, Alberto de Miguel observaba el perfil de Adrián Trovado con la curiosidad de un crío que observa a un escarabajo pelotero al que está a punto de enterrar con la arena de la playa. El ginecólogo sentía el frío del metal de las esposas contra el tirador del coche, una molestia mínima comparada con la satisfacción de ver la cara de angustia del cabo mayor. El coche avanzaba suavemente, devorando los kilómetros de una Extremadura verde por las últimas lluvias, que daría paso a una Sevilla en las mismas condiciones.

A través de la ventanilla, el paisaje de la dehesa se extendía como un mar de encinas y pradera. Alberto siempre había apreciado la estética de la desolación. Aquellos árboles retorcidos por el viento parecían testigos mudos de una traición que, para él, no era más que una evolución natural de los acontecimientos. Miró a Silvia; la subteniente mantenía la Glock sobre el regazo, con el dedo fuera del disparador pero los ojos fijos en su sien. Ella era el peligro real, el elemento incontrolable que ya le había roto el labio. Adrián, en cambio, era solo un hombre desesperado. Y la desesperación lo hacía previsible.

Cruzaron el Guadiana y el paisaje comenzó a ondularse. Dejaron atrás las tierras de labor de las Vegas Altas para adentrarse en las estribaciones más septentrionales de Sierra Morena. Los olivares del sur de Badajoz, ordenados en filas interminables de un verde ceniza, empezaron a alternarse con las encinas. Alberto disfrutaba del silencio tenso que reinaba en el habitáculo, solo roto por el zumbido

del motor y el siseo de los neumáticos sobre el asfalto de la Vía de la Plata.

El tipo estuvo a punto de dirigirse al guardia civil; sin embargo, prefirió no llevarse otro manotazo de la subteniente. Se limitó a resoplar y a sonreír. Silvia lo miró con desprecio y él notó que tenía ganas de escupirlo. Se llevó la lengua al pequeño corte que le había provocado en la boca y volvió su vista a la ventanilla.

De pronto, un aviso sonoro rompió la calma. El teléfono de Adrián, situado en el soporte del salpicadero, iluminó la cabina. Una notificación de un número oculto.

—Es Vidales —sentenció Adrián—. Manda las coordenadas del sitio.

La ubicación marcaba una zona aislada entre la provincia de Sevilla y el Campo de Gibraltar, una de esas fincas donde el mundo se detiene y las leyes del Estado se diluyen bajo la sombra de los alcornoques. Adrián miró hacia atrás y Alberto asintió.

Dionisio no había despegado los labios en todo el trayecto. Parecía una extensión del propio coche, una pieza más de la maquinaria, como si un robot lo condujera con destreza y obediencia.

El paisaje andaluz los recibió con un calor seco que empezaba a filtrarse por los cristales. El blanco de los pueblos lejanos hería la vista. Pasaron cerca de El Ronquillo, descendiendo hacia el valle del Guadalquivir. Alberto se fijó en cómo el terreno se volvía más abrupto. Cruzaron la SE-30 de Sevilla. Después tomaron la autovía dirección Utrera y, una vez allí, cogieron una secundaria que los llevaría a las inmediaciones de El Coronil.

Tras tres horas de un viaje que al ginecólogo se le hizo corto gracias al placer de ver la degradación moral de sus captores, Dionisio aminoró la marcha para tomar una pista de tierra. Después de cuatro kilómetros pisando grava, y cuando el GPS marcaba poco más de un kilómetro para llegar al punto rojo, Adrián habló:

—Vete parando, Dionisio.

El hombre obedeció sin rechistar.

—No pretenderás que hagamos el resto a pie —protestó Alberto.

Adrián no contestó. Le hizo un gesto a Silvia para que actuara y ella no tardó ni dos segundos en encapuchar a Alberto.

—No me jodas, no me jodas…

—Te callas o te pongo una mordaza.

A unos ochocientos metros se divisaba una finca con una casa blanca en el centro que en su día debió de ser el lugar donde se criaban hermosos corceles andaluces.

—¿Estamos seguros de que es aquí, doc? —preguntó Adrián.

—Vete a la mierda y quítame esto de la cabeza.

—Si sigues así le voy a pedir a mi compi que te ponga la mordaza. No te va a pasar nada por caminar un kilómetro. ¿Me confirmas que Laura está en esa finca que hay más adelante?

—No tengo ni idea. Si Vidales te ha dicho que es aquí, es aquí.

—Andando entonces.

Alberto escuchó cómo el coche se movía, posiblemente para aparcarlo. También escuchó cómo se abría el maletero y ruidos metálicos y de cremalleras. Roces de tejidos y un par de choques de manos.

—¿Nos vamos o qué? No soportaré mucho más esta capucha —protestó el médico.

En ese momento notó cómo se le liberaban las manos de las esposas y del asidero del techo del coche. Sintió alivio al bajarlas y al sentirlas libres. Alivio efímero, ya que lo sacaron del vehículo con un tirón fuerte del brazo para esposarlo de nuevo.

—Como volváis a hacerme daño…

—¿Qué? —dijo Silvia—. Tengo dos hierros aquí cargados hasta arriba. Ya te digo que si esto sale mal, el primero que no lo cuenta serás tú. Menos humos y avanza.

Notó cómo lo empujaban y comenzaban a caminar. Desde la oscuridad no podía divisar cómo el sol se ocultaba por poniente y apenas pudo sentir el frescor de una suave brisa de levante. Un viento que contrastaba con la opresión que se ubicaba a ochocientos metros de allí, donde un abogado debía dar órdenes a un sicario para liberar a una prisionera.

El intercambio estaba a punto de comenzar.

VILLA MAGNA

El Coronil quedaba atrás, una mancha blanca bajo un cielo que se teñía con el color de la sangre vieja. El grupo avanzaba por el carril de tierra compacta, donde el polvo se levantaba al paso de sus botas formando una estela invisible en aquel atardecer.

Adrián abría la marcha y sentía el peso de la Glock de contrabando en la cadera como un ancla. Silvia sujetaba al rehén; su espalda era una línea rígida de tensión, la cara cubierta por una fina capa de calima. Iba armada como si fuera una guerrillera, con otra Glock y una de las Skorpion proporcionadas por El Cojo. La otra la llevaba Dioni, que cerraba la comitiva.

Entre ellos, Alberto de Miguel caminaba con la cabeza encapuchada, pero con una zancada firme, como si conociera cada piedra de aquel camino.

Llegaron a la puerta. Una verja de hierro fundido con un arco que rezaba un nombre más grandilocuente que las ruinas que se erguían detrás: Villa Magna del Caballero. A unos cien metros tras la verja, una construcción de muros gruesos y ventanas pequeñas que en otro tiempo alojó a señores de la tierra y que ahora solo servía de refugio para carroña. Aunque quizá no estuviera claro qué carroña de las dos era peor.

El silencio se impuso una vez que se detuvieron ante la verja. Se miraron los unos a los otros. Sabían que estaban en una situación límite; sin embargo, no era algo nuevo. Menos de dos años atrás se habían visto en algo muy similar. Quizá peor, en una selva amazónica repleta de bichos y guerrilleros de gatillo fácil.

El silencio se rompía únicamente por el crujido de la grava bajo sus pies. Lo habían hablado todo antes de la extracción. Tenían claro lo que había que hacer, y las cacharras solo escupirían fuego si la cosa se torcía.

Entonces, tres figuras se despegaron de la sombra del porche. No hubo saludos. Los captores se posicionaron en abanico, una formación de manual para maximizar el ángulo de tiro. Portaban subfusiles MP5 y alguna CZ de polímero, armas cortas pero letales. Uno de ellos se adelantó, retiró el candado de la verja y abrió la hoja derecha. Con un gesto de cabeza invitó al paso. Una vez que lo hubieron hecho, se situó a su espalda y tuvo la intención de cerrar de nuevo el candado.

—Eh, tú. Deja abierta la puerta —exigió Dioni.

El tipo no se esperaba aquella orden. Miró hacia el porche de la construcción. Víctor asintió. Así que Lolo dejó abierta la verja.

La comitiva siguió caminando hasta que Adrián se detuvo. Silvia hizo lo propio, levantando ligeramente el mentón, desafiante. Dionisio, a la retaguardia, mantenía las manos cerca del cinturón, analizando los puntos de fuga que no existían, y sin perder de vista al sicario que les había abierto la puerta, el cual se situó a sus espaldas con el rifle en alto.

—Buenas tardes. —La voz vino de un hombre de mandíbula ancha y ojos hundidos. Víctor Spenza.

Los otros dos sicarios que tenía a su izquierda y derecha les apuntaban con sus hierros.

Vidales apareció entonces desde el interior de la vivienda con la parsimonia de quien asiste a una firma de escrituras. Su traje de tres piezas era un insulto al polvo que lo rodeaba. Lucía impecable, blindado por una capa de cinismo legalista que le permitía mirar a un cabo mayor y a una subteniente de la Guardia Civil como si fueran mendigos pidiendo clemencia. El tipo peinaba una melena canosa y llevaba unas gafas de Armani que se apoyaban sobre una nariz de yonqui inconfeso de farlopa.

—¿Dónde está Laura? —exigió Adrián.

—Quítale la bolsa —ordenó Vidales.

Adrián tiró de la capucha de Alberto. El médico parpadeó, ajustando la pupila para intentar distinguir todo lo que le rodeaba. Al ver armas por doquier, reaccionó.

—¿Me apuntáis a mí? —preguntó Alberto.

Los sicarios no bajaron las armas. Miraron a Víctor, pero Alberto de Miguel intentó dar un paso al frente, ignorando el cañón de la pistola de Silvia que aún le rozaba el costado. Clavó sus ojos en Vidales.

—Bajad todos las armas ahora mismo —sentenció el abogado.

Hubo un instante de duda. Un segundo eterno en el que el dedo de uno de los sicarios tembló sobre el gatillo. Finalmente, tras una leve inclinación de cabeza de Víctor, los cañones bajaron hacia el suelo.

—Que salga ya Laura —exigió Adrián. Su voz sonó como el roce de dos lijas. No estaba para protocolos ni para exhibiciones de poder.

Vidales se ajustó las gafas antes de hablar.

—La impaciencia es una mala consejera en una negociación, cabo. Primero, las llaves de los grilletes. No podemos permitir que nuestro principal invitado siga luciendo esas joyas tan poco favorecedoras.

—Las llaves se quedan conmigo hasta que vea a Laura salir por esa puerta. Ni un segundo antes —respondió Silvia. Su voz era firme, sin la tiritera de los nervios. Estaba dispuesta a disparar allí mismo si hacía falta.

El abogado suspiró, fingiendo cansancio. Miró a Alberto, que mantenía una sonrisa de suficiencia.

—Nadie se fía de nadie, Marcos —dijo Alberto—. Es lógico. Estos dos han quemado sus vidas por una mujer que los abandonó y ahora tienen que rescatarla. Es normal que estén nerviosos.

Adrián se dio la vuelta sobre sus talones y dio un paso hacia él. El cañón de Víctor y de sus sicarios volvió a subir un palmo, advirtiéndole del límite.

—Cabo, estese usted tranquilo, haga el favor. Cuando termine esto, se miden ustedes las pollas si quieren en privado, pero con todos nosotros lejos de aquí —dijo Víctor ante la estupefacción de Vidales.

—Sacadla. Ahora —repitió Adrián.

El aire se volvió irrespirable. Vidales hizo un gesto a Víctor y él mismo fue el encargado de entrar en aquella vivienda. Desde fuera escucharon el sonido de un cerrojo metálico al descorrerse; resonó en el patio como un disparo. Era el sonido de la última fase del plan. La reunión de los lobos había terminado; ahora empezaba el intercambio de los restos. Adrián apretó los dientes y se acordó de Luz Marina. Pensó en el gotero del que pendía su vida. Sintió una gota él también, en su nuca. En ese instante comprendió que en aquel claro nadie iba a salir ileso, sin importar quién tuviera las llaves o quién pagara las balas.

AVANCE RÁPIDO

El sonido del cerrojo metálico al descorrerse fue el único aviso. Víctor Spenza salió de la vivienda empujando a Laura por el brazo. La mujer caminaba encorvada, con las manos aprisionadas por una brida, arrastrando las botas con un esfuerzo que se le marcaba en los tendones del cuello.

Adrián dio un paso al frente, pero el cañón del MP5 de uno de los sicarios subió un palmo para frenarlo. El cañón negro era un punto fijo que dictaba la distancia de seguridad.

—Primero Alberto —dijo Vidales con voz plana—. Suéltalo.

—Laura primero —replicó Silvia. Mantenía la cacharra sobre la espalda del ginecólogo, con el brazo firme y los ojos fijos en el abogado.

De Miguel soltó una risa breve y miró a la subteniente.

—Señorita, si algún día, cuando pase todo esto, tiene que hacerse una revisión ginecológica, estaré encantado de atenderla.

—Si algún día nos volviésemos a ver, te acordarás de hoy. Y hoy te digo que si eso se produce es porque estás a punto de morir —replicó ella.

Lo único que consiguió es que el médico volviera a reír. Se frotó las muñecas, aún bajo el control de Silvia, y miró a Vidales como quien espera el inicio de una función.

—Déjala libre, Marcos.

El abogado asintió levemente. Víctor empujó a Laura hacia el centro del claro, un espacio de tierra baldía donde la única luz ya era la del porche y la de un vehículo de los captores que uno de los sicarios había dejado encendido minutos antes de que llegasen.

Cuando Víctor cortó la brida, Laura lo observó con detenimiento. Él se dio cuenta.

—Hasta otra, Laura.

—Hasta nunca, delincuente.

Él sonrió, le dio la vuelta y la empujó por la espalda, haciendo que casi trastabillase. Silvia lo imitó y soltó a Alberto de un empujón.

El intercambio se produjo en un silencio absoluto, solo roto por el crujido de las suelas sobre la grava. Laura se cruzó con Alberto. Lo miró. Él le devolvió la mirada. Llevaban más de diecisiete años sin verse, pero ninguno había olvidado ni un solo minuto de sus vidas juntos. Y, sobre todo, ni un segundo del enfrentamiento que casi acaba con la vida de los dos.

Adrián era testigo, como lo fue en aquella ocasión que se saldó con uno de sus cuádriceps seccionado. De Miguel iba a decir algo, pero Vidales lo apremió para que llegase a su lado.

Por su parte, Laura llegó a la altura de Adrián y se apoyó en su hombro como un peso muerto. Él la sujetó por la cintura, notando el calor que emanaba de su ropa sucia y el temblor involuntario de sus músculos.

—Ya la tienes —sentenció Vidales, ajustándose las gafas de Armani con un gesto de desprecio—. Ahora, largo de aquí antes de que el paisaje se vuelva menos amable.

—Que vaya muy bien con esa intervención de tu hija, Laura —dijo entonces Alberto.

Ella lo miró con el mayor de sus desprecios, aunque el nivel de odio que mostraban sus ojos ni siquiera se acercaba al nivel de odio que salía de su corazón.

—Doctor De Miguel —inició Adrián—, lo que le ha dicho mi compañera, tómeselo muy en serio. Si algún día nos volviésemos a ver, sería el día de tu funeral. Lárgate lejos, todo lo lejos que el dinero de tu papá te permita.

—Al menos yo sé que mi papá es mi padre de verdad.

El cielo estaba despejado, pero aquellas palabras sonaron como el mayor de los truenos de la mayor de las tormentas que hubieran pasado por aquellas tierras. Todos percibieron el cambio en el

semblante del cabo mayor, que había levantado su mano unos dos centímetros en dirección a su Glock.

—¿Qué pasa, Adrián? —preguntó Silvia—. Vámonos de aquí ya.

Adrián se mantenía quieto.

—Sí, vámonos —confirmó él.

—Eso, eso, huye antes de que cambie de opinión. Y tú, zorra —gritó señalando a Laura—, me diste la razón.

Vidales lo agarró del brazo para que se callase. Aquella sarta de reproches no podía llevar a ningún lugar bueno. Dioni se acercó a Lolo sin que él se diera cuenta y cogió el cuchillo que llevaba guardado en su bolsillo trasero.

—¿De qué está hablando este enfermo? —preguntó Laura.

Adrián dio un paso atrás y la arrastró con él.

—Te lo follaste a él cuando te aburriste de mí, y cuando te aburriste de él te follaste a otro —insistió Alberto.

Laura se sintió demasiado confusa. Por una parte creía que sabía por dónde iban los tiros; por otra, no sabía a qué venía aquello. Era imposible que él supiese nada. ¿O sí?

—¿No vas a contarle a tu mujercita por qué no eres compatible para donar médula a su hija?

Adrián tiró de ella otro paso más. Laura lo miró a los ojos.

—¿De qué está hablando?

—Eso te lo tendría que preguntar yo, pero ahora mismo solo importa que salgas viva de aquí. Ponte detrás de mí. Y camina hacia atrás sin dejar de mirarlos.

Adrián se situó delante de ella. Giró la cabeza y vio a Dioni muy cerca del sicario bajito, que solo miraba en dirección al médico con su arma baja.

—Alberto, vámonos dentro —exigió Vidales.

—Espera, joder. Ya que no se ha podido cumplir todo el plan, quiero disfrutar de esto.

Silvia se puso a la altura de Adrián.

—No sé qué mierdas os traéis, pero vámonos ya, que este tío se está viniendo arriba y tiene a tres sicarios delante y otro detrás.

—El de detrás no es problema. Si se abre fuego, ruedas y disparas desde el suelo. Y te repliegas reptando hacia atrás hasta esa encina

de tu derecha.

Silvia comprobó que, en efecto, una encina se ubicaba a veinte metros detrás de ellos y a su derecha.

—No me jodas, Adri, no me jodas.

—Yo no te jodo, es ese puto loco.

Laura permanecía atenta a la conversación caminando despacio hacia atrás.

—Dame un arma —pidió Alberto.

—Alberto, déjate de tonterías y vamos dentro. Me has hecho venir aquí y ensuciarme mis zapatos para vigilar que todo salga a la perfección. Y ya lo tengo todo organizado: un lugar para ocultarte hasta que pase el chaparrón y después viajarás a Brasil con identidad falsa. No lo estropees por un ataque de ego —atajó Vidales.

El médico miró con ira a su abogado y con la respiración demasiado agitada. Se giró sobre sus talones y se dirigió a Víctor.

—Tú, dame un arma. —Él lo miró de arriba abajo—. ¿Quieres cobrar? Pues dame un arma.

Víctor masculló algo en italiano que no llegó a los oídos de Alberto. Mientras el tipo desenfundaba su arma, y lejos del alcance de sus ojos, Dioni se colocó detrás de Lolo y le puso el cuchillo en la espalda.

—Ni se te ocurra moverte o te ensarto.

Alberto siguió con su borrachera de soberbia e ira.

—Laura, ¿quién es el padre de tu hija? Porque ese que te está protegiendo con su vida, ese que ha sacrificado su carrera como guardia civil, no lo es.

Adrián llevó su mano a su hierro.

—Adri, en serio, déjalo —pidió Silvia.

—Claro que es mi hija. Tú no sabes lo que es cuidar a alguien. Tú no sabes lo que es amar a nadie. Porque a ti nadie te ha amado. Ni siquiera ella —dijo Adrián en referencia a Laura.

Víctor, con lentitud y procurando que no lo vieran, le entregó el arma a Alberto. Antes de soltarla, la aferró con fuerza.

—¿Estás seguro de esto? Porque si mueres sí que no voy a cobrar. Y yo no te pienso proteger con mi vida.

—Tú procura disparar antes que ellos, así te garantizarás una propina. Vidales te dijo treinta mil, ¿no? Si todo sale bien, te daré seis mil extra.

Víctor torció el cuello. Era una buena oferta. Al fin y al cabo, ellos tenían el refugio de la casa cerca. Len tenía ganas de desenfundar. Carra no tantas, pero sabía cuidarse. Y Lolo… El pobre Lolo no le había hecho daño a nadie. Pero la verdad es que con el extra que le estaba prometiendo y con lo que no cobrase Lolo, andaría cerca de los cuarenta mil. Suficiente para pasarle la pensión de su hija a su ex y desaparecer unos meses.

Laura estaba tan confusa o más que Silvia. Ninguna de las dos entendía nada. Adrián las apremiaba.

—¿Qué está diciendo, Adrián? —exigió Laura.

—Te repito que eso debes saberlo tú mejor que yo. Y que no es momento de hablar eso ahora. Vámonos, ya.

Pero no hubo un ya.

Porque entonces todo cobró demasiada velocidad, como si un padre que no quiere que su hijo vea la escena violenta de una película pulsara el botón de avance rápido.

Solo que aquello no era ficción.

PLOMO

Un disparo les rozó muy cerca. Fue el primero que lanzó Alberto, que no era un pistolero y al que el retroceso lo tiró hacia atrás. La ironía fue que tirarlo al suelo fue lo que le salvó la vida. Porque al mismo tiempo que ese proyectil que disparó él impactaba con el suelo a escasos centímetros de ellos, la hoja afilada del cuchillo de Dioni se clavaba en el riñón derecho de Lolo, que se retorció; lo único que lo mantuvo en pie fue el abrazo por el cuello del veterano. Dioni se adelantó unos metros para usarlo de escudo humano mientras dos proyectiles más, disparados desde el porche, se alojaban en el pecho del inexperto intento de sicario. Lolo murió sirviendo de parapeto orgánico.

Adrián tiró a Laura al suelo y Silvia hizo lo mismo; rodó a un lado y, con toda la rapidez que pudo, levantó su metralleta Skorpion para lanzar una ráfaga que impactó contra las paredes del porche, levantando esquirlas de cal y madera.

—¡A la encina! ¡A la puta encina! —gritó Adrián, arrastrando a Laura por la tierra.

Las balas de los fusiles de Víctor y Len restallaban sobre sus cabezas con un silbido metálico. Adrián y Laura se parapetaron tras el tronco centenario, un escudo de corteza rugosa que empezó a saltar en pedazos bajo el castigo del plomo. A escasos metros, Silvia, protegida solo por el suelo y la noche, intercambiaba disparos con Len y con Carra. Entre ambos disparaban tanto plomo que ella tuvo que recular y esconderse más aún en la negrura de la finca.

Desde el porche, Alberto de Miguel, en el suelo, fuera de sí y con el arma temblando en sus manos, gritaba. Su voz era un eco

histérico que se filtraba entre las detonaciones.

—¡Pregúntale, Adrián! ¡Pregúntale quién se la folló! ¡Leí los informes que te mandaste a ti mismo por correo! ¡Los leí!

Laura se estremecía detrás de Adrián. No solo por las balas que seguían silbando a su alrededor, sino por la confesión excesiva que soltaba por la boca el que fuera su primer marido.

—¡Tú no eres el padre, cabo Trovado, solo eres el imbécil que pagó la factura! —El médico se arrastró hasta la protección del muro del porche y disparó hacia ellos, poseído por una euforia maníaca.

Adrián, pegado a la espalda de Laura tras el tronco, la miró con los ojos brillantes, con lágrimas.

—¡Dime que miente! —le gritó Laura—. ¡Dime que ese hijo de puta miente!

—No miente, Laura. El ADN no lo hace. La que me mintió durante diez años fuiste tú. Diez años.

—¡Adrián, no entiendo nada! —chilló Laura.

—No es muy difícil de entender. Te acostaste con alguien pocos días antes o pocos días después de hacerlo conmigo en París. Cuando todavía creíamos que éramos felices. Seguramente alguien que conociste en aquel campamento de defensa personal al que te fuiste en Polonia, porque, que yo sepa, tu novia Luz Marina no tenía espermatozoides.

A pesar de que el nombre de su expareja muerta la puso en alerta, Laura no lo asimilaba bien. Por un momento las balas no significaban nada para ella. Era como si el mismo padre que había pulsado el botón de avance rápido ahora hubiera pulsado el del mute. Indagó en su memoria; no le fue difícil encontrar lo que buscaba. Abrió mucho los ojos en el momento en el que Adrián la volvió a llevar al suelo. Alguien estaba disparando desde su flanco derecho.

Fue Dionisio el que les dio cobertura y repelió la agresión que venía desde la oscuridad.

Adrián estaba encima de ella. La protegía como le era posible, sin apenas ver las balas que estaban recibiendo por uno y otro lado. Ella lo miró a los ojos.

—Me forzó.

Adrián apretó los dientes.

—Me asaltó en un cuarto de baño y no supe decir que no.

—No me jodas, Laura, no me jodas —Adrián babeó sobre ella esas palabras y las lágrimas le cayeron a ella también—. ¿Cómo que no supiste decir que no?

Dioni había llegado a su lado y había conseguido repeler la agresión.

—No supe, no pude…

—Diez años de lo que creía era felicidad.

—Y lo era, lo era.

—Me mentiste de la peor forma.

—Estaba convencida de que era imposible que no fuera tuya. Lo siento.

—No puedes decir lo siento.

—Al menos yo te he pedido perdón. Tú también tuviste lo tuyo en el pueblo y no me lo has pedido.

—¿Estás comparando un tonteo con el hecho de que Luz Marina no sea mi hija?

—Fue algo más que un tonteo. Con aquel hombre hubo más que flirteo y lo sabes. Con un hombre, Adrián. Eso fue lo que me llevó a huir con ella.

—Y tú con una mujer. Además, no pasó nada auténtico con ese tipo. Así que vete a la mierda.

Adrián se levantó. Se quitó la chaqueta y el chaleco antibalas. Se lo dio a ella y se volvió a poner la chaqueta.

—Póntelo —le ordenó—. Tú, Dioni, no te separes de ella.

—¿A dónde vas? —pidió Laura.

—A acabar con todo esto.

—Dame un arma.

—Solo tengo mi cacharra. Protégete detrás de Dionisio. Que llegues con vida a Sevilla es lo único importante ahora.

Y dicho esto, se escabulló por detrás de la vivienda.

Al otro lado, Silvia se movía reptando en la oscuridad. Había visto los movimientos del porche. El tipo que parecía llevar la voz cantante se había metido en la vivienda junto a De Miguel y al abogado. Los

otros dos pistoleros estaban parapetados bajo el alféizar del porche. Y entonces lo vio. Al más delgado. Se movió hacia el coche que estaba a la izquierda mientras el grandullón disparaba en todas direcciones para cubrirlo. Silvia tuvo que hundir su cara en la tierra para esquivar las balas. A no ser que huyera, allí no iba a durar nada. Así que tomó la mejor de las decisiones: huir hacia atrás.

Detrás del coche, Len recargaba su semiautomática. Escuchó un impacto en el lateral del todoterreno, a su izquierda. Sin duda había alguien en ese flanco disparando. Se puso debajo del coche, tumbado, y miró en esa dirección. Estaba todo oscuro. Así que, por si acaso, lanzó una ráfaga desde abajo. Dado que su rival solo se había protegido antes tirándose al suelo, creyó que así podría alcanzarla. No había otra forma de protegerse: ni árboles, ni rocas, ni nada. Lo que no supo es que así se terminó de delatar. No la vio venir. Cuando recibió el primer impacto en el culo, pensó que un alacrán u otro bicho lo había mordido.

Gritó y se dio la vuelta; se golpeó con el chasis del todoterreno. El segundo impacto le dio en la pierna. Aquello ya no era un alacrán. Volvió a gritar. Quiso maniobrar con su metralleta, pero le fue imposible. No pudo ni ver la cara de Silvia, que lo remató desde apenas diez metros con dos nuevas ráfagas que se le clavaron en la ingle y en el estómago. Dejó de respirar mientras maldecía.

El grandullón creyó saber lo que pasaba, así que se dedicó a vaciar su cargador contra el coche. Silvia tenía ahora dos parapetos: el vehículo y el cuerpo de Len. Usó los dos para protegerse. Cuando Carra decidió pararse a recargar, ella no se lo pensó. Salió a toda velocidad en su dirección y, cuando consideró estar a una distancia idónea, vació el cargador de su Skorpion. El grandullón se acurrucó contra el suelo y contra el pequeño muro hasta que pasó la tormenta.

Cuando lo hizo, sonrió.

—A ti también se te acaban las balas, ¿eh? —se dijo a sí mismo.

Se levantó para disparar, pero la única bala que cruzó el aire fue la de la Glock de Silvia, que se introdujo por el hueso frontal de aquel sicario. Sus más de cien kilos cayeron a plomo sobre una mesa de formica de las de jardín. La destrozó antes de impactar contra el

suelo. La subteniente apuntó en la dirección donde minutos antes estaba Alberto, pero allí no había nadie.

Donaire ignoró que la auténtica amenaza para que el plan saliera bien estaba a escasos metros. Detrás de una encina que había resultado salvadora hasta ese momento.

DISPARO

El estruendo de las ráfagas de Silvia al otro lado de la finca ahogó cualquier otro sonido en Villa Magna. Esa cobertura involuntaria fue todo lo que Víctor Spenza necesitó para rodear la encina por el flanco ciego.

Dioni solo se dio cuenta de que habían perdido la ventaja cuando sintió la boca del cañón de una Sig Sauer presionando la base de su cráneo.

—Suelta el arma y al suelo; muy despacio —susurró el italiano.

El veterano apretó las mandíbulas. Calculó la distancia, la tensión en el dedo del sicario y el ángulo hacia Laura. No había margen. Abrió la mano y dejó caer el arma sobre la tierra seca. Víctor le propinó una patada en la corva que obligó a Dionisio a hincar las rodillas y, de inmediato, desvió la boca de fuego hacia la cabeza de Laura.

Ella no retrocedió. Se apoyó contra la corteza destrozada de la encina, respirando con dificultad pero con los ojos fijos en el sicario.

—Te pagaré lo que quieras —dijo Laura. Su voz no temblaba. No era una súplica por su vida, era la transacción desesperada de una madre—. Lo que te haya prometido Vidales o De Miguel, te lo duplico. Pero tienes que dejarme salir de aquí. Mi hija se muere en un hospital.

—¿Y de dónde vas a sacar tú tantos billetes? Ese tipo me debe cuarenta mil.

—Llevo más de seis años viviendo fuera del sistema. Tengo dinero ahorrado y no está ni debajo de mi colchón ni en una cuenta tradicional —mintió Laura, que a pesar de contar con algunos

ahorros no se acercaba a la cifra que había prometido. Pero necesitaba ganar tiempo de cualquier forma.

Víctor torció el gesto. La lealtad en su negocio se medía en dinero y la oferta era tentadora. Mantuvo el arma alzada, evaluando a la mujer que tenía delante, calculando si una fugitiva destrozada tendría realmente acceso a esa cantidad de dinero.

El tipo se acercó hasta ella, siempre con el arma en alto. Seguía sin oler bien, pero el reflejo de la única luz del porche que había quedado viva la dotaba de un aura de atractivo espectral. Le acarició el pelo. Dionisio hizo el amago de lanzarse a por él. Tenía el cuchillo a buen recaudo en su pantalón táctico. Laura le hizo un gesto para que se estuviese quieto.

—Lo tienes bien amaestrado —dijo Víctor con un gesto de cabeza hacia Dioni.

—Suelo ejercer cierta influencia sobre los hombres que me rodean. Si sigues acercándote, al final me vas a tener que partir los brazos, y así no podré entregarte el dinero.

Spenza sonrió por la ocurrencia. Visualizó la ganancia. De Miguel se había esfumado. Uno de sus sicarios estaba muerto y los otros dos posiblemente también. Hizo cálculos. Ese segundo de cálculo financiero fue su perdición.

Centrado en su avaricia y en su lascivia, no vio una silueta armada surgir de la negrura que envolvía la parte trasera de la parcela. No hizo ruido. Caminaba con la ingravidez de los fantasmas, vaciado por dentro tras el anuncio del ginecólogo delante de todos, movido únicamente por un instinto asesino y primario. No hubo advertencias. No hubo la clásica orden policial de tirar el arma. Adrián levantó la Glock; se encontraba a unos cinco metros del objetivo. Suficiente, a pesar de la escasez de luz. Dudó unos segundos, porque el tipo apuntaba a la cabeza de Laura. Así que dio un pequeño paso más y afinó la puntería. Víctor no lo vio venir. Dos balas se alojaron en su cuerpo. Una en su hombro derecho; la otra, muy cercana, le partió la clavícula. Su arma voló por los aires sin posibilidad de que nadie la disparase.

Dioni saltó sobre él con el cuchillo en la mano. El tipo se desplomó y el veterano cayó de rodillas sobre su estómago. Al italiano le dio

tiempo a mirar un segundo a Laura, que emitió una mueca condescendiente antes de que Dioni le segara la yugular.

Adrián se acercó hasta Laura. Dionisio habló:

—¿Y los demás?

El cabo no respondió. Miró el cadáver y luego a Laura, pero en sus ojos ya no quedaba rastro del hombre que había entrado en aquella finca. Solo había un pozo oscuro y violento.

—Hasta donde yo sé, la casa está limpia —dijo Adrián con una voz mecánica, carente de cualquier emoción—. No hay nadie. Alberto y el abogado han tenido que salir por la puerta de atrás; hay unas marcas de neumáticos. He salido por ahí y he vuelto dando un rodeo. Lo he visto todo desde allí. Has sido descuidado, Dioni. Si no llego a aparecer…

El veterano bajó la vista. Tenía las manos ensangrentadas y limpió el cuchillo en la ropa del difunto Víctor Spenza. Después se puso en pie, sacudiéndose el polvo. Cuando iba a hablar, Laura se adelantó.

—Deja a Dioni tranquilo. Y vámonos cuanto antes —pidió Laura.

—Tengo que localizar a Silvia…

—Silvia ya está aquí —lo interrumpió su compañera, que emergió de la oscuridad. Caminaba encorvada, escaneando los ángulos muertos, con la metralleta aún humeando.

—El grandullón y el otro están fuera de circulación —informó la subteniente, que se detuvo al ver el cadáver de Víctor—. Veo que aquí también habéis limpiado. ¿El médico?

—Tiene pinta de haber huido —contestó Adrián, que se acercó hasta ella para darle un abrazo tibio que no pasó inadvertido para Laura.

Silvia se retiró y lo miró a los ojos, a escasos centímetros:

—Vámonos antes de que alguien llame al 112. Los disparos se han tenido que oír a kilómetros.

El cabo quería preguntarle cómo se sentía. Le acababa de quitar la vida a dos personas y eso es algo que no te deja dormir por las noches. Sin embargo, el tiempo apremiaba. En todos los sentidos.

Iniciaron la retirada. Laura y Adrián encabezaron la marcha; detrás, Silvia y Dioni les cubrían las espaldas por si acaso. Llegaron a

la verja principal, donde la oscuridad de la dehesa parecía ofrecerles por fin una vía de escape. Laura preguntó:

—¿Dónde tenéis el coche?

—A unos ochocientos metros en aquella dirección.

Y entonces todo volvió a precipitarse. No lo vieron venir, no escucharon el motor, solo el suave frenazo de las ruedas contra la grava.

Un todoterreno negro, con las luces apagadas, surgió de la nada y se interpuso violentamente entre ellos y la salida. Los neumáticos levantaron una nube de polvo cegadora.

La ventanilla del copiloto del vehículo bajó de golpe. Una pistola asomó y acompañándola, el rostro de Alberto de Miguel, desencajado y cubierto de sudor. Sostenía la pistola que le había entregado Víctor minutos antes. No apuntó a Adrián. No apuntó a los guardias. Sus ojos, inyectados en un odio enquistado durante casi dos décadas, buscaron directamente a su exmujer.

Apretó el gatillo.

El proyectil impactó en el estómago de Laura con la violencia del odio tanto tiempo acumulado. La fuerza del impacto la derribó de espaldas contra la tierra.

PELOTA DE GOLF

Aunque Dioni y Silvia abrieron fuego, sus balas solo mordieron el aire y levantaron nubes de polvo en la oscuridad. No les dio tiempo a alcanzar el chasis del todoterreno donde el infame ginecólogo había ejecutado su venganza particular. Las luces traseras rojas se desvanecieron entre los olivos como dos ojos del mismo diablo.

Adrián se quedó petrificado, con el arma colgando de la mano como un peso muerto. Había cruzado una fugaz mirada con él justo antes del disparo, un intercambio de odios que lo dejó en tal estado de shock que su mano se negó a empuñar el arma. Se sentía derrotado, humillado y, sobre todo, enfermo de preocupación.

Ya en el coche, la realidad se convirtió en un túnel de asfalto y velocidad. Laura estaba inconsciente sobre su regazo en el asiento trasero. Delante, Silvia pisaba todo lo que daba de sí el acelerador, devorando la autovía de Utrera a Sevilla. La aguja rozaba los ciento ochenta kilómetros por hora. No sacó el rotativo porque no lo llevaban; al fin y al cabo, qué importaba una infracción de tráfico más cuando llevaban el maletero cargado de armas ilegales y varios cadáveres enfriándose a sus espaldas.

Afuera, el silbido del viento golpeaba contra el parabrisas, una resistencia física de la naturaleza que parecía oponerse a sus planes. Pasaban las cuatro de la madrugada y una noche profunda, densa como el alquitrán, se cernía sobre la campiña sevillana y sobre aquel vehículo donde cuatro ocupantes albergaban la desesperación más grande que se podía crear. Los faros devoraban las líneas blancas de la carretera, hipnóticos y urgentes.

Les quedaban solo unos quince kilómetros para llegar a Sevilla y al Hospital Virgen del Rocío, donde la hija de la mujer inconsciente se debatía entre la muerte y la vida. Y se suponía que ese cuerpo casi inerte que Adrián sostenía era la única esperanza capaz de salvarla. Aunque los allí presentes, viendo la palidez de su rostro bajo las luces de las farolas que pasaban fugaces, no lo tenían tan claro.

De repente, un espasmo recorrió el cuerpo de Laura. Pareció devolver una pizca de esperanza al habitáculo cargado de tensión.

—Laura, Laura. —Adrián le dio pequeños golpes en la cara con la intención de despabilarla.

Dioni se giró desde el asiento del copiloto y buscó sus ojos con urgencia. Laura despegó, despacio, sus párpados pesados para encontrarse con la mirada de su inseparable amigo, iluminada intermitentemente por las luces de la autovía.

—Dioni… —susurró ella.

—Sí, Laura, ¿cómo te encuentras?

—Qué mala cara tienes.

El veterano se quedó un momento callado, sin saber bien qué decir, viendo cómo el dolor deformaba las facciones de ella, hasta que la mujer intentó curvar sus labios hacia arriba.

—Pues anda que tú, tendrías que verte.

Laura tosió, un sonido seco que la dobló de dolor. Adrián trató de incorporarla.

—Espera, espera —pidió ella levantando la mano con debilidad. Se giró bruscamente y le dio una arcada—. ¡Una bolsa, por favor!

—Vomita en el suelo, no tenemos bolsas.

Laura no le dio tiempo a terminar la frase a Adrián y vomitó sobre sus botas. El olor agrio de la bilis llenó el espacio cerrado del coche. El cabo no protestó; tan solo bajó un tanto la ventanilla. El viento entró de golpe, helado y cortante, le golpeó la cara y limpió el aire viciado.

Dioni le pasó un pañuelo de papel que a su vez le había proporcionado Silvia, quien conducía impasible, con los nudillos blancos sobre el volante, casi ajena a lo que sucedía a su alrededor, centrada únicamente en no matarse en la siguiente curva.

Adrián, ahora sí, incorporó a Laura, que se dejó llevar como una muñeca de trapo.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Como si me hubieran disparado.

Se miraron a los ojos en la penumbra. Ella no le aguantó la mirada y la desvió hacia el tapizado del techo. Se llevó la mano al vientre y emitió un quejido. Con dedos temblorosos, se levantó la ropa sucia de tierra para mirarse. No le gustó nada lo que vio.

El propio Adrián le había quitado el chaleco antibalas minutos antes y ahora comprobaba los daños bajo la luz de su móvil. El proyectil de 9 mm había percutido con tanta fuerza contra el kevlar que el impacto sobre el estómago de Laura le había producido un hematoma del tamaño de una pelota de golf. La piel estaba roja y amarilla.

—Vamos camino del hospital, ¿no? —preguntó ella, apretando los dientes.

—Claro —respondió Adrián.

—¿Sabes algo de la niña?

—La última noticia que tengo es que está sedada.

—Pues vamos para allá.

—¿Estás bien? —dijo él.

—Duele, pero aparte de eso, todo controlado.

—¿Y si pasamos por urgencias que te lo miren antes?

—Olvídalo, se retrasará toda la donación. Lo mismo la paran. Estoy más o menos bien.

Laura volvió a clavar los ojos en su todavía marido. Él fue en ese momento el que no le aguantó la mirada, vencido por la lógica aplastante de la fugitiva.

En la radio del coche sonaron los pips de las horarias. Eran ya las cinco de la mañana. Los primeros noticieros asomaban por las ondas con voces graves, prometiendo desgracias y desmanes políticos varios, ajenos al drama minúsculo y brutal que viajaba a ciento ochenta por hora hacia la capital hispalense.

Laura quiso hablar, quiso preguntar sobre esa prueba que negaba la compatibilidad de Adrián con Luz Marina y que al mismo tiempo negaba su paternidad. Su mente viajó atrás en el tiempo. Se acordó

de aquel momento en el tren desde Ámsterdam a París. Se acordó de la suciedad que se le quedó incrustada en el alma cuando terminó aquel momento de placer efímero y desdicha perpetua.

Había borrado de su mente todo aquello; estaba convencida o, mejor dicho, se había convencido a sí misma de que Adrián era el padre sin un ápice de duda, para poder sobrevivir. Pero ahora los recuerdos volvían con la fuerza del impacto de la bala: los ojos de Luz Marina no eran grises, y no había nada en ella que le recordase a aquel desgraciado que se voló la tapa de los sesos delante de ella pocas horas después de que la asaltase con hambre sexual en aquel baño. Sí, ella no se resistió, solo le increpó cuando hubieron terminado. Se había tratado de justificar decenas de veces. En ese momento, con el dolor palpitando en el estómago, no encontraba el consuelo. Todo se estaba derrumbando, si es que no se había derrumbado ya. Y lo peor de todo era que Alberto de Miguel se había largado, libre y después de haberla disparado.

Pero todavía quedaba una última antorcha en mitad de la oscura cueva: había sobrevivido gracias al chaleco antibalas que le había prestado Adrián. Y todavía estaba a tiempo de salvar a su hija.

Silvia vio los carteles de Sevilla, tomó el desvío sobre la SE-30 y puso rumbo a la ciudad sanitaria, esquivando el tráfico de los camiones de reparto que empezaban la jornada.

Lo que ninguno se esperaba era el destello azul que rompió la monotonía de la avenida sevillana de acceso al hospital. Un control de la Guardia Civil, con los rotativos encendidos y los conos cortando el paso, les esperaba a escasos metros.

CONTROL

Las luces azules giratorias teñían de un color espectral la fachada de ladrillo visto del Hospital Virgen del Rocío. No era una patrulla rutinaria. Era un despliegue. Tres vehículos de la Agrupación de Tráfico y dos patrullas de Seguridad Ciudadana bloqueaban el acceso a urgencias, convirtiendo la avenida en un embudo infranqueable de conos y chalecos reflectantes.

Silvia redujo la marcha y se desvió por Torcuato Luca de Tena. Aparcó en el primer sitio que encontró.

—Tiene mala pinta, Adri. Quizá nos busquen. ¿Qué hacemos?

—Tú no haces nada. Laura y yo seguimos andando.

—¿Cómo vas a ir andando si ella está hecha polvo?

—No estoy tan mal. Puedo caminar, y no está muy lejos, ¿no?

—Vosotros dos os quedáis aquí —insistió Adrián.

—Pero… —inició Dioni.

—Ni peros ni nada. Esto es solo cuestión nuestra. —Adrián giró los ojos hacia su compañera—. No hemos tomado tantas precauciones para que nada te enmarrone para cagarla ahora.

Silvia arrugó la boca. Quería hablar, aunque no tenía argumentos para hacerlo. Se desabrochó el cinturón con la intención de bajar.

—No te bajes del coche. En cuanto nos vayamos, os largáis. No vaya a ser que estén patrullando y pidiendo documentos a todo el mundo. —Se dirigió entonces a Dioni—. Te recuerdo que tú también estás en busca y captura.

—¿Y qué hago? —preguntó él.

—Silvia te llevará a un hostal. Te puedo prestar algo de dinero…

—Tengo dinero, joder.

—Pues mejor. Pero a partir de ahora tienes que buscarte la vida por ti solo. Vuelve al pueblo, por ejemplo.

—Allí no puedo…

—Me da igual lo que hagas. Silvia… —Adrián se detuvo—. Vuelve rápido a casa, manipula tu móvil, que no esté parado tanto tiempo. Aunque sea sospechoso que no se haya usado desde ayer, solo será un indicio, como todo lo que tendrán cuando te interroguen. No te laves demasiado las manos, que la pólvora de ayer de la galería de tiro nos sirva también de coartada.

—Nada de eso no importa ahora.

—Joder, que sí importa. Si pasa lo peor tú…

—Si investigan bien…

—Siempre puedes decir que te coaccioné. Eso será lo que yo diga si intentan implicarte. Cíñete a lo que hemos hablado desde ayer. Hemos diseñado una buena tapadera —Se acercó a su oído desde atrás—. Si todo sale mal, o mejor dicho, si solo la mitad sale mal…

No quiso terminar la frase delante de Dioni y de Laura, pero ella ya sabía. Ya lo habían hablado.

La subteniente solo asintió, no le quedaban fuerzas para articular palabra sin romper a llorar.

Dioni, por su parte, no dejaba de mirar a Laura. Ella se inclinó levemente hacia adelante y, aunque le dolía, le dio un abrazo sobre el cuello. Al veterano le temblaron la boca y los párpados. Se contuvo de derramar lágrimas.

—Nos veremos pronto, Dioni, y encontraremos una solución —mintió Laura.

—Claro que sí.

Silvia deslizó la mano hacia atrás y miró por el retrovisor. Adrián extendió su brazo y le acarició los dedos antes de apretarle la mano. No se dijeron nada. Entre ellos, esas miradas bastaban para decirlo todo: un cuídate, o quizá, incluso, un te quiero.

Después de esas despedidas sin decir adiós, los padres salieron del vehículo y se perdieron entre las sombras de los edificios cercanos.

Silvia miró a Dionisio.

—Venga, te llevo a una pensión que conozco, aunque está al otro lado…

—No, mi sargento —la interrumpió Dioni—. Y te llamo sargento porque es lo que eras cuando me marché de nuestra tierra. Era lo que te llamaba cuando me diste el alto más de una vez. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, ¿cómo me iba a olvidar?

Veterano y guardia se miraron en silencio. Los dos se sentían piezas secundarias de toda aquella historia; secundarias, aunque importantes.

—Me vas a llevar a un sitio mejor, a un sitio donde volver a delinquir. Solo espero que esta vez me ayudes en lugar de darme el alto. Prometo que no te verás implicada.

Silvia emitió una mueca extraña. Dioni, una sonrisa. No dijeron más y seguramente pensaron, tal y como horas antes: ¿qué importancia tenía un delito más? O dos.

19 DE MARZO

Adrián tiraba de Laura, que caminaba despacio.

—Cuando lleguemos a la puerta, tienes que ponerte lo más firme que puedas. Y cuando hablemos con los médicos encargados de la donación, más. Si detectan el traumatismo, se acabó.

—Pues claro.

La soltó entonces y ella se trastabilló un poco, pero le puso una mano en alto para impedirle que la asistiera. Tosió de nuevo y volvió a sentir una náusea. Se habían arreglado mínimamente en los baños de una estación de servicio antes de llegar a Sevilla, aunque seguían con un aspecto tirando a decrépito.

Encararon la cuesta de urgencias, por donde tratarían de llegar a la planta de oncología, el resto del hospital estaba cerrado y solo podían acceder por allí.

Todo pareció acabar en ese momento.

—Buenas noches. Documentación y motivo del desplazamiento —dijo un guardia joven, con la mano cerca de la funda de su arma.

Antes de que Adrián pudiera sacar su placa, otra figura salió del hospital y caminó hacia ellos. El uniforme estaba impoluto, los galones brillaban bajo la luz de las farolas y la expresión era la de un juez que ya ha dictado sentencia.

Era el brigada Salgado.

El guardia joven se cuadró y retrocedió un paso. Salgado levantó la mano en forma de saludo. Sus ojos recorrieron la palidez mortal de Laura y la desesperación en los ojos de Adrián.

—Buenos días, cabo Trovado —dijo Salgado. Su voz era tranquila —. ¿No debería estar dentro?

Adrián tragó saliva.

—Mi brigada…

—Ni mi brigada ni hostias —lo cortó Salgado, apretando los labios —. ¿Te piensas que soy tonto o qué?

—Salgado, tengo que subir a planta a Laura. Es la madre de mi hija y la donante que necesita. Nos están esperando.

—La madre de tu hija, ¿verdad? —intervino Salgado—. ¿La misma que lleva en busca y captura por Interpol? ¿La misma que tú denunciaste? Joder, Trovado, yo también sé buscar en SIGO, hombre.

—Mi brigada… —Adrián se calló.

—No sé a ciencia cierta qué has estado haciendo; sin embargo, tengo una gran sospecha. Sé que esta mujer debería estar detenida ahora mismo y, sin embargo, aquí la tengo caminando libremente. Y también sé que tú deberías estar preso como ella, después de la que se ha organizado en Cáceres, con una detención ilegal de dos compañeros y la fuga asistida de un preso. Y qué casualidad que antes de ayer estuvieras buscando información en el sistema sobre ese preso y esos dos compañeros… ¿no?

—Solo le pido que nos deje entrar, que se realice la donación y después...

—Me estás pidiendo que prevarique, Trovado —lo interrumpió el brigada—. Me estás pidiendo que deje pasar a un sospechoso de secuestro y a una fugitiva. Sé todo de ti, Trovado. Sé que tu hija también regresó a España de forma clandestina hace dos años y que conseguiste regularizar su situación gracias a un contacto de tu amiga la subteniente. Pero no veo a Donaire por ningún lado ahora para ayudarte.

—Porque ella no me ayuda, mi brigada. Estoy solo en esto. Y solo me voy a quedar si no nos autoriza el paso.

Salgado permaneció impasible. Era el tipo más recto de la Comandancia de Algeciras, un hombre que se afeitaba con el reglamento y desayunaba código penal.

—No solo te voy a impedir el paso, sino que te voy a detener.

—Te lo suplico, Miguel. —La voz de Adrián se rompió—. Te suplico que me dejes ser padre unas horas más. Después, yo mismo te mostraré las manos para que me pongas los grilletes. Pero déjanos pasar. Ella es la donante. Sin ella, mi hija muere hoy. Y si mi hija muere, yo ya estoy muerto, así que te dará igual detenerme ahora o dentro de unas horas.

El brigada Miguel Salgado miró a Laura. Ella le devolvió la mirada, exhausta, y con un hilo de voz susurró:

—Señor, ¿es usted padre?

—Eso no importa, señorita.

—Sí que importa. Si es padre, debería estar hoy con sus hijos.

—¿Y eso por qué?

—Porque hoy es diecinueve de marzo.

DONACIÓN

Laura observaba a Luz Marina a través del cristal de la UCI. Un par de sanitarios le cambiaban las bolsas con suero y medicamentos que la mantenían con vida. La niña estaba sedada, rodeada de máquinas que pitaban con una cadencia impertinente, y su respiración era casi imperceptible. El pecho de su hija subía y bajaba a un ritmo demasiado lento para lo que ella consideraba saludable.

De pronto, una mano en el hombro la hizo reaccionar de forma violenta. Se giró con un resorte defensivo, fruto de la huida, y casi se lleva por delante a la sanitaria que se había acercado en silencio.

—¿Se encuentra usted bien, señorita García? —dijo la enfermera con los ojos bien abiertos y el cuerpo en tensión.

—Sí, disculpe. Me he asustado.

Dos guardias civiles la custodiaban y ella pensó que se la llevaban detenida antes de tiempo; el brigada así había ordenado la vigilancia y, precisamente por eso, los sanitarios no se alarmaron cuando al introducir sus datos en el sistema, vieron una irregularidad en su ficha de la seguridad social.

—No se preocupe, ya está todo preparado. El análisis HLA confirma la compatibilidad total de la donación. Ya hemos iniciado el proceso de acondicionamiento de su hija para que reciba su médula en unas condiciones óptimas. Los resultados del triaje para su donación indican una ligera taquicardia, pero el resto está todo correcto. ¿Tiene problemas de corazón?

—Para nada. Pero ha sido un viaje muy estresante. Imagínese.

La sanitaria se quedó mirando a Laura durante unos segundos, como si quisiera examinarla con sus ojos.

—De acuerdo.

Laura suspiró aliviada. Llevaban esperando casi cuatro horas a la confirmación de la PCR que autorizara la donación. Adrián regresó en ese momento del pasillo con dos cafés humeantes. La enfermera lo vio y, con un gesto estricto de la cabeza, dio a entender que era mejor que Laura no tomase nada antes del procedimiento y menos con esa ligera taquicardia. Él se detuvo en seco. Se bebió los dos cafés negros de dos tragos largos, quemándose la garganta, y estrujó los vasos de cartón con sus manos grandes hasta convertirlos en bolas compactas que arrojó con rabia a la papelera más cercana.

La sanitaria les conminó a esperar allí hasta que les avisaran.

Se sentaron juntos. Sin mirarse el uno al otro durante largos minutos. Laura dio un par de cabezadas. Adrián quiso hacer preguntas. Quiso saber más. No se decidió. Quizá había olvidado su rencor y su odio por las verdades reveladas en el tiroteo. Quizá solo había miedo. Miedo por saber si todo saldría bien y miedo, un terror profundo, por lo que pasaría después.

Adrián miró de vez en cuando a los guardias que no le correspondieron con la mirada en ningún momento. Mejor, pensó.

Después de casi otra hora, les invitaron a acceder a una sala de espera privada, de paredes blancas y luz fluorescente. Los picoletos quisieron acceder, pero los sanitarios les advirtieron de la imposibilidad de hacerlo.

—Tranquilos que no nos vamos a ir a ningún lado —pidió Adrián

Los guardias se miraron el uno al otro y se encogieron de hombros. Al fin y al cabo, Salgado les había dicho que el individuo era compañero.

Ya dentro del vestuario, Laura miró a Adrián y, bajo la luz cruda del hospital, creyó ver en sus ojos a aquel hombre del que se enamoró diecisiete años atrás. En el fondo nunca había dejado de quererlo, a pesar de que le hubiera sido infiel dos veces. O eso se decía a sí misma para justificarse. Se abrazó a él con las escasas fuerzas que le quedaban, buscando un pilar donde no derrumbarse.

No dijeron nada, solo se sintieron el uno al otro, sucios, cansados y rotos.

Una tos de esas forzadas, de cortesía profesional, los interrumpió. Se giraron y vieron a dos sanitarias, una doctora y la enfermera que los había atendido antes, parados frente a ellos.

—No tienen que despedirse, todo va a ir bien. Además, usted puede pasar —dijo la doctora Jiménez mirando a Adrián—. Solo tiene que ponerse un pijama estéril. La compañera les indica ahora el vestuario. Como les dije antes, soy la doctora Jiménez y me voy a encargar de supervisar el procedimiento. Le pondremos la epidural para evitar cualquier molestia y extraeremos la médula de la cresta ilíaca. ¿Estás preparada, Laura?

Ella dudó unos segundos, tragando saliva, antes de asentir.

—Sí, claro.

—¿Seguro? No tienes buen aspecto. Podemos retrasarlo hasta la tarde si necesitas descansar.

—No he dormido apenas, ya le he dicho a su compañera que ha sido un viaje muy duro. Por favor, es mejor hacerlo cuanto antes. Me esperan ahí fuera —hizo un gesto con la cabeza para indicar a los guardias que la esperaban para detenerla lo antes posible.

La doctora la examinó de arriba abajo, notando la palidez cerúlea de su piel y las ojeras marcadas.

—La compañera le trae el consentimiento informado. Los espero dentro.

Los dos agradecieron a la doctora las palabras y Laura firmó el consentimiento con un garabato tembloroso. La enfermera les indicó que la acompañaran y pasaron a un vestuario de tránsito. Era amplio, con taquillas metálicas, y pudieron compartirlo.

Cuando Laura se quitó la ropa sucia y dejó a la vista su vientre, el aire se congeló en la habitación. Adrián se fijó en que el hematoma del disparo había mutado; ya no era solo un golpe en el estómago, había crecido como una mancha de aceite negro y violeta, extendiéndose peligrosamente hasta las costillas flotantes.

—No digas nada. No hay vuelta atrás —atajó ella antes de que él abriera la boca—. Me lo voy a tapar como pueda.

Él se limitó a asentir y a ponerse el pijama azul oscuro. Accedieron a la sala de intervenciones que les había indicado la enfermera, un espacio frío dominado por el acero inoxidable. Laura apretó con fuerza la mano de Adrián y él le correspondió con la misma intensidad para servirle de ancla. Ella sentía que podía desmayarse de un segundo a otro y no debía permitirlo.

Cuando se sentó en el borde de la camilla indicada, suspiró hondo. Había llegado. Ya solo tenía que tumbarse y dejarse llevar.

La enfermera pidió a Adrián que se retirase unos pasos para preparar el campo estéril. Lo hizo y, al mirar hacia otro lado a través de un panel de vidrio, vio a su hija en el box contiguo. Los últimos días la había observado de frente, desde la sala de espera; en ese momento la veía casi de espaldas. Le hizo un gesto a Laura para que la mirase de nuevo. Ella giró el cuello y sonrió con tristeza.

—¿Cuánto tiempo tardará mi hija en notar la mejoría? —preguntó Laura a la doctora mientras le limpiaban la espalda con yodo frío.

—No es posible aventurar un plazo. Primero hay que realiza el acondicionamiento, que tardará al menos tres días. Después, cuando esté todo correcto, procederemos a la donación. Puede que se recupere en unas horas o quizá tarde varios días o unas semanas. Todo depende de muchos factores.

Tres días. Varias semanas.

Laura se vino abajo con ese pronóstico.

Cuando terminaron de colocarle las vías en el brazo y los monitores cardiacos en el pecho, la enfermera autorizó a Adrián a acercarse. Le tomó la mano mientras giraban a Laura para ponerla de costado, en posición fetal, para realizarle la punción lumbar de la epidural y la posterior extracción de médula.

Ella se sujetaba el pijama para tapar el hematoma y, con la mano libre, le aferró los dedos con desesperación.

—Un pequeño pinchazo para la epidural, Laura. Quieta, por favor —avisó la anestesista.

Adrián notó cómo le apretaba con fuerza y emitía un leve gruñido de dolor al notar la aguja penetrando entre las vértebras.

—Todo va a ir bien, Laura. Respira.

Ella lo miró, con las pupilas dilatadas, y le hizo un gesto imperioso para que se acercase más. Cuando lo hubo hecho, ella movió la cabeza para pegar su frente sudorosa a la de su marido.

—Da igual lo que diga el ADN —susurró ella, con una voz que era apenas un soplo—. Sé que no me vas a perdonar y que quizá estas palabras no sirvan de nada. Quizá te pongan de peor humor, pero tú… Tú eres el padre de Luz Marina Trovado García. Te lo repito: da igual lo que digan esos análisis. Tú la criaste, tú la cuidaste y tú tienes que protegerla de ahora en adelante…

El hilo de voz de Laura se fue apagando poco a poco, consumido por el esfuerzo.

—Ya está, la anestesia está haciendo efecto. Ahora relájate y si te quieres dormir, adelante —indicó la doctora, verificando los monitores.

—Laura… —dijo Adrián, con la voz quebrada.

Las sanitarias lo miraron y le hicieron el gesto de ponerse el dedo en la boca para pedir silencio. Él unió su dedo pulgar con el índice para rogarles un segundo más. Se acercó al oído de Laura y le susurró:

—Tú también vas a cuidar de Luz Marina. Tan solo tienes que descansar…

Laura abrió los ojos, vidriosos y llenos de pánico.

—No, Adrián. Hay algo que está mal aquí dentro —balbuceó, llevándose la mano al abdomen bajo la sábana estéril—. Me ha empezado a doler mucho. Por el hematoma debe de haber una hemorragia interna…

—Pues cuando termine el proceso se lo digo…

—Yo creo que ya es tarde. No se te ocurra decir nada ahora, el proceso debe salir bien. Hasta el final.

—Pero…

—Al final el hijo de puta de Alberto se ha salido con la suya en parte. En parte porque queda lo mejor de nosotros. Tienes que jurarme que vas a cuidar de ella.

Adrián tensó los músculos del maxilar hasta que le dolió la mandíbula. Apretó con fuerza los labios y miró a las sanitarias, que le correspondieron con miradas de desaprobación por alterar a la

paciente. Uno de los monitores había empezado a marcar una taquicardia evidente en Laura, con las pulsaciones en valores elevados.

—¿Cuánto dura el proceso? —preguntó él, urgente.

—Una media hora para la extracción. Deberías dejarla descansar. Te hemos dejado acceder, pero creo que ahora deberías marcharte. Creo que la estás alterando.

Él dudó. El instinto le decía que no se separara, pero la medicina mandaba. Se acercó a Laura y le acarició la cara, limpiándole una gota de sudor frío.

—Sí, soy el padre y voy a protegerla yo solo si hace falta, pero tienes que intentarlo.

Las lágrimas de los dos comenzaron a salirse por los párpados inferiores, mezclándose en la despedida. La enfermera le puso la mano en el hombro a Adrián con firmeza. Él acarició la mano de Laura, que perdía fuerza, antes de soltarla.

Se alejó unos metros hacia la puerta y ella pareció relajarse un poco. El monitor cardíaco seguía en valores altos, aunque estable dentro de su taquicardia. Eso duró unos diez o quince minutos más. Después, todo se precipitó.

El monitor comenzó a pitar de forma errática. Laura arqueó la espalda y comenzó a convulsionar sobre la camilla.

—¡Código azul! —gritó la doctora Jiménez—. ¡Necesito el carro de paradas, ahora!

La doctora y las enfermeras se abalanzaron sobre Laura. Invitaron a Adrián a salir de la sala con empujones que no admitían réplica.

—¿La donación está bien? ¿Han podido sacar la médula? —preguntó a la enfermera que lo empujaba hacia la salida, desesperado.

—Creo que sí, hemos extraído lo suficiente, pero no se lo puedo asegurar. ¡Ahora espere ahí fuera!

La puerta se cerró en sus narices. Adrián entró al vestuario tambaleándose. Se quitó el pijama manchado de tensión y se puso la ropa de calle con movimientos mecánicos. Salió al pasillo del hospital, que parecía inmenso y vacío. Los dos guardias seguían allí,

impertérritos. Las lágrimas ya eran un llanto silencioso y sin consuelo.

Se acercó hasta la mampara de cristal donde podía ver a su hija. Pasaron minutos que parecieron horas. Finalmente, la puerta de la pecera se abrió. A ella accedió la misma doctora Jiménez, con el rostro serio. Manipuló a la joven y pidió ayuda a las sanitarias. Después, miró en dirección a la mampara. Lo buscó con la mirada y, lenta, gravemente, le hizo un gesto con la cabeza.

A PRISIÓN

Un año después

La sala de visitas de la prisión de Puerto III olía a lejía barata y a humanidad encerrada, una mezcla que se pegaba a la ropa y al ánimo. Adrián suspiró cuando el funcionario le hizo la señal desde la puerta metálica y le indicaron que por fin podía ver a su hija.

Aunque había hablado con ella por teléfono, no la veía desde la última vez que la observaba tras el cristal del Virgen del Rocío.

¿Qué pasó después de que se marchara casi a empujones de aquel quirófano?

Que la doctora Jiménez salió para darle dos noticias:

La mala fue que la madre había fallecido por una hemorragia interna, posiblemente por rotura del bazo. Hemorragia que se vio favorecida por todo el estrés al que se sometió su cuerpo debido al proceso de donación. La sanitaria preguntó que si él sabía del hematoma previo de Laura y se quedó callado. Se largó diciendo que tenía que informar.

La buena, que le comentó justo antes de irse, fue que habían podido extraer suficiente médula de la madre antes del fallecimiento y que el pronóstico de la chica era favorable.

Poco después de recibir estas dos noticias, a Adrián se lo llevó esposado el mismo brigada Salgado.

Después, fue interrogado a conciencia por el SAI, el Servicio de Asuntos Internos de la Guardia Civil, y el relato que firmó el cabo mayor fue el siguiente:

«Cuando recibí la noticia de la gravedad de la enfermedad de mi hija, me puse en contacto con su madre. Intenté traerla a España por la vía oficial, que fuera arrestada, pero me di cuenta enseguida de que sería imposible traerla por esta vía de forma rápida. Solo teníamos una semana o dos como mucho, según los médicos, eso se lo pueden corroborar en el Virgen del Rocío de Sevilla. Como ustedes saben, por la naturaleza de mi puesto en la EDOA, conozco a "lo mejor de cada casa" en el Estrecho y en el Campo de Gibraltar. No me fue difícil encontrar colaboradores para ayudarme a traerla a la península. Y como ustedes comprenderán, no voy a dar ningún nombre aunque eso me cueste más años de prisión, porque, como se suele decir: de la cárcel se sale, pero del cementerio no. Y si canto, acabaría muerto. Cuando llegó a España, nos asaltaron y se la llevaron secuestrada.

»Hice mis averiguaciones. Pensaba que el responsable podía haber sido un capo de la droga en Colombia con el que Laura tiene un conflicto personal. Llamé al cónsul de España allí, pero este me verificó la imposibilidad de acceder a él, y por consiguiente confirmó mi teoría de que el sistema legal me no me ofrecería garantías rápidas.

»Después, siguiendo una pista, quedé con El Manco, colaborador habitual del cuerpo, y cuando me cité con él me lo encontré muerto en su coche. No di parte porque sabía que me podían incriminar, y en ese momento no me podía permitir ser detenido. Ahora pueden investigar todo lo que quieran, pero no encontrarán ni una sola prueba de mi culpabilidad en su asesinato.

»Ahí fue cuando me di cuenta de que mi teléfono tenía un *spyware* militar; era imposible que los malos supieran todos mis movimientos, y pedí ayuda al GDT. Les pido que sean benevolentes con ellos, ya que simplemente actuaron para ayudar a un compañero al que le habían *hackeado* el teléfono. Allí averigüé que el *hackeo* provenía del bufete del abogado de Alberto de Miguel. Esto se lo pueden corroborar en el GDT de mi Comandancia. Ya saben ustedes, si miran mi ficha y la de Laura, el problema que tenemos con ese hombre. Tan grande que fue él quien orquestó el secuestro de la madre de mi hija, su exmujer y la que todavía era mi

esposa legal cuando falleció. Para liberar a Laura María García, su abogado nos exigió sacarlo de la cárcel, porque pesaban sobre él dos denuncias más por abuso sexual que lo hubieran condenado a otros ocho años de prisión como poco. El abogado organizó una visita al juzgado para declarar por los abusos que se denunciaban.

»Busqué en el sistema SIGO cómo y cuándo se realizaría el traslado y contraté a otros mercenarios para ayudarme. Los dos guardias civiles implicados salieron ilesos y conseguimos hacer el intercambio. Mis mercenarios me aconsejaron quedarme al margen por estar muy implicado emocionalmente, cosa que pondría en riesgo el intercambio. Me entregaron a Laura con un grave problema de salud: un hematoma abdominal al parecer provocado por un disparo del propio De Miguel. Los mercenarios la protegieron con un chaleco antibalas, pero el impacto fue muy fuerte.

»La traje al hospital con la intención de ir a urgencias para que la revisasen, pero ella se negó en rotundo, llegó incluso a amenazarme. Lo único que le importaba era poder realizar la donación a nuestra hija. El resto ya lo saben.

»Soy el único responsable. La subteniente Donaire trató de disuadirme de mis planes cuando se los conté, sobre todo después de acompañarme a la prisión de Cáceres. Le pedí que se apartase y me dejase hacer lo que considerase necesario.

»De lo que me han contado de la matanza que provocó el rescate de Laura no he sido consciente hasta que ustedes lo han mencionado. Yo solo los contraté para ayudarme con la extracción de De Miguel y hacer el intercambio. Soy culpable de la detención ilegal de los dos guardias, de favorecer la huida de un detenido y de traer a una fugitiva a España por cauces ilegales. Pero recuerden que esa fugitiva es mi mujer y que yo mismo fui el que la denunció hace más de seis años. Y, sobre todo, les pido que tengan en cuenta los motivos por los que he hecho todo esto: para salvar a mi hija Luz Marina».

El SAI investigó a Silvia. Los guardias civiles de Cáceres, el Sargento Altozano y el guardia Espada, no pudieron identificarla, estaban convencidos de que habían sido tres hombres. Solo pudieron hallar un par de posicionamientos con Adrián en alguna

visita al Virgen del Rocío y en casa de ambos. También las cámaras de la cárcel le habían registrado en su primera visita. El resto solo eran indicios y suposiciones que el brigada Salgado se encargó de alimentar. Se habían protegido muy bien dejando su teléfono personal en casa en los momentos más tensos y usando el teléfono *culebra* después. Ella también testificó y verificó punto por punto lo que Adrián había testificado y firmado como confesión: que trató de disuadirlo sin que el cabo le hiciera caso.

Adrián Trovado fue juzgado y condenado en un juicio militar a nueve años de prisión por los delitos de detención ilegal, revelación de secretos, encubrimiento y favorecimiento de evasión de un detenido. No le pudieron encasquetar los muertos de la finca Villa Magna ni el asesinato de El Manco.

Dionisio y Silvia se encargaron de hacer una limpieza exhaustiva de la zona por si habían dejado algún vestigio orgánico. Ayudó que quemaran la casa hasta los cimientos con todos los cuerpos de los matones de Víctor Spenza dentro. Así que, para disgusto del brigada Salgado, esos crímenes quedaron impunes.

Los teléfonos *culebra* que Adrián se había agenciado y las armas que compraron al Cojo, que acabaron en el fondo del Guadalquivir, hicieron el resto.

Aquel diecinueve de marzo había amanecido con un sol radiante, de esos de primavera. Y aunque dentro de la cárcel no llegaban sus rayos, a Adrián se le iluminó la cara cuando tres personas accedieron a la sala de visitas del centro penitenciario.

LOS DÍAS DEL PADRE

Silvia accedió a la prisión, cruzando los controles de seguridad y los arcos detectores, acompañada por dos personas. O, mejor dicho, una persona y una personita.

Luz Marina iba de la mano de Silvia, que empujaba un carro de bebé por el pasillo gris del módulo de comunicaciones.

Adrián, nada más ver a las tres figuras cruzando la puerta de seguridad, se emocionó. No podían tocarse más allá de las manos. Así que Silvia sacó del carro a un niño de tres meses de edad y se lo mostró a Adrián. Aquello parecía la escena final de esa mítica película de romanos, y Silvia parecía Varinia frente a los pies de la cruz, mostrando al hijo del condenado.

El cabo, con los ojos inundados en lágrimas, acarició la mano de su bebé y tomó la mano de su hija. Alternaba sus ojos del bebé a Luz Marina y de Luz Marina al bebé. Silvia entregó al pequeño a la joven, que lo cogió con mimo y una sonrisa que iluminó la estancia lúgubre.

—¿Has visto qué guapo es, papá?

Adrián asintió sin poder apenas emitir un sonido.

Se sentaron a la mesa.

—Al final no le habrás puesto Dionisio de segundo nombre, ¿no?

Las dos chicas sonrieron y hasta el pequeño emitió una mueca en lo que el cabo consideró una sonrisa.

—Hija. ¿Cómo estás?

—Bastante bien, la verdad.

—Ya te veo. Me refiero a lo otro.

Una sombra de tristeza apareció en los ojos de la chica al recordar que ese «lo otro» se refería a su madre. Aunque una morisqueta del bebé se la borró enseguida.

—Rafa ayuda mucho en eso. No me deja tiempo para nada cuando estoy en casa.

—No descuides los estudios, ¿eh?

—Ya sabes que no, no seas pesado.

El pequeño Rafael dirigió de nuevo sus ojos hacia Adrián. Nueve meses después de aquel encuentro sexual nacido de la rabia en los días previos a todo el desaguisado que formaron sus padres para salvar a Luz Marina, Rafael Trovado Donaire vino al mundo. Un mundo cruel y sin esperanzas. Pero el único mundo en el que era posible, a veces, ser feliz.

—Yo te veo bastante bien a ti, papá.

—Me pego medio día en el gimnasio, medio día en la biblioteca.

—¿De verdad te vas a sacar Derecho?

—Bueno, sacarlo no lo sé, estudiarlo seguro.

—¿Y tú ya has pensado algo?

—No, y te recuerdo que me queda más de un año para pensármelo, que no voy a sacar todas las asignaturas del año pasado y las de este juntas.

—Vale, vale. Aunque yo confío en ti.

—Te quiero, papá.

—Yo más, hija.

Adrián no les quitaba los ojos a sus dos hijos. Sí, dos, porque ya se lo había dicho Laura poco antes de fallecer: es tu hija, da igual lo que diga el ADN.

En los ojos de la joven encontró los de su madre bajo la luz blanca de la sala. Eran bastante parecidas. Albergaban, quizá, la misma tristeza. Aunque él estaba convencido de que Luz Marina empezaba a remontar. Ahora tenía un objetivo más allá de su propia subsistencia: debía cuidar de su hermano. Al menos mientras su padre estuviera en prisión.

La chica no había podido asistir al entierro de su madre. El cabo mayor tampoco. En realidad solo habían acudido dos de sus amigas

del pueblo y otras dos de Cáceres a las que Adrián había podido avisar. Además de Silvia.

Le hicieron la autopsia y se confirmó que el disparo de De Miguel, aunque amortiguado por el chaleco, le había reventado el bazo. Y como dijo la doctora Jiménez, durante el proceso de donación de médula, todo su cuerpo se había desestabilizado y esa rotura le produjo una hemorragia interna masiva que los médicos no pudieron detener en el quirófano de urgencias. Aunque el proceso de donación había sido un éxito, ella no pudo superarlo. ¿Habría sobrevivido si la hubieran intervenido a ella en lugar de realizar la donación? Ningún médico lo pudo afirmar ni desmentir. Así que Laura María se fue tranquila, con la idea de que había dado su vida por su hija. De forma, esta vez, literal.

El entierro fue rápido y triste, bajo una lluvia fina. Y los restos los enterraron junto a los de su madre, la señora Rodríguez, en el cementerio municipal de Cáceres.

—Tiene razón tu hija, te estás poniendo más mazao que de costumbre, y eso ya es mucho decir.

Silvia le tomó la mano y se sonrieron el uno al otro, ignorando los muros que los rodeaban.

—¿Es bueno? —dijo Adrián señalando al niño.

—Bastante. Le doy una toma antes de dormir, y solo me pide otra a las seis horas. Así que con eso, y con la siesta que me echo cuando llega Luz Marina a casa, voy bastante bien. Tengo una amiga que también fue madre hace poco y me cuenta que su hijo apenas le dura dormido cuatro horas. Así que me doy con un canto en los dientes.

—Me alegro.

Silvia miró a las cámaras de seguridad que parpadeaban en las esquinas del techo y tosió. Se mantuvo el puño en la boca para hablar en susurros.

—Nuestro amigo ha cruzado el charco.

Adrián abrió mucho los ojos.

—Ten cuidado.

—Que lo tenga él.

Se miraron mientras se acariciaban las manos. Y a Adrián le entraron unas ganas tremendas de solicitar un vis a vis en ese mismo instante. Ella pareció leerle los pensamientos en sus ojos brillantes y sonrió ruborizada

Silvia se había convertido en la matriarca de esa familia. A eso se refería Adrián cuando, tiempo atrás, le pidió que si la mitad del plan salía mal, cuidara de la mitad que salía bien. Que él acabara en la cárcel y Laura muerta era el precio ineludible de esa primera mitad. A la parte que se salvó, Luz Marina, se había sumado un tercero, el pequeño Rafael. Y la subteniente estaba dispuesta a conservar a esa familia a toda costa.

Eso incluía mantener la mentira sobre la paternidad de Adrián. Había sido un acuerdo entre ambos, y estaban seguros de que Laura lo aprobaría. A veces los padres mienten a los hijos con tal de protegerlos. Y aunque eso no sea del todo correcto, es necesario. O eso se decían a sí mismos.

Después de unos minutos más de charla y de roces con las manos, se despidieron los tres de Adrián, que miró a los funcionarios de prisiones y al verlos despistados, se acercó a su bebé y le dio un beso en la frente. Después le dio otro a Luz Marina en la mejilla y para finalizar un fugaz beso en los labios a Silvia. Nunca lo había hecho delante de su hija, pero ya era hora de ello. Luz Marina sonrió y el bebé emitió un balbuceo que hizo sonreír al padre.

El calendario marcaba el diecinueve de marzo, otra vez.

Dos Días del Padre consecutivos en los que Adrián Trovado había podido disfrutar, aunque por un breve espacio de tiempo, de sus dos hijos.

EPÍLOGO

El calor húmedo de São Paulo se pegaba a la piel como una segunda capa de ropa incómoda, incluso de noche. Alberto de Miguel metió la llave en la cerradura de su apartamento en el barrio de Jardins. Había pagado una fortuna por aquel refugio, una fortaleza de seguridad privada y anonimato comprada con el dinero que había heredado de su padre. El mismo dinero que le permitió orquestar todo el operativo que culminó con el desastre de Villa Magna.

Se sentía relativamente seguro. Había pasado más de un año. Nadie lo había seguido. Y lo más importante: Marcos Vidales, el hombre que orquestó su ruta de escape y conocía sus cuentas en las Islas Caimán, le había mandado un mensaje en el que aseguraba que Trovado se pegaría muchos años a la sombra.

Abrió la puerta y el chorro de aire acondicionado que programaba a diario le golpeó la cara. Entró, cerró con doble vuelta y soltó las llaves en la consola de la entrada.

Caminó hacia el salón y fue entonces cuando las vio.

En el suelo de mármol travertino del pasillo, perfectamente alineadas como un sendero macabro, había media docena de fotografías impresas en papel de alta calidad.

Alberto frunció el ceño. Su servicio de limpieza era meticuloso y caro. No dejaban cosas tiradas. Se agachó y cogió la primera foto.

Distinguió el rostro de Marcos Vidales saliendo de su oficina del centro de Madrid. La imagen estaba tomada con un teleobjetivo potente, granulada pero nítida.

Alberto avanzó un paso y recogió la segunda. Vidales de nuevo. Esta vez en lo que parecía un callejón o una nave industrial. Estaba de rodillas, con la camisa desgarrada y la cara convertida en una máscara de sangre y contusiones. Le faltaban varios dientes y un ojo estaba cerrado por la hinchazón.

El corazón de Alberto empezó a martillear contra sus costillas. Sus manos sudorosas mancharon el papel satinado.

Dio otro paso, temblando, hacia la tercera imagen. Vidales ya no sufría. Estaba tendido boca arriba en el suelo de un almacén abandonado. Su garganta era una sonrisa abierta y profunda de oreja a oreja. El charco de sangre negra en el que flotaba su cabeza era inmenso, casi artístico en su brutalidad.

Alberto soltó las fotos como si quemaran. No se agachó a ver las que restaban y retrocedió instintivamente hacia la puerta. Lo habían localizado.

—Ni se te ocurra gritar, doctor.

La voz vino del salón, profunda, rasposa y con un acento español que Alberto no reconoció.

—¿Quién eres? ¿Y cómo has entrado aquí?

Dionisio estaba sentado en el sillón de cuero blanco de diseño italiano. La imagen era incongruente y aterradora. El veterano vestía ropa oscura y funcional, pero lo que heló la sangre del médico fueron los detalles: llevaba unas calzas de plástico azul de quirófano cubriendo sus botas, unos guantes de látex apretados en las manos y un gorro ajustado. No había venido a dejar huellas.

—No diría «cómo», sino «con qué». Con algo que tú mismo vas a mencionar en un instante.

En su mano derecha descansaba una pistola con un supresor sónico largo y grueso roscado al cañón. Le apuntó.

—¡No! ¡Espera, tengo dinero! Te pago lo que me pidas —gritó Alberto, levantando las manos, intentando negociar con un fantasma que había cruzado un océano para encontrarlo.

Dioni sonrió.

—¿Ves? Te ha faltado tiempo. La verdad es que con dinero se consiguen cosas —Dionisio no alteró el tono de voz—. Con dinero, que por cierto me prestó tu amigo Adrián, pude pagar a un moldavo

en Madrid para que le hiciera ese estropicio a tu abogado. Con los euros que le sacamos a Vidales conseguí llegar a Brasil, y con ese mismo dinero he entrado aquí, pagando a quien se supone que te tiene que cuidar… Y dinero me ofreces tú para salvar el pellejo.

Dionisio ni siquiera parpadeó. Un soplido metálico, parecido al de una grapadora neumática, rompió el silencio del apartamento.

Alberto sintió como si un bate de béisbol invisible le golpeara la rótula derecha. El hueso estalló. No hubo tiempo para procesar el dolor antes de que su pierna cediera y cayera al suelo aullando, agarrándose la rodilla destrozada de la que brotaba sangre oscura sobre el mármol.

El veterano se levantó del sillón con velocidad y le puso una mordaza de cinta americana para que no alertara al vecindario con sus gritos. Le sujetó las manos con una brida y lo miró a los ojos.

—Petru, que era como se llamaba el moldavo, lo disfrutó. El abogado cantó rápido, nos dio las claves de sus tarjetas en menos que canta un gallo. Doce mil euros le sacamos en un par de cajeros aprovechando el cambio de medianoche. El gilipollas se creía tan por encima del bien y del mal que no le había puesto límite a ninguna de las dos. Petru se fue con una sonrisa más grande que la que le dejó a Vidales en la garganta —susurró Dionisio—. Y tú, querido enemigo, tú vas a cantar más despacio.

Le puso la suela de la bota, cubierta por el plástico azul, sobre la herida de bala, presionando los fragmentos de hueso. El alarido de Alberto dentro de la mordaza debió de sonar como el de una bestia cuando le matan a su cría.

—Esto es por haberte llevado a la madre cuando más la necesitaba su hija —dijo Dionisio, que acto seguido sacó su cuchillo de combate de la funda del cinturón.

La noche en São Paulo fue larga. Dionisio se había convertido en un profesional del corte en las montañas colombianas. Allí había aprendido a matar animales para sobrevivir. A desollarlos antes de echarlos a la lumbre. Además, el moldavo le había enseñado en Madrid a aplicar la crueldad en humanos.

No hubo prisa.

Después de sujetarle también los pies con bridas, con cuerdas lo amarró por completo a una de sus pesadas sillas.

Empezó por un par de uñas de los pies. Después otra de las manos.

Siguió por una oreja.

Con cada parte que seccionaba le iba recordando todas las penurias que le había hecho pasar a Laura. Ella se las había contado al veterano en sus múltiples noches de insomnio.

Cuando el médico se desmayó, él lo reanimó con esencia de menta.

Y vuelta a empezar.

Lo desnudó de cintura para abajo.

Le agarró su hombría y tiró de ella. Los ojos del ginecólogo estaban por salirse de las órbitas.

—No, no me mires así. A Vidales no se la cortamos, aunque a Petru le hubiera gustado. A ti…

Alberto gritaba dentro de la mordaza y gritó aún más cuando el cuchillo le seccionó aquel apéndice que Dionisio tenía pensado echar a los gatos que había visto en la urbanización.

—Esto es por destrozar el alma a la madre y por dañar a la hija. Y por la infinidad de mujeres de las que has abusado durante toda tu miserable vida.

El médico perdió el conocimiento definitivamente, incapaz de soportar más dolor. El veterano le cortó las venas de una de las muñecas para asegurar el final y se largó de allí antes de que el mármol terminara de teñirse de rojo.

La deuda nunca terminaría de saldarse. Sin embargo, aquel tipo no volvería a hacer daño a ninguna otra mujer ni a ningún otro ser humano.

Dionisio se marchó del lugar con la satisfacción del deber cumplido.

Era su forma de proteger a la familia. Porque, aunque a mucha distancia, tanto física como emocional, sentía que Luz Marina seguía siendo parte de su familia. Y a la familia se la protege.

Y a él le quedaba todavía otra tarea de protección.

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento es para ti, lectora o lector. Gracias por haber llegado hasta aquí y completado otra más de mis novelas. No te haces una idea de lo que supone para mí.

Si te ha gustado, te pido por favor, que me dejes una reseña en Amazon.

No te supone nada y para mí es de muchísimo valor.

Si no te ha gustado, ruego que me escribas a este email:

escribano@gzescribano.com

Y me cuentes qué no te gusta.

Gracias a las personas que me han hecho terminar esta novela, a mi familia en especial. Gracias.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR

Estas son el resto de mis novelas, empezando por la saga Secuestros:

El precio de estar viva

Secuestran a tu hija. La policía no investiga todo lo rápido que tú quieres. ¿Qué harías para recuperarla?

Orgullo de Pertenencia

Unos padres. Una hija. Un país que no perdona.

¿Qué harías si tu hija estuviera en manos de la guerrilla?

La pérdida de la belleza

- **Un secuestro.**
- **Un rescate imposible.**
- **Dos almas a la desesperada.**

La paciencia del artesano

El primer thriller de la inspectora Saavedra

ORGULLO DE PERTENENCIA

Unos padres. Una hija. Un país que no perdona.

¿Qué harías si tu hija estuviera en manos de la guerrilla?

Laura María García siempre ha luchado contra las adversidades, pero este secuestro pone a prueba algo más que su fortaleza. A miles de kilómetros de su hogar, en la intrincada red de Medellín, Laura tendrá que enfrentarse a un mundo donde la extorsión, la violencia y la traición son moneda corriente.

Un thriller emocional cargado de tensión y desesperación.

Si, además del thriller, te gusta la novela negra, tengo para ti mis novelas negras en español:

El murmullo del árbol

Al inspector Del Olmo no se le ha muerto ninguno de sus dos hijos, ni abusaron de él cuando era niño. La subinspectora Saavedra tampoco atesora traumas del pasado.
Sin embargo, ambos tienen un problema en común: **el río Manzanares expulsa un cadáver con una extraña marca en el pecho; el cuerpo**

pertenece al empresario más poderoso del país.

También puedes leer su precuela:

Pessulum

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

Y aquí su secuela:

La sangre naranja

¿Te imaginas investigando un caso de asesinato real? Eso es lo que pasará si te sumerges en esta novela negra.

Mar de fondo

Si te apasionan las historias de perdedores, finales crudos y personajes que caminan sobre la línea entre el bien y el mal, *Mar de fondo* es tu próxima lectura obligatoria.

La venganza es necesaria

UNO DE LOS THRILLERS PSICOLÓGICOS EN ESPAÑOL DE 2025

Asesinan a tu hija. La justicia te parece una burla. ¿Qué precio estás dispuesto a pagar por hacer justicia?

Pero el destino es retorcido.

Justo cuando creen que el dolor no puede ser más profundo, la 'justicia', o quizás algo más oscuro llamado venganza, encontrará un camino inesperado y terrible. Un joven enigmático, con el que nadie contaba, entra en escena, y lo que podría parecer una respuesta a sus plegarias se convierte en un **segundo golpe brutal**, una onda expansiva que amenaza con demoler los cimientos de la familia Lázaro-Lafuente para siempre.

La venganza tiene un precio... y quizás sea

Navidad Carmesí

Esta Navidad en Chicago, Santa Claus no trae regalos. Trae fuego.

FRÍA, COMO UN VENDAVAL DE NIEVE

48 horas. Un millón de euros. Una tormenta de nieve que lo cambiará todo.